Sobredosis, ya no, pero tenían muchos amigos muertos de S Mattan Horado de la droga. El drama era que no morin Sobreword, ya to, pero ceruan muchos amasos managemente de pasos gigo brendieron al recibir la noticia. Mi niet su abuelo. No puedo olvidar aquel cosas así. No se hacía la pro 1 Cuentos encapsulados 25 historias con alma farmacéutica U Generación Bibliocafé

Cuentos encapsulados

25 historias con alma farmacéutica

Cuentos encapsulados

25 historias con alma farmacéutica







© De los textos: Blanca de la Nogal, Charo Santolaya, José Alonso Jiménez, Ana Mínguez Martí, Ismael Escobar Rodríguez, Miguel Vázquez Real, Josefa León Villar, Pablo Pérez Huerta, Amaya de Basagoiti, Susi Bonilla, María Tordera, Gonzalo Muro, María Isabel Peral del Valle, Franz Kelle, Elena Casero, Vicente Marco, Felicidad Batista, Benjamín Blanch, José Luis Rodríguez-Núñez Ramón, Alina Especies, Antonio Briones, Raquel Blasco, Inmaculada López Arce, Rafa Sastre, Rafael Borrás.



Diseño editorial: Mauro Guillén (Jam Ediciones)

1ª edición: octubre, 2015 Corrección: Ángeles Pavía Mañes · codexiuvenis@gmail.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización de los autores

A nuestros maestros, los pioneros de la farmacia hospitalaria

Índice

Prólogo	
Luces, ritmo y acción en la planta cero Blanca de la Nogal	9
La Farmacia Hospitalaria contada por sus profesionales	
El violinista Charo Santolaya	19
Aliados inesperados José Alonso Jiménez	25
Arsénico en la guardia, ¡no por compasión! Ana Mínguez Martí	33
Un sábado más Ismael Escobar Rodríguez	41
Y entonces recuerdo por qué soy farmacéutica Miguel Vázquez Real	47
Campos de amapolas Josefa León Villar	53
La sonrisa de Carla Pablo Pérez Huerta	59
Cantares Amaya de Basagoiti	67
La Farmacia contada por la Generación Bibliocafé	
El Sótano Susi Bonilla	75
La vida es química María Tordera	81
In. Aq. («En agua») Gonzalo Muro	89

	Farmacopea María Isabel Peral del Valle	.97
	PU Franz Kelle	99
	Fórmula Magistral Elena Casero	.05
	Ese otro tipo de sexo Vicente Marco	.11
	La boticaria del mar Felicidad Batista	.21
	Ramas cruzadas Benjamín Blanch	.29
	Una botiga particular José Luis Rodríguez-Núñez Ramón	.33
	Batman y Robín Alina Especies	.43
	El elixir de la eterna juventud Antonio Briones	.49
	Jeremías Raquel Blasco1	.59
	Tacrolimus Inmaculada López Arce	.63
	El Regreso Rafa Sastre	.71
	Misterio Galénico Rafael Borrás	.77
A	gradecimientos1	.83

Luces, ritmo y acción en la planta cero

(o incluso más abajo)

Ah! ¿pero hay farmacia en los hospitales?

«Lo esencial es invisible a los ojos» El principito

> «En cada instante, en cada frase, en cada suspiro, en cada pequeño acontecer, lo trivial y lo misterioso van a partes iguales. Eso es todo y no hay nada más que contar». Luis Landero

¿ Qué es ser farmacéutico de hospital? Somos pocos, poco conocidos, desconocidos diría yo. Pero cuando nos damos a conocer, en general, se nos toma cariño.

Solemos habitar durante siete o más horas en los sótanos de los hospitales u otros niveles accesibles a la logística de transporte y almacenamiento. Somos los guardianes de las medicinas, sueros, nutriciones enterales y otros productos necesarios en estos lugares de trabajo.

¡Es nuestro tesorooo...!

Nos podríamos definir como una mezcla formada por Fraggel Rock, Firmin y Alan Turing. Me explicaré mejor, solemos ir contentos a trabajar pero ignoramos lo interconectados que estamos entre todos los habitantes del hospital y alrededores y lo importantes que somos todos para los demás. Los hospitales como cualquier sistema, es un engranaje casi perfecto, todos sus componentes son necesarios para su buen funcionamiento.

Somos ratones de biblioteca y desde siempre desciframos el «código enigma», dígase la letra de los médicos.

También somos un poco bomberos, porque solemos apagar fuegos...

Reconocemos la enorme labor de los padres de la farmacia hospitalaria y les damos las gracias, a los pioneros, a los que abrieron el camino, a los que nos antecedieron («sobre hombros de gigantes» como tan bien dicho está). Yo me imagino en su hombro, mirando a su nivel, sin ellos, lo que tenemos hoy en día, no hubiera sido posible.

Nuestro tamaño muestral es muy variable según las condiciones del hábitat: de una persona hasta «bastante gente».

Forman parte de nuestros servicios (además de nuestros compañeros *farmas*) enfermeros, auxiliares, técnicos, celadores, administrativos, limpiadores, residentes, alumnos, rotantes.....

A veces las profesiones se difuminan y en los servicios de una persona, «servimos para todo». Nos adaptamos al medio.

Todos, todos somos importantes. Y yo he aprendido y aprendo de todos mis compañeros, los de cerca y los de lejos, los que conozco y de los que sé por artículos o por la red.

El teléfono, la intranet y el correo interno son formas habituales de comunicarnos con el exterior, con las otras plantas, con los otros servicios

Todo en este mundo esta marcado por el ritmo (los días, las estaciones, las jornadas laborales...) asi que nosotros también seguimos la melodía rutinaria que nos toca. Dentro de esta armonía cotidiana, humilde, necesaria, imprescindible... Aportamos nuestra nota. Y en ocasiones nos volvemos temporalmente visibles.

Tuve momentos especialmente sonoros, memorables, en mis años de residencia, cuando yo era un aprendiz de lo que ahora soy. Recuerdo con cariño situaciones en las que reconozco el valor y el orgullo de ser farmaceútica de hospital, aquí expongo algunas de ellas.

Es muy frecuente, que las personas comamos los alimentos sin lavar o con las manos sucias y en ocasiones tienen sus consecuencias. Una niña tenía una tenia (*Tenia saginata*) muy grande en sus intestinos y el remedio que necesitaba tenía que venir de lejos y no llegaba. El pediatra desesperado reparó en nosotros, y fuimos eficaces. Con una serie de llamadas atinadas, logramos agilizar la llegada del medicamento (Praziquantel).

Días después, el abuelo de la niña, agradecido, se presentó en nuestro sótano. Fue el apretón de manos más sentido que he recibido en mi vida

Por aquellos tiempos, aconteció también que dos hermanos mellizos tenían ganas de venir al mundo ya. Su madre, amiga mía, me comentó que tenía la tensión por las nubes pero que nadie le había dado importancia. Yo salí pitando del *agujero*, y la fui a buscar en mi coche. Tuvieron que inducirle un parto urgentemente (Preeclampsia). Ahora son un par de adolescentes de 15 años, muy guerreros por cierto.

En aquellos años que me parecen muy lejanos, aún casi no existía internet y en vez de «San Google» disponíamos de «San Martindale», y esperábamos como agua de mayo, cada nueva edición. Trabajaba en un hospital de provincias por donde pasa el Camino de Santiago, y cada vez que entraba un peregrino por urgencias o ingresaba, teníamos que recurrir a este gran libro para saber lo que el buen hombre tomaba en su país de origen.

A finales del sigo xx, en torno a 1998, tuvimos el privilegio de pasar del mundo analógico al tecnológico en nuestra profesión y apareció la página web de nuestra sociedad con tipografía ¡comic sans!

Y es que en muchas ocasiones, ser farmaceútico de hospital es todo un puntazo, como decía una taza patrocinada por una academia de preparación al FIR.

Pero para taza, la que le regaló una paciente externa a mi compañera farmacéutica encargada de la consulta; le dijo: «es que la ví y me acordé de ti». Y esto es lo que pone la taza:

«Gracias por estar a mi lado
Cuando necesitaba apoyo
Por tu incondicional entrega
Sin pedir nada a cambio
Por esos detalles que te hacen
Saber que no estás solo
Por eso y un millón de cosas mas...
Gracias por todo».

Es cierto que somos un poco como una energía positiva, nos alegramos cuando en la sección de oncohematologia vemos que la M es O o que ponen un AC (doxorrubicina, ciclofosfamida) en un cancer de mama, o es un seminoma, o un tumor potencialmente curable.

Junto con el resto del equipo sanitario, vamos a por todas cuando las enfermedades tienen solución y si nó, apostamos por la cronificación de las que no se pueden curar

Y para los pacientes externos, que en muchas ocasiones, son los que nos ponen cara y nos tienen localizados, somos un poco como el apuntador en el teatro: reforzamos la información dada por el medico o la enfermería, aportamos matices, interacciones, resolvemos dudas, recalcamos, consolidamos los conceptos que creemos importantes, fomentamos la adherencia a los tratamientos, al cumplimiento de los mismos.

Hacemos malabarismos y «misiones secretas» para agilizar trámites, para ser más accesibles y prácticos, proporcionamos contactos... Porque no se nos olvida nunca que el fin último de nuestro trabajo es el paciente.

Paulatinamente tendemos puentes invisibles, enlaces, tejemos una red desde nuestro lugar de trabajo con nuestros propios compañeros del hospital y con colegas de otros muchos lugares. Hospitales de distintos niveles, públicos y privados, residencias sociosanitarias, cárceles, universidades, gerencias, centros de atención primaria, laboratorios farmacéuticos, agencias, ministerios... Y con todo ello nos damos cuenta de la importancia de compartir y reconocer la diversidad.

Somos más de 3.300 farmacéuticos de hospital aquí, una pequeña gran familia, orgullosa de lo que somos y de lo que estamos llegando a ser.

Tenemos una página web que nos conecta con el mundo entero, y la lista *sefh* que nos resuelve muchas dudas. Y los grupos de trabajo para especializarnos en el área que tenemos encomendada (www.sefh.es)

Y hay farmaceúticos de hospital por todo el mundo, *all over the world*! (www.eahp.eu; www.accp.com; www.ashp.org)

Como todo ser humano, a veces damos la nota para mal, desentonamos, desafinamos... Nos equivocamos, pero con la obligación de aprender de los errores y tomar las medidas para que no vuelvan a ocurrir (www.ismp.es)

En ocasiones no sabemos diagnosticarnos a nosotros mismos ni a nuestros compañeros de trabajo. No damos con lo que nos pasa, o con el tratamiento adecuado para solucionarlo, para mejorar la convivencia y no perder la motivación.

Sabemos donde estamos pero también de donde venimos y miramos al futuro con firmeza.

Y en el misterio de lo cotidiano, lo extraordinario ocurre. En cualquier momento, a cualquier persona. Llega sin avisar. Sólo es necesario, estar disponible.

Incluso a veces las cosas cotidianas, ellas mismas, se convierten en extraordinarias.

También como en las buenas historias, las de la vida real, el amor *always* está en el aire y Cupido de vez en cuando atina en la propia farmacia, y «quien lo probó lo sabe».

Ahora que nos conocéis un poco mas, deciros que somos (o intentamos ser) discretos, trabajadores, humildes, diplomáticos, eficientes, negociadores, generosos, escuchamos, estudiamos.

Intentamos siempre estar atentos para dar el do de pecho cuando más nos necesiten.

Saben de nuestra presencia por nuestra voz al otro lado del teléfono, por nuestras notas que enviamos a las plantas o por las reseñas que adjuntamos en los programas informáticos.

Reconozco que en más de una ocasión, me hubiese gustado transportarme en el tubo neumático, no la nota que envío, sino yo mismo para dar el mensaje en persona. Pero en eso también hemos mejorado. Algo os vamos a revelar, por si aún no os habíais dado cuenta.

Cada vez somos más los que, como luciérnagas, nos infiltramos, en los niveles superiores, en las plantas de arriba o en espacios aledaños, formando parte de lo que llamamos «equipo multidisciplinar». Aportando así nuestro granito de luz, haciéndonos un poquito más visibles.

Ahora bien, volvamos al principio: ¿Qué es ser farmaceutico de hospital?

Muchos días me hago esta pregunta.

Somos una profesión *be water my friend*, versatil, moldeable, accesible, disponible, que se reinventa, que se adapta a los tiempos, una profesión que no me deja de sorprender y cuyo principio, compromiso, sentido y fin es el paciente y la sociedad.

«... que prosigue el poderoso drama, y que tu puedes contribuir con un verso». WALT WHITTMAN

> Blanca de la Nogal Hospital del Bierzo, Ponferrada (León)

La Farmacia Hospitalaria contada por sus profesionales

Relatos seleccionados entre los participantes en el concurso de relatos convocado por el 60 Congreso de la Sociedad Española de Farmacia Hospitalaria

El violinista

Charo Santolaya Hospital Universitario Príncipe de Asturias Alcalá de Henares (Madrid)

> A Teresa, Charo, Gema y Alicia, por aquellos maravillosos años. A María, por enseñarme a querer la profesión.

El abuelo de Adrián se sienta enfrente de mi mesa y rompe a llorar. Estamos en un hospital, año 98. Yo trabajo allí, en la farmacia. Acabo de terminar la residencia. Él ha venido a recoger un tratamiento. El hombre se disculpa entre hipos y balbuceos. «Mi nietecito —dice—, mi nietecito».

Han pasado casi veinte años y no he olvidado esa escena. ¿Qué hacía yo al otro lado de la mesa? Diligentemente había desplegado toda la batería de medicamentos que en esos años se utilizaban para tratar la infección del VIH (el virus del SIDA, para entendernos) y me disponía a explicarle cómo tomar toda aquella procesión de pastillas sin olvidar ni una. El hombre había venido a recoger el tratamiento de su nieto recién nacido. Le dejé que llorara un rato y, cuando se calmó, empecé con las explicaciones. Instruíamos a los pacientes sobre cómo separar los comprimidos de la comida unos de otros (a veces hasta dieciséis), la cantidad de agua que había que beber para prevenir problemas, las pesadillas que podían aparecer o las deformaciones en la cara que, a veces, surgían. Yo siempre tuve dudas de si debía decir esto o no, hasta que una vez una paciente me regañó por no haberle advertido de que se le deformaría el cuerpo. Se había pasado todo

el verano haciendo abdominales y sin saber por qué se le estaba hinchando la tripa. Era culpa de las pastillas, las ocho mil pastillas, las malditas pastillas que estigmatizaban, las benditas pastillas que habían salvado la vida a los que habían llegado a tiempo.

Esos, los que habían llegado a tiempo esperaban en la sala de estar. No sé por qué, pero había más hombres: jóvenes delgados, con pantalones vaqueros de pitillo y brazos de venas gordas. Algunos tenían prisa porque perdían el autobús de la metadona y protestaban si tardábamos en darles la medicación. Podían ponerse muy agresivos y, a veces, acabábamos llamando al guardia de seguridad. Pero la mayoría eran amables. Eran conscientes de que se habían librado de la droga. El drama era que no morirían de sobredosis, ya no, pero tenían muchos amigos muertos de SIDA. Ellos habían llegado a tiempo (la ciencia, a veces, da pasos gigantescos) y ahora disponían de tratamiento.

Adrián no había llegado a tiempo. Nació con el VIH. Todos se sorprendieron al recibir la noticia. «Mi nietecito, mi nietecito», lloraba su abuelo. No puedo olvidar aquellas palabras. En esos años ocurrían cosas así. No se hacía la prueba del VIH rutinariamente a las mujeres embarazadas. La madre de Adrián no se enteró de que ella estaba infectada hasta que nació su hijo. Por eso no se hizo una profilaxis adecuada y el niño se contagió durante el parto. El padre también se enteró al mismo tiempo.

El abuelo de Adrián vino un par de veces más a recoger los medicamentos de su nieto y luego ya no lo volví a ver. Debió de ser tres meses más tarde, probablemente el tiempo que necesitaron para adaptarse a la nueva situación, cuando vi por primera vez a la madre de Adrián, Isabel, y a Enrique, su marido. Venían de la consulta médica, ellos también necesitaban tratamiento.

Enrique me pareció un hombre de aspecto corriente, de los que buscan pasar desapercibidos y lo consiguen. Me lo imaginé tímido, afable y débil de carácter. Isabel era distinta: una mujer guapa, pequeña y proporcionada, de facciones finas y, en general, aspecto frágil, aunque sus ojos negros y vivos hacían entrever que tenía energía para rato. Supongo que lo que ocurría era que la vida, hasta ese momento, no la había puesto a prueba.

Me entregaron el informe médico. Primero leí el de Enrique:

«Antecedentes personales: ex adicto a las drogas por vía parenteral hace diez años, nunca ha requerido metadona. En la actualidad no alcohol, no drogas. Diagnóstico: infección por el VIH asintomática».

Vamos, que en su juventud Enrique había coqueteado con las drogas. No demasiado, porque fue capaz de dejarlas sin tratamiento y enderezar su vida. Se había enamorado, se había casado, tenía un trabajo estable, buena salud, nunca había notado nada extraño (el VIH no provoca síntomas hasta que está avanzada la enfermedad) y había decidido tener un hijo. Supongo que durante los nueve meses que duró el embarazo de su mujer, se sintió un hombre afortunado. Lejos quedaba aquel episodio absurdo de las drogas. Seguro que fue con Isabel a comprar el cochecito de Adrián o el pijamita para tenerlo todo previsto el día que tuvieran que salir corriendo al hospital. La vida es así, uno puede ser feliz al borde del abismo sin saberlo.

El informe de Isabel me descubrió que en su caso la vía de contagio había sido una relación heterosexual, el lenguaje médico es así de aséptico. Ella estaba peor que él. Tenía las defensas muy bajas. Le expliqué el tratamiento que debía llevar, pero ella me bombardeó con preguntas acerca de su hijo. En un momento de la conversación, Enrique planteó una de esas dudas poco inteligentes cuya respuesta no cambia nada. Preguntó qué habría pasado si se hubiera sabido antes del parto que Isabel estaba infectada. Intenté

suavizar la respuesta, pero era demasiado simple: Adrián se habría librado del contagio del VIH. Isabel puso la mano encima de la rodilla de su marido. Deduje que le quería mucho, se nota lo que quieres a alguien por la capacidad que tienes de disculparlo.

Enrique e Isabel venían cada mes a recoger su tratamiento, unas veces uno, otras veces el otro. Les entregábamos una bolsa llena de cajas. Ahora las cosas se han simplificado, pero en aquel momento necesitaban quince comprimidos al día para atajar la infección. Además de la incomodidad, no eran terapias suaves y unos días tenían diarrea, otros les dolían los huesos, en algún momento tuvieron que acudir a urgencias por un cólico renal... En fin, que tuvieron la fortuna de poder beneficiarse de un tratamiento eficaz (durante los primeros años de la epidemia los pacientes se morían con 30 kg, consumidos por el virus), pero pasando por un calvario. En la farmacia les ayudábamos a no desistir, resolviendo sus preocupaciones e insistiendo en que se lo tomaran, sobre todo eso, que se lo tomaran. Ellos tenían la voluntad de hacerlo, todos los días, tuvieran nauseas o no, estuvieran alegres o desanimados y, gracias a ello, consiguieron acorralar al virus.

Pasados los años, un día vino Adrián con su madre, supongo que le ahorraban al niño el mayor número de visitas al hospital y por eso yo no le había visto hasta ese momento. Tenía ya cuatro años y era moreno, con rizos, de cara redonda, los ojos vivos, sonriente, inquieto, simpático, una preciosidad. Se aburría, como todos los niños que esperan una cola, y el resto de pacientes que esperaban el turno para recoger el tratamiento lo miraban y le decían cosas para distraerlo y para entretenerse ellos también. Cuando lo vi me acordé enseguida de su abuelo. Saludé a su madre y pude comprobar que todo iba bien. Parecía que su vida había entrado en una fase de calma.

Solo lo parecía. Unos años después vino Isabel a recoger el tratamiento. Llevaba años sin coincidir con ella, habían pasado ya

once desde que empezaron a tomarlo. Nos devolvió una caja sin empezar de pastillas. «Son de Enrique —dijo—. ha fallecido». No tenía ganas de hablar y se fue sin decir nada más. Estaba, sobre todo, agotada. Enrique había desarrollado hacía unos años un cáncer de hígado, probablemente consecuencia de la hepatitis C que también adquirió en su época de drogadicto. Vamos, que la droga no se lo cargó de una sobredosis, ni de SIDA, pero sí de hepatitis C. Al tratamiento de la hepatitis C no llegó a tiempo.

Isabel venía acompañada con un chico de once años, Adrián. Recogieron el tratamiento de los dos. Se había quedado sola. ¿Podría salir adelante de nuevo? ¿Cuántas veces somos capaces de levantarnos? Tenía a Adrián, pero todavía era pequeño para apoyar a su madre. Imaginé a un Adrián adolescente dándose cuenta, más que nunca, del estigma con el que le había tocado vivir, sin haberlo elegido. Abandonará temporalmente el tratamiento, pensé, la adolescencia es rebeldía. Tal vez culpabilizará a su madre ya que su padre no está, los adolescentes no tienen piedad. Es muy guapo y cuando las hormonas se le salgan por las orejas querrá descubrir el sexo. Su madre le insistirá en que utilice preservativo, pero él estará en contra del mundo y además, ¿quién es su madre para darle ese consejo?, pensará. ¿No es él producto de un descuido de ella? Dudé de que con una infancia tan dura, a pesar de todos los esfuerzos sanitarios, Adrián fuera a ser capaz de mantener una relación honesta algún día.

Adrián ha ido creciendo. Yo también. Ahora solo informo a los pacientes esporádicamente. La sala de espera ha cambiado. Antes teníamos vitrinas donde guardábamos los medicamentos y apuntábamos en una hoja las cajas que quedaban para tener siempre suficiente. Ahora nos invade la tecnología: damos a un botón y un robot nos lanza el tratamiento. Los pacientes también han cambiado. Ya no se ven esos chicos de *look rockero* de barrio marginal,

herederos de la estética de los movimientos contraculturales de los 80, que ni siquiera sabían lo que eran. Ahora predominan las mujeres inmigrantes. También hay chicos españoles, muy jóvenes, muy ingenuos, muy desinformados.

Hace unos días volví a ver a Adrián. Hace tiempo que dejaron de atenderlo los pediatras. Ya tiene veinte años. Es guapísimo, se parece bastante a su madre. Todo va bien. La infección está controlada y viene regularmente a las citas. Me gustó verlo. «Estoy estudiando violín», me dijo. Sonreí. Está claro que no le tiene miedo a los retos. Vino con una chica. Me preguntó sobre un nuevo medicamento que había oído que curaba la infección. Yo le dije que no se fiara de lo que lee por ahí. Se llevó las pastillas de su madre. «Ella está bien», me dijo. Eso también me gustó oírlo. El coraje de algunos pacientes me enseña más que yo a ellos. Según salía de la farmacia, al alejarse, vi cómo Adrián le daba la mano a la chica que lo acompañaba. Volví a sonreír. Me alegré como nunca de haberme equivocado.

Aliados inesperados

José Alonso Jiménez Hospital SES Don Benito Villanueva de la Serena (Badajoz)

Andrés salió de la Consulta de Medicina Interna cabizbajo, agobiado, meditabundo. Sentía que el mundo se derrumbaba bajo sus pies. El médico especialista le había diagnosticado una infección por elVIH y le había prescrito un tratamiento antirretroviral, recomendándole que empezase a tomarlo cuanto antes, para detener el crecimiento del virus y evitar así desarrollar la temible enfermedad: el SIDA. Le habían dicho en la consulta que tenía que dirigirse al Servicio de Farmacia del hospital para retirar el medicamento. Nunca había imaginado que existiese tal departamento en un hospital y pensaba que era el ser más raro de la creación, posiblemente, la única persona en el mundo que acudía a ese lugar a recoger medicinas.

El hospital comarcal era un laberinto de pasillos largos y estrechos, por donde transitaban oleadas de personas de aspecto diverso: personal sanitario cubierto con batas blancas; profesionales vestidos totalmente de verde, algunos de los cuales llevaban mascarilla colgada al cuello, gorro y calzas desechables, como si fuesen a operar a quien lo necesitase en mitad del camino; personal de cocina empujando carros cargados con bandejas, que transportaban la comida de los enfermos; celadores conduciendo una silla de ruedas ocupada por un paciente o usada como improvisado carro de transporte de mercancías; ciudadanos de a pie caminando con paso decidido o vagando perdidos en busca, probablemente, de la

habitación de algún familiar o conocido a quien visitar. Mientras buscaba su destino, siguiendo las indicaciones que le habían dado en la consulta, sin encontrar ningún cartel que le guiase, iba pensando en su situación. Recordó aquella noche loca hacía algo más de un año, cómo algún tiempo después tuvo fiebre, aunque no le dio importancia, crevendo que tenía gripe. Pensaba en cómo comunicaría la noticia a su familia y a sus amigos. Pensaba en el rechazo de todos, en las preguntas que le harían: cómo se había contagiado, si se drogaba, si era homosexual. Avanzaba por uno de aquellos pasillos, que producía en el andante la sensación de ir atravesando un túnel, cuando llegó a una encrucijada en la que encontró un cartel anunciando el acceso a distintas plantas de hospitalización y donde se podía leer: «Farmacia», junto a una flecha que señalaba a la izquierda. Giró en esa dirección y se encontró con la capilla. Era por ahí. Dejó atrás ese lugar de oración y continuó andando por otro pasillo interminable. Al final de este había unas escaleras y sobre ellas en un rótulo la siguiente inscripción: «Sótano. Servicio de Farmacia». Mientras bajaba los escalones tenía la sensación de ir descendiendo al mismo infierno.

Al llegar abajo se llevó una gran sorpresa, pues había alrededor de diez personas haciendo cola a la puerta de Farmacia. Era gente muy diversa, unos llevaban neveras de distintas formas, colores y tamaños: rojas, azules más grandes tipo mochila. Todos llevaban en las manos papeles o carpetas, algunos estaban sentados en unas sillas dispuestas a tal efecto, otros se hallaban de pie. Pidió la vez y un hombre que se hallaba sentado le dijo que él era el último.

Andrés iba avanzando en la cola aunque esta crecía tras él, pues seguían llegado nuevos pacientes.

El hombre que le había dado el turno estaba ahora de pie delante de él. Se volvió y empezó a hablar:

- —Hola, me llamo Antonio. Creo que es tu primera vez, ¿no?
- —Sí —respondió Andrés secamente. No tenía mucho interés en tener una conversación con aquel extraño. Seguramente sería un curioso que querría conocer los detalles más escabrosos sobre su intimidad.

—Veo que estás nervioso —continuó hablando el hombre con serenidad, ignorando la evidente falta de interés en la conversación de su interlocutor—. Sé lo que sientes. Cuando me diagnosticaron que tenía cáncer de colon pensé que aquello era el fin del mundo. Pero con el apoyo de mi familia, que evitó que me hundiera, y la ayuda de los profesionales sanitarios, conseguí mantener el ánimo y descubrí que por encima de todo tenía ganas de vivir y decidí luchar por mi vida. Ya ves, hoy me acaban de poner el sexto ciclo de quimioterapia y ahora bajo aquí, a Farmacia, a recoger unas inyecciones que estimulan el crecimiento de los glóbulos blancos, ya que los medicamentos antitumorales hacen que mueran. Por cierto que esos medicamentos también los preparan aquí listos para su administración. La verdad es que tanto en la sala de tratamientos como aquí la gente es muy profesional. De hecho, una enfermera que al principio me administraba el tratamiento arriba, ahora trabaja aquí preparándolos. Cuando empecé con las inyecciones, el farmacéutico que se encarga de atender a los pacientes externos, como nos llaman a los que venimos a recoger medicamentos sin estar ingresados, me explicó detenidamente cómo funcionaban, la forma de administrármelas, me hablo de sus efectos secundarios, de cómo conservarlas.

A medida que Antonio avanzaba en su discurso, el semblante de Andrés iba cambiando progresivamente desde la indiferencia hasta el gesto amable. —Recuerdo que, después de ponerme el segundo ciclo —siguió hablando Antonio—, tuvieron que ingresarme, ya que tuve unas fiebres muy altas, debido a la bajada de defensas tan grande que me provocó la quimioterapia. Me tuvieron que administrar antibióticos intravenosos. Entonces conocí que la medicación de los pacientes hospitalizados sube a las plantas en unos carros, que se preparan en Farmacia, que tienen cajetines individuales, donde va el tratamiento de cada uno de los enfermos y todo esto tiene un trabajo enorme detrás de farmacéuticos, enfermeras y auxiliares de clínica. También el primer día vino a visitarme un farmacéutico y me hizo preguntas sobre los medicamentos que tomo en casa, para que en el hospital me los siguieran administrando o me los cambiaran por otros similares.

Estaban en este punto de la conversación cuando a Antonio le llegó el turno:

—Bueno, me toca —dijo—. Ánimo y suerte.

Hizo ademán de darle la mano y Andrés se la estrechó, percibiendo naturalidad en el gesto, sin apretar demasiado, ni dejándola blanda como hacen algunos, produciéndote la sensación de estar tocando un flan.

Al fin Andrés llegó a la ventanilla donde se recibían a los pacientes externos. Le atendió una auxiliar de clínica que le saludó con cordialidad.

—¿Es la primera vez? —preguntó la auxiliar—. Déjeme la receta y el informe del médico y ahora mismo le atiende el farmacéutico.

Unos minutos más tarde se abrió una puerta lateral, que se hallaba a la derecha de la ventanilla, por la que apareció la misma auxiliar:

—Pase por aquí.

Andrés pasó a una sala de paredes claras y suelo blanco. No era muy grande, pero tampoco resultaba pequeña. El mobiliario era escaso: una mesa, sobre la que había un ordenador y algunas bandejas con carpetas y papeles sueltos; dos archivadores metálicos sobre los que había libros y archivadores de cartón, un armario y dos sillas, una a cada lado de la mesa.

En ese momento por otra puerta situada frente a la anterior entró el farmacéutico, llevando un envase de medicamentos en la mano.

—¡Hola, buenos días! ¿Andrés Gutiérrez? Me llamo Jacobo —dijo este último, con voz amable y sonrisa franca, dándole la mano con cordialidad.

Era un hombre alto, de casi dos metros de altura. Debía rondar los cincuenta años de edad, delgado, aunque de complexión atlética, con gafas y hablaba con un marcado acento andaluz.

- —Siéntate, por favor. ¿Puedo tutearte?
- —Por supuesto —dijo Andrés—. Soy muy joven para que me hablen de usted.

El farmacéutico empezó a hacerle preguntas a Andrés, algunas relacionadas con sus horarios y con su estilo de vida, otras para saber el conocimiento que tenía de la enfermedad y del tratamiento que le habían prescrito.

Tal como hiciera el internista, volvió a explicarle que el tratamiento no curaba la enfermedad, pero la convertía en un proceso crónico. Que la carga viral era la cantidad de copias del virus que había en la sangre. Que el virus atacaba a los linfocitos T CD4 que son fundamentales para mantener un sistema inmune fuerte y cómo la bajada del número de estos se asocia con el desarrollo de las infecciones y tumores oportunistas característicos de la enfermedad. Le comentó que los tratamientos actuales conseguían

mantener el número de copias del virus indetectable, lo cual no significaba la eliminación completa del virus, y el recuento de linfocitos CD4 en un nivel adecuado.

Hablaba de forma clara y pausada. Se notaba que era una persona culta, educada, cercana, afable, con amplios conocimientos técnicos, profesional. Transmitía una mezcla armoniosa de profesionalidad y humanidad.

Al principio Andrés estaba incómodo y distante pero poco o poco entre ellos fue surgiendo un clima de confianza y entendimiento.

Jacobo siguió hablando de las características del tratamiento, que combinaba tres fármacos que actuaban impidiendo la multiplicación del virus.

—Debes tomarte un comprimido al día, por la noche con el estómago vacío justo antes de irte a dormir —le dijo.

Habló de los efectos secundarios más frecuentes, que algunos aparecían al principio y generalmente se resolvían al cabo de varias semanas.

Le comentó que este grupo de fármacos tenían interacciones con muchos medicamentos, incluidas las plantas medicinales, como la hierba de San Juan o con alimentos como el zumo de pomelo, por lo que era recomendable consultar con su médico o farmacéutico antes de tomar cualquiera de estas sustancias.

Le habló de la adherencia, que estaba relacionada con el compromiso del paciente para mantener el tratamiento:

—Verás, para que el tratamiento funcione tienes que cumplirlo rigurosamente, sin saltarte ninguna toma, si es posible. Por eso debes estar decidido a empezar, tienes que estar motivado, convertir la ingestión de la pastilla en un hábito más de tu vida. Busca apoyo en tu familia, en tus amigos, habla con las asociaciones de pacientes. Además tienes el apoyo de los médicos y el nuestro.

—Firma aquí —dijo el farmacéutico, indicándole un espacio habilitado a tal efecto en la receta—. Guárdate está copia y el informe.

Finalmente junto con la medicación, le entregó dos documentos:

—Mira, esto es un cuadro horario. Te ayudará a recordar la hora a la que tienes que tomarte la medicación. Y esto es un folleto informativo donde se resume lo que te he comentado sobre el tratamiento. Aquí debajo tienes mi nombre, nuestro horario y un número de teléfono, al que puedes llamar si lo necesitas.

Andrés ojeó los papeles, buscó el teléfono y debajo de este vio que había una firma:

Jacobo del Castillo Farmacéutico Hospitalario.

—Bueno, eso es todo. Nos vemos dentro de un mes. Ánimo y adelante.

El farmacéutico se levantó y le dio la mano a Andrés con autenticidad, quien también se había incorporado imitándole.

Andrés salió de la Consulta de Pacientes Externos más sereno, preocupado por su futuro, pero sabiendo que en la guerra sin cuartel que estaba dispuesto a librar contra el virus funesto no estaba solo. Contaba con aliados, algunos inesperados.

Mientras caminaba de regreso a casa llevaba en su retina la imagen del farmacéutico y en su mente tomaba diferentes significados aquella última palabra que había leído:

«¡Hospitalario!»

Arsénico en la guardia, ¡no por compasión!

Ana Mínguez Martí
Hospital General Universitario
Valencia

 P_{ese} a haber transcurrido algunos años, aún sonrío al recordarlo.

Era un sábado de una hermosa y cálida mañana de finales de septiembre. El despertador sonaba de forma insistente a las siete, anunciando con su monótono y estridente sonido una nueva jornada laboral. Somnolienta y como pude apagué el maldito aparato y fui consciente de la realidad, al ver a Juan a mi lado, él siempre tan madrugador.

—¡Es sábado! ¡Y estoy sola! —exclamé presa de pánico y totalmente despierta, de tres horas escasas de descanso.

Juan, cariñoso y remolón, me respondió dándome un abrazo.

—No, cariño. No estás sola. Yo siempre estoy contigo.

De un salto y ya totalmente despierta me levanté de la cama siendo consciente de mi situación. Por primera vez me quedaba de guardia, yo sola y sin apoyo. Era la primera residente asignada para realizar la especialidad de Farmacia Hospitalaria en ese hospital y estaba en mi segundo año de residencia desde hacía escasamente un par de semanas. Ya me tocaba, decía el jefe y me iba a dejar a cargo del Servicio de Farmacia del hospital desde las ocho de la mañana a las ocho de la tarde. «Yo sola —pensé—, responsable de un hospital de quinientas camas!». Sentía vértigo, escalofríos y sensación de vacío en la boca del estómago solo de pensarlo.

Mi jefe y el único adjunto del servicio habían partido la tarde anterior, con el encargo de moderar esa mañana sendas mesas en el Congreso Nacional de Farmacia Hospitalaria, que ese año se celebraba en Salamanca.

Yo no iba, pero no se iban solos. Con ellos viajaba mi primer gran trabajo de investigación, que titulé Absorción del Clometiazol y Diazepam disueltos para su administración en sistemas de perfusión de plástico de pequeño y gran volumen, del que me sentía muy orgullosa, porque había demostrado, tras meses de arduo trabajo, que estos medicamentos se quedaban pegados en las paredes de las bolsas de plástico en vez de ser administrados al paciente. ¡Vaya hallazgo! ¡Pobre paciente! Le daban una dosis inferior porque casi la mitad se quedaba en la bolsa de plástico. Estaba fascinada por este resultado y emocionada de mi aportación a la ciencia. Como no me lo acababa de creer, repetí el experimento hasta tres veces más. Y sí, pasaba siempre lo mismo, se pegaba a la pared del plástico del envase y, claro, el paciente tenía el riesgo de quedarse sin el efecto de la medicación. Qué importante era saber lo que ocurría, para alertar al médico que prescribía y a la industria que fabricaba estos envases que robaban el medicamento al paciente. Y como no pude llevar personalmente mi trabajo al congreso, mis jefes se lo llevaron en un póster que había quedado muy científico a la par que vistoso.

Hacia al menos tres meses que se había planificado la asistencia al congreso y yo, la última en el escalafón, debía quedarme para realizar las tareas habituales y atender cualquier incidencia que se pudiese presentar. Eso me habían encomendado. Yo, a las tareas habituales no les tenía miedo pero... ¿Y si se presentaban las no habituales? A esas sí que les tenía terror, por no saber si iba a estar a la altura de las circunstancias. Me vinieron a la mente en ese momento los consejos de mi madre, que siempre me estaba

diciendo: «Lola, tu pon esfuerzo, tesón y fuerza de voluntad en todo lo que hagas, siempre disponible para lo que te pidan y verás cómo tu jefe, llegado el momento, te considera».

Y sí, eso era exactamente lo que había pasado, que mi jefe me había considerado y menudo marrón, pensé mientras me duchaba. Instantes después, frente al armario, dudé un momento, pero finalmente decidí darme una ración extra de seguridad y estrenar mi carísimo pantalón rojo, que Juan me había regalado dos semanas antes por mi cumpleaños. Era alto de talle y recogido en la cintura con un espectacular lazo de la misma tela. Como todavía hacía calor me puse mis sandalias a tono, una camiseta de algodón blanca y mi pelirroja y abundante melena ondulada, todavía húmeda, la recogí con una trenza y una fina diadema.

Me despedí de Juan dándole instrucciones de forma precipitada y me asomé a la cunita de mi hija Lucía, que con apenas seis meses dormía plácidamente en la habitación contigua a la mía. Resistiendo las ganas de cogerla en brazos y mecerla mientras dormía, deposité un cálido beso en su sonrosada mejilla antes de salir de casa camino del garaje, del que salía instantes después con la música a todo volumen ya de camino al hospital.

Pese a llevar poco más de un año en el Centro, ya me sentía comprometida con la organización y el hospital, que tenía fama de ser luminoso, plano y despejado, constituía una parte importante de mi vida.

La farmacia ocupaba un extremo del recinto y disponía de un amplio almacén de medicamentos, un laboratorio de farmacotecnia, equipado para la elaboración de medicamentos que no comercializaba la industria y que yo me conocía al dedillo por haber pasado allí muchas horas durante mi primer año de residencia, elaborando una crema que me pedía la farmacéutica de la unidad del dolor que, por la cantidad de pedidos semanales que realizaba,

debía de mejorar una barbaridad el dolor de sus pacientes. Otra amplia zona la ocupaba la unidosis, un sistema de distribución de medicamentos para los pacientes ingresados, que permitía que el enfermo encamado recibiera de forma segura el tratamiento prescrito por el médico y que el farmacéutico supervisaba cada día antes de introducirlo en un cajetín con su nombre junto con el de resto de enfermos de esa sala. Cada sala tenía asignado un carro con las medicaciones de todos los pacientes ingresados que se subía diariamente para su administración.

Como las cajas que llegaban de los laboratorios contenían múltiples dosis, había que proceder a su re-envasado para cada paciente, etiquetando cada pastilla, sobre o inyectable en una sala contigua a la de unidosis, y sobre la que ejercía un control férreo la única monja que quedaba en el hospital. Dos despachos y una sala de estar para el personal administrativo y del *staff* integraban el sótano del Servicio de Farmacia del centro. Convivían en esta amplia zona diez auxiliares, tres mozos de almacén, una supervisora enfermera, una monja que ejercía de auxiliar y de limpiadora a partes iguales, tres limpiadoras de plantilla y una secretaria. Siempre olía a café y a comida por el día a día y las celebraciones varias, y el microondas no daba abasto para calentar el desayuno, el almuerzo y hasta el aperitivo de todo el personal.

En la primera planta los tres farmacéuticos teníamos los despachos y una sala grande y luminosa, donde estaba instalado el laboratorio de análisis de medicamentos y ajuste de dosis, también llamado laboratorio de farmacocinética. El despacho más amplio estaba ocupado por el jefe, mientras yo lo compartía con el adjunto al que bombardeaba de forma constante con preguntas y propuestas que respondía con paciencia y bondad y a veces con risas por mis ocurrencias. Me gustaba el trabajo, lo pasaba muy bien y admiraba a mi jefe, al que consideraba un referente, y a mi adjunto por su sabiduría, paciencia y bondad.

Ese sábado, pese a mi gran preocupación, transcurría sin incidencias. No había habido ninguna rotura del stock de medicamentos, por lo que no había hecho falta ir a la caza y captura de un medicamento urgente a otros hospitales de la ciudad; la escasa mercancía que se recibía en el almacén la tenía controlada Juan, el mozo de almacén más antiguo de la plantilla, y era casi el mediodía y ya tenía validados los tratamientos de las salas sin incidencias, por lo que los carros de medicación en la unidosis estaban preparándose a buen ritmo por las tres auxiliares que ese sábado estaban en el turno bajo la atenta mirada de Concha, la enfermera supervisora. Sor Maria, la monja, hacía ganchillo y daba cabezadas plácidamente después de haber re-envasado toda la medicación y dejado impolutas las paredes, los estantes y el suelo de la sala de re-envasado. De fondo se oía la televisión valenciana, dando la noticia de la detención de una pitonisa residente en Moncada, que había sido acusada de inducir a varias mujeres a envenenar a sus maridos por sospechar que les eran infieles.

Como todo estaba tranquilo y controlado en el sótano, decidí subir a la planta superior y aprovechar lo que restaba de la mañana para finalizar una tarea pendiente del día anterior, el control de calidad de Udo Forte, la fórmula magistral de la crema contra el dolor, a la que llamábamos de este modo por su fuerza y potencia.

Me sorprendió la escasa luz de la estancia, siempre tan luminosa y al asomarme al amplio ventanal, el cielo gris plomizo amenazaba tormenta de forma inminente, quizá influenciado por el bochorno y poniente que estaba incrementándose conforme avanzaba el día. Llamé preocupada a Juan, que me tranquilizó porque estaban bien y en casa, con Lucía ya dormidita en su cuna después de haber engullido su papilla sin apenas rechistar.

Tenía pipeteados los 20 ml necesarios de ácido sulfúrico para mi fórmula cuando entró como una exhalación el jefe de servicio de medicina interna acompañado de su potente supervisora, Blanca Carrillo. Empecé a temblar al ver quiénes eran y la cara de circunstancias que traían, pero mantuve la pipeta cargada y los dedos pulgar e índice sosteniendo su contenido, mientras les preguntaba con una sonrisa más falsa que Judas qué era lo que querían. Fueron directamente al grano: necesitaban urgentemente saber cuándo iba a tener el resultado de un análisis para determinar y cuantificar arsénico en un paciente ingresado en su servicio, porque se sospechaba que estaba siendo envenenado por su esposa.

Conforme iba oyendo su petición, los dedos que sostenían la boca de la pipeta se iban aflojando y un goteo constante de ácido sulfúrico iba cayendo en el precioso lazo de mi maravilloso pantalón rojo. Yo, horrorizada por su petición, su significado y el olor del ácido al cargarse mi pantalón rojo, no sabía lo que responder, por lo que les pedí un tiempo para ver qué posibilidades teníamos de realizar esta determinación, dando como segura su realización en mi servicio.

Como una posesa, nada más salió la supervisora y el jefe de servicio del laboratorio, lo primero que hice fue dejar la pipeta, ya sin contenido, en una pila, puse bajo el agua las cintas del lazo y maldije el marrón que me había caído, porque no tenía ni idea de si era factible realizar el análisis pedido, y, si así era, dónde estaba el protocolo y procedimiento para su realización y los kits de reactivos para su determinación.

A las tres de la tarde, casi al mismo tiempo, tuve que bajar corriendo al sótano donde ya casi no quedaba nadie, porque había huelga de celadores y no había quien llevara los carros preparados con la medicación de los pacientes a las salas y, además, ya habían llamado desde tres servicios reclamando la medicación. Empecé a sudar copiosamente, pensado en arrastrar yo misma los carros

por el hospital camino de los tres servicios porque no sabía cómo podía resolver esa incidencia.

Y por si todo ello no fuera suficiente, instantes después desde el sótano se oía, como preludio de un otoño incipiente, el ruido de una lluvia torrencial que a modo de gota fría típica de Levante se convirtió en una tromba de agua de tal magnitud que a los diez minutos empezó a inundarse el almacén de los medicamentos, por tercera vez ese año. Tuve que llamar precipitadamente a Juan, el mozo del almacén que, ya cambiado, salía del servicio para disfrutar de su bien ganado fin de semana, para que me ayudara junto con la monja y la supervisora a poner a resguardo y en alto todos los bultos y medicamentos apilados en el suelo. Resuelto el problema, al que también contribuyeron los miembros de seguridad del hospital, Juan se ofreció a trasladar los carros de medicación a sus correspondientes salas tranquilizando a sus supervisoras, que no habían parado de llamar reclamando sus medicaciones. Yo le prometí temblorosa un almuerzo a su salud.

Resueltos los problemas anteriores, seguía sin encontrar en toda la farmacia algo que hiciera referencia a la determinación de arsénico en pacientes desde mi servicio. Así que decidí realizar una búsqueda bibliográfica que me clarificase cómo se efectuaba el análisis de arsénico a un posible envenenado. Instantes después confirmé que se depositaba en pelos y uñas de la persona envenenada, por lo que era necesario que se enviaran estas muestras a un Servicio de Toxicología Forense. Con esta información entendí que el Servicio de Farmacia no disponía de recursos para realizar este tipo de determinaciones, y con el teléfono del Departamento de Medicina legal del Hospital Clínico me acerqué a la sala para notificar mis recomendaciones al jefe de Servicio de Medicina Interna y a su supervisora. Nada más atravesar el umbral del Servicio, vi salir a la policía con una mujer esposada que dando alaridos gritaba:

—¡Fidel, te quiero! ¡Pero te quiero solo para mí! Nunca consentiré que me engañes, antes te mato que te vas con otra mujer —mientras el personal de la sala y los policías intentaban reducirla. Al fondo, en su cama, Fidel, menguado y reducido, no se enteraba de nada.

A las 8:30 de la tarde dejaba colgada mi bata totalmente agotada. Empapada y sudorosa cogía el coche de vuelta a casa como si saliera de una batalla campal, con las sandalias llenas de barro que pesaban una barbaridad, los pies sucios y las uñas negras por la inundación del almacén, el pantalón con los bajos sucios y quemado de ácido, la camiseta blanca pegada al cuerpo y la trenza de mi pelo enmarañada.

Hice el trayecto de vuelta a casa en silencio, con la ventana del coche abierta, disfrutando de la sensación del aire al golpear mi rostro. Al entrar a casa media hora después, Juan me pasaba en silencio el teléfono, sorprendido por mi devastado aspecto. Mi jefe desde Salamanca me comunicaba que mi trabajo había sido premiado como el mejor póster del Congreso.

Un sábado más

Ismael Escobar Rodríguez
Hospital Infanta Leonor
Madrid

Ya era viernes y, por esta semana, las visitas al hospital habían terminado. Por eso se sentía aliviado. Además, notaba esa agradable inquietud. Un ligero nerviosismo. Esa sensación que le volvía a situar en aquel tiempo, cada vez más lejano, anterior al diagnóstico. Cuando llegaba el viernes no podía evitar pensar en el sábado por la mañana cuando, muchas veces casi amaneciendo, despertaba a su hijo de diez años y juntos desayunaban, preparaban con sigilo la bolsa y, tras consultar en internet la dirección del campo de futbol, salían juntos de casa. Por el camino, le gustaba comentar con él cómo transcurriría el partido, las vicisitudes de la clasificación y los resultados de los últimos sábados. Lo hacía por el placer de escuchar sus argumentos de chiquillo, salpicados de términos de esa jerga de adulto aficionado, que a veces le provocaban una sonrisa, casi una carcajada, apenas disimulada con un gesto solícito de atención y de interés hacia los argumentos que su hijo le confiaba.

Desde el diagnóstico, habían cambiado muchas cosas de su vida. Sin embargo, se prometió no perderse ni uno de los sábados que jugara su hijo y había conseguido seguir sintiendo esa pequeña ilusión de los viernes. Era de las pocas cosas que habían sobrevivido, casi inalterable, al cataclismo que supuso enfrentar la enfermedad e iniciar el tratamiento. Todo lo demás había cambiado. La anterior cotidianidad de su vida se le antojaba un tiempo

remoto, ajeno, como perteneciente a otra persona que no era él. Ahora transitaba en otros nuevos espacios antes desconocidos: el hospital de día, la consulta de oncología, la farmacia del hospital. Y había incorporado a su universo nuevos actores: su oncólogo, las enfermeras, un farmacéutico, otros pacientes con los que coincidía en las sesiones de quimioterapia, con algunos de los cuales había llegado a tejer esos afectos que suelen darse entre desconocidos que, aunque mantienen grandes espacios privados, se reconocen unidos por un vínculo indeterminado e intangible, limitado a unos espacios reducidos y a unas comunes vivencias, concretas y específicas.

Por eso necesitaba los sábados por la mañana. Verle salir al campo de juego, con el gesto serio de la responsabilidad, en los minutos previos al partido. Ocupar su sitio, atento y concentrado, antes del comienzo. Observar, confiado, a sus compañeros. Realizar sus primeros movimientos, el primer balón golpeado, su primer grito de ánimo o de disgusto, un salto de cabeza. Verle echar mano al compañero para levantarse, tras la falta alevosa, y agradecerle el gesto con una palmada. Correr con la alegría del gol, para abrazarse y ser abrazado por sus compañeros, en gozosa algarabía. Ocultar, a duras penas, su disgusto por un posible error del árbitro (en eso había sido tajante como padre y ya le había advertido que no le permitiría ni un mal gesto) y finalmente, según el resultado, verle alzar los brazos y correr a abrazarse con su equipo, tras la merecida victoria o, por el contrario, agachar la cabeza y buscar también el consuelo de los suyos, tratando de explicarse entre ellos, con gestos de contrariedad, la derrota inesperada.

De lunes a viernes, su vida giraba en torno a la enfermedad, las visitas a la consulta médica, los análisis, el hospital de día y la espera para el tratamiento. No había rutinas. Los días de hospital casi siempre tenían alguna sorpresa inesperada que, aunque al principio le producían inquietud y desasosiego, había ido aprendiendo a contemplarlas con cierta distancia, como un entomólogo que observara a un insecto ya familiar. Este cambio de actitud se había producido un día, al observar la pasmosa tranquilidad con la que su médico le comunicó, con la analítica en la mano, que tenía las defensas bajas. Con la ignorancia del profano, el comentario le pareció el preámbulo de una serie de noticias catastróficas y la antesala de un inmediato sufrimiento. Para su sorpresa y de forma inesperada, su médico, sin reparar en su creciente ansiedad, le dijo que no se preocupara, que pasaba casi siempre y que se podía solucionar fácilmente con un tratamiento. Y fue a raíz de ese problema cuando había incorporado a su nuevo universo al farmacéutico del hospital, al que acudió para obtener el medicamento prescrito y el conocimiento sobre la manera de utilizar esas inyecciones para las defensas y prevenir sus efectos indeseables. También aquí volvió a tejerse un lazo de cierto afecto, como le había ocurrido con algún otro de los nuevos personajes de su vida, sobre todo cuando, al despedirse, había descubierto, por un comentario al azar y la conversación derivada del mismo, que tras su profesional meticulosidad, se escondía otro progenitor de hijo futbolista. Y allí estaban, dos padres de sábado por la mañana, unidos por unas defensas bajas y unas invecciones de nombre impronunciable.

De todas formas, tenía que reconocer que, desde el diagnóstico, algunas sensaciones de los sábados eran distintas. Habían adquirido una cierta trascendencia, que a veces le permitía descubrir matices que se manifestaban de forma contundente. Por ejemplo, cuando su hijo salía al campo, serio y concentrado, se le representaba que así sería su gesto en su futuro primer día de trabajo. O cuando se apoyaba en algún compañero para levantarse, rogaba al cielo que

siempre tuviera la mano del amigo fiel, que le hiciera erguirse ante la adversidad. Si le veía alegre en la victoria o infeliz en la derrota, se preguntaba si tendría la lucidez futura, como dijo el poeta, de tratar a ambos impostores con igual indiferencia. Y cuando estos pensamientos aparecían, ineludiblemente también iban acompañados de la cruel incertidumbre de no saber si estaría entre los vivos cuando fueran llegando esos instantes de la vida de su hijo. Y solo le provocaba un cierto consuelo ser consciente de que nunca hubiera tenido estas revelaciones a partir de los gestos de un intrascendente partido de fútbol infantil, si no fuera por la enfermedad y el hecho de ver su vida ralentizada, casi suspendida en un espacio a veces frío y de una soledad devastadora.

La evolución de la enfermedad y de su lucha fue irregular, con momentos de dolor y confusión, junto a otros de rutina y tensa calma. Sin embargo, en las últimas semanas había empezado a escuchar nuevos términos, de impreciso significado todavía, pero que tenían indudables resonancias de esperanza: consolidación, remisión completa, revisiones periódicas... La relación con el farmacéutico se estrechó cuando casualmente coincidieron un sábado por la mañana, al enfrentarse los equipos de sus respectivos hijos en la liga infantil. Allí consiguieron, sin proponérselo, no reconocerse como farmacéutico y paciente, sino como dos padres normales, de infantería, respirando juntos el aire frío del reciente amanecer, viendo a los chicos jugar y comentando las incidencias del partido. Sin embargo, en esa mañana también ciertas miradas y gestos delataban que estaban unidos por algo indeterminado e intangible, como una especie de halo invisible y poderoso. Incluso se despidieron con un gesto ligero y breve, conscientes ambos de que era otro el lugar donde su relación alcanzaba una dimensión distinta y otras eran las circunstancias que provocarían, en breve tiempo, nuevos encuentros entre ellos.

Lugar y circunstancias que, de pronto, adquirían todo su significado de angustia y sufrimiento.

Un día, coincidiendo con el final de la primavera, su oncólogo le comunicó la noticia. En realidad, no le sorprendió totalmente. Aunque no se había permitido dar ninguna oportunidad a la esperanza, inevitablemente había desarrollado alguna intuición, una especial sensibilidad derivada de la relación con su médico, que le había permitido detectar en él, mientras repasaba analíticas y analizaba pruebas diversas, algunos sutiles gestos de alivio y de contenida satisfacción. Ese lenguaje no verbal que había aprendido a interpretar con mayor precisión y acierto que las palabras, muchas veces amortiguadas por la prudencia y tamizadas por la humana compasión. Era cierto. Ya no era necesario más tratamiento. Todo había ido bien y quizá era el momento de ir espaciando las consultas y revisiones. Ir volviendo, poco a poco, a la normalidad. Hacer algún análisis rutinario. Recuperar esas defensas, aún algo bajas para lo que le proponía dos o tres días, los últimos, de las ya familiares invecciones.

Salió de la consulta y se sentó en la sala de espera. Durante un tiempo indeterminado dejó que su mente vagara entre esos nuevos términos, ahora ya reales. Normalidad. Rutina. Y dejó también que las sensaciones físicas del espacio familiar que le rodeaba, los asientos, las paredes, el ventanal, la pequeña mesita con revistas, fueran poco a poco despegándose de él, convirtiéndose, en pocos minutos, casi en desconocido escenario.

Con paso lento se dirigió, de nuevo, por el camino ya conocido al servicio de farmacia y buscó al farmacéutico. Con una sola mirada fue capaz de comunicarle la noticia. Su farmacéutico asintió, con un gesto tranquilo, ya tan familiar. Y ambos descubrieron que, de ahora en adelante, tal vez ya para siempre, únicamente les volvería a reunir una mañana de fútbol infantil, como dos padres más.

- —Creo que jugáis contra los primeros el sábado que viene. Quizá me acerque con el chico a veros.
 - —¿Habrá más sábados?
- —Sí. Habrá muchos sábados más. Y mucho tiempo más. No lo dudes. Y vigila la fiebre...

Y entonces recuerdo por qué soy farmacéutica

Miguel Vazquez Real
Hospital Virgen de la Macarena
Sevilla

Hoy, la mañana es fría y gris, de esa que hacen que las sábanas tripliquen su peso y resulte imposible despegarlas del cuerpo. El despertador sigue sonando, pero creo que la distancia entre mi brazo y la mesita de noche es infinita. Me vuelvo a tapar la cabeza con la almohada. Ángel, mi marido, ya hace rato que se fue a trabajar. Tiene la suerte de sentarse en un despacho con vistas, con luz natural. ¡Igualito que el mío! Decido intentar apagar el despertador. Intento número uno, fallido; esto es el móvil. Intento número dos, fallido, ahora he acertado a aplastar uno de mis pendientes. A la tercera va la vencida, por fin, ha cesado ese tintineo irritante. Como si de una estampida de ñus se tratase, mis hijos vienen corriendo por el pasillo, posándose en mi barriga con la delicadeza de un hipopótamo.

—¡Buenos días, mamá! ¡El desayuno!

Carla, mi pequeña de cinco años, se levanta siempre con un apetito voraz, a diferencia de Daniel, tres años mayor, que hasta el Cola-Cao le resulta una misión imposible. Me hago la dormida, pero ya se saben el truco. Solo tienen que deslizar las manos por debajo de las sábanas y hacerme cosquillas como si no hubiera un mañana. Así estamos diez minutos, revolcándonos en la cama, intentando acertar en los puntos débiles del otro para arrancar la carcajada más sonora. Creo que ha salido un poco el sol. Ya, abajo en la cocina, nos encontramos los tres alrededor de la mesa. Carla

se ha hecho dos coletas, una a cada altura, pero nunca me deja arreglarla. Ella dice que le gustan así; dentro de unos años medirá con precisión microscópica que cada pelo esté en su sitio. ¡Y verás como entonces quiere que la peine! Ángel nos ha dejado todo listo, solo he tenido que encender la cafetera y el tostador.

—Mami, ¿el sábado podremos ir al zoo?

Lo había olvidado por completo; este fin de semana les había prometido a los niños llevarlos al zoo, ¡Espero que alguien pueda cambiarme la guardia! Es lunes, así que voy con tiempo de que no todos en la farmacia hayan hecho ya planes para el sábado.
—;Lleváis todo? ;Carla, Daniel?

—Sí, mamá.

Los dos me responden al unísono, con la cara de «mamá, lo preguntas todos los días antes de salir». Les abrocho los abrigos y les coloco las bufandas. En el fondo sé que van a pasar calor, pero tengo la certeza de que, en cuanto los deje en el colegio, se desvestirán drásticamente. De camino al hospital me pilla el atasco de todos los días, pero no lo puedo evitar si quiero llevar a los niños al colegio, es mi pequeño sacrificio por ejercer de madre unas horas más. Miro al cielo y suspiro. Se ha vuelto a nublar.

Suerte que he desayunado en casa bastante. La comisión de Farmacia se ha alargado más de lo normal, porque el fármaco en cuestión generaba controversia. Gracias al informe GÉNESIS, hemos podido defender que las alternativas son igual de válidas y no aporta ningún beneficio, así que tras un largo rato de tiras y aflojas no se ha incluido. La crisis, dirán unos. Que no hay dinero, dirán otros. O simplemente que farmacia no quiere comprar el medicamento. Abajo, en la farmacia, todo transcurre como de costumbre. Siempre me gusta compararnos con un hormiguero, pero de hormigas blancas, que conste, donde todos marchamos

al unísono, cada cual con su tarea y su quehacer, siempre por el bien de la colonia. Me ha parecido oír que nos hemos quedado sin dexametasona. Como sigamos con los desabastecimientos, tendremos que hacer uso del alambique para poder servir los medicamentos a los pacientes. Desde el semisótano es imposible saber qué tiempo hace. Espero que los niños no cojan frío.

—Manolo, buenos días. ¿Te encargas tú de las cápsulas de dexametasona? No llegan otra vez.

Manolo, el adjunto de farmacotecnia, me mira por encima de las gafas, enmascarado y enguantado como un particular Zorro de la Farmacia Hospitalaria.

—Ya me he puesto a ello. Le he pedido a Sofía que me eche una mano para hacer varios lotes.

Sofia llegó hace poco a la farmacia, tras coger plaza. Con una energía inagotable, característica de los residentes de primer año, elabora las fórmulas magistrales bajo el amparo de Manolo que, acertadamente, se dedica a tareas más tediosas de gestión del laboratorio y los controles de calidad. El baile de técnicos de farmacia y celadores se ejecuta allá donde mire. Carros de unidosis por un lado, carros de medicamentos por otro. El almacén automático vertical, nuestro particular carrusel, no deja de girar, al tiempo que se van sirviendo pedidos. A veces, imagino que me cuelo en uno de los estantes, y así me pierdo del estrés de la farmacia un rato. ¡Qué cosas tengo! Al llegar a mi despacho, sí, ese sin ventanas, diviso la montaña de papeles de mi escritorio. Creo que he escuchado a mi alma golpearse contra el suelo. Mientras la coloco en su sitio hago lo propio con los papeles, aunque sé que en cuanto me dé la vuelta surgirán nuevos como por arte de magia: GINF para la comisión, informes para la Comisión Permanente, hojas de tratamiento, correo... Pero bueno, la montaña de papeles de hoy ya está revisada y colocada en sus correspondientes lugares.

- —Susana, ¿estás conmigo el sábado? —Luis, el R3, ha asomado la cabeza por la puerta de mi despacho. Me llevo la mano a la frente. ¡La guardia del sábado!
 - —Luis, es imposible, la tengo que cambiar.
- —¡Por favor, ten piedad de mí! —Me guiña un ojo y se va. Quién lo ha visto y quién lo ve, desde que empezó. Ya maneja la oncología con soltura, y los oncólogos nos han comentado su buena actitud en la consulta. Saco el móvil del bolsillo de la bata y pregunto en el grupo de Whatsapp de la farmacia quién me salva de la ira de mis niños. Tras cinco minutos recibo una respuesta confirmatoria para el sábado. «Mil gracias», tecleo. Verás qué contentos se ponen cuando les diga que sí podemos ir al zoo. Miro el reloj. La una de la tarde. Más vale que suba a la planta y vaya revisando pacientes, o si no, sé que otra vez salgo tarde. Los ascensores están copados por el trasiego de camas y pacientes, así que me decido a hacer alarde de mi supuesta capacidad deportiva y subir hasta el quinto piso por las escaleras. Por el camino voy saludando a compañeros, algunos amigos, otros conocidos. Al final somos una gran familia en una gran casa.

Lucía, de Infecciosos, me para al paso.

- —¡Susana! ¿Sabes si Sebas ya tiene el listado de antibióticos restringidos?
- —Creo que andaba con el PROA, Lucía, pero pásate y le preguntas. Seguro que ya lleva algo hecho —Me tira un beso y sigue corriendo escaleras abajo. Llego resoplando a la quinta planta. De la semana que viene no pasa que me ponga a correr.

El barullo típico de la hora de visitas me acoge al entrar en el ala C. El Dr. Castro, o José Luis, como me obliga a llamarle, me saluda al llegar al despacho de Medicina Interna.

—¿Qué he hecho hoy mal? —me pregunta divertido. No puedo hacer más que poner los brazos en jarras y contestarle:

- —¿Ya estamos con que el farmacéutico solo viene a echar la bronca? —reímos. Tengo suerte, pienso. Charlamos del tiempo, de los hijos, de lo mal que anda la cosa en sanidad... Me pasa el listado de ingresos y lo reviso rápidamente. Hay una paciente bastante mayor, con un tratamiento algo complicado.
 - —¿La concilias y me cuentas?
- —Eso está hecho —le contesto. Tras estudiar detenidamente la historia de la paciente y su tratamiento domiciliario, voy a preguntar a su enfermero.
- —Jesús, buenas, ¿qué me cuentas de la señora de la cuarenta y cinco?

Jesús se mueve con la agilidad que le caracteriza, coge la historia y me resume el ingreso en tres frases.

—¿Sin familiares aún? Pues ahora te cuento. Susana, por cierto, ¿sabes en qué va el valproico?

Tras darle un par de indicaciones, prepara veloz la perfusión y se marcha. Llevo el listado de medicamentos de la señora preparado, que descansa en la cama de la habitación cuarenta y cinco. Al entrar la veo tranquila, mirando por la ventana al cielo encapotado, las manos entrelazadas en el regazo.

- —Josefa, buenas tardes. —Alcanzo la cama y le sonrío. Me mira con unos ojos dulces, aunque un poco cansados.
 - —Buenas tardes, doctora. —Le sonrío de nuevo.
- —No soy médico, Josefa. Soy Susana, farmacéutica del hospital. Vengo a hacerle algunas consultas de su tratamiento.
- —¡A ver si le puedo ayudar! ¡Que mi hija es quien más lo controla!

Vamos repasando uno a uno los medicamentos, cómo los toma y si se acuerda de hacerlo. Anoto las discrepancias y todo lo que

Josefa me explica. Además, le digo que no se preocupe, que aquí le daremos su tratamiento con los cambios que su médico estime oportunos.

—Qué majo el Dr. Castro, ¿verdad, señorita? Y qué guapo. ¡Quién fuera unos años más joven!

Es inevitable que me ría con ella. Al terminar me despido cortés y, al girarme, me toma la mano con delicadeza, y me mira con los ojos ya tristes, ya cálidos.

—Gracias, señorita Susana. Si no fuera por los profesionales del sistema de salud, las viejas como yo no duraríamos ni un asalto.

Acaba de salir el sol. Y entonces recuerdo por qué soy farmacéutica.

Campos de amapolas

Josefa León Villar Hospital Morales Meseguer Murcia

En mi opinión, los recuerdos de la infancia son todos valiosos v ciertos. Incluso dos versiones distintas del mismo recuerdo son ciertas, porque es ese tiempo vivido el que escribe sobre nosotros y es la lectura de los trazos que han quedado escritos en nuestro interior lo que realmente recordamos. Y, aunque no los recordemos ni lo hayamos siquiera percibido, de algún modo, esos recuerdos han dirigido nuestra vida. No sabría definir cuáles fueron los motivos, las circunstancias temporales o los hechos clave que despertaron en mí el deseo de ser farmacéutica. Solo sé que quise serlo desde que recuerdo, y en esos recuerdos infantiles una pequeña muñeca de plástico muy morenita, un teléfono de pie con un auricular de color negro y una enciclopedia sobre los medicamentos son los añorados juguetes que quedaron suspendidos en mi mente, como una parte inseparable de mi infancia. Yo misma fabriqué aquella enciclopedia con una simple grapa que unía todos los prospectos de las medicinas que mis padres almacenaban en casa.

—Pepita, por Dios, ¿dónde has puesto el libro? No recuerdo cómo se usan las pastillas de la acetona.

Y la niña, revestida de sabiduría, pasaba uno por uno los prospectos reunidos buscando la respuesta. El sonido de la veintena de trozos de papel de diferentes tamaños y texturas resonaba en mitad del silencio paciente, en el que mi madre hacía varias de sus labores caseras, mientras yo encontraba las respuestas a sus repetidas consultas. Con el tiempo he comprendido que era imposible que mi madre olvidara una y otra vez cómo se ponía el colirio de la conjuntivitis de mi hermano, y he apreciado su tierno esfuerzo por estimular en mí la lectura en general y el interés por conocer las cosas de los medicamentos en particular.

Llevaba a todas partes la información del calcio veinte, el optalidón, la aspirina del catarro, las píldoras de la alergia, cada uno de los prospectos de las pastillas de la abuela y al final, en la T, el del talco, tan útil para aliviar el común y familiar escozor del roce de una ortiga o el picotazo de un bicho en las piernas, habitualmente desnudas, enchancladas y expuestas, que lucíamos en las largas tardes de juego, durante el lento transcurrir de los veranos de la infancia. La dorada gavilla de tallos de manzanilla, apretada en su centro con un rugoso hilo de esparto, pendía del techo de la alacena como el nido de una pequeña cigüeña. Las infusiones para aliviar los estómagos nauseosos o limpiar los ojos irritados eran, por voluntad propia, parte de mis tareas familiares. Cortaba, subida en una silla, las ramitas necesarias para el cocimiento y permanecía vigilando cuidadosamente el salpicar de las florecillas blancas durante la ebullición, hasta que el líquido se tornaba amarillo. Colaba, después, el potingue a través de un pequeño trozo de trapo blanco dejando caer el líquido resultante en una taza o una pequeña palangana según el uso que se le fuera a dar.

—Sopla un poquito antes de tomarlo, que no te quemes pero no dejes que se enfríe, que hace más efecto calentito —le decía a mi padre, como consejo necesario para el buen uso de aquella medicina

—Hay que esperar que se enfríe, y con el algodón empapado, diferente para cada ojo, te limpiaré bien y te sentirás mejor —le decía a mi hermano, como opinión experta de los buenos resultados que el remedio proporcionado iba a producir.

La visita para la revisión anual con el pediatra y el oculista era mi único contacto con el sistema sanitario. Disponíamos de un seguro privado, puesto que mi padre era autónomo y aún no existía la Seguridad Social tal y como hoy la conocemos. La Unión Previsora era nuestra compañía de seguros y el Sanatorio Santa Cristina nuestro centro sanitario de referencia. En la sala de espera del pediatra había carteles en las paredes que resaltaban, con dibujos explícitos y letras grandes, lo importante que era tomar leche y lavarse los dientes para prevenir las caries y crecer sanos. D. Miguel, según decía mi madre, era un médico buenísimo, riguroso en las exploraciones de oído, ojos, boca y espalda. Yo recuerdo, sobre todo, las bromas para despistarnos antes del martillazo en las rodillas y como de repente, cuando la pierna se erguía autónoma superando el reto, todos reíamos, una vez más, sorprendidos del efecto.

La adquisición de las medicinas para los autónomos también era privada y había que pagar todo, todo. Con frecuencia me ofrecía voluntaria para ir a la farmacia a comprar los medicamentos. Unas puertas verdes, en una esquina de la plaza de la iglesia del pueblo, daban acceso a la botica. La recepción tenía una vitrina de madera y un pequeño mostrador, simulando una caja de cristal. En la vitrina aparecían expuestos utensilios de laboratorio y botes antiguos de cristal topacio con etiquetas deshilachadas, apenas legibles. D. Ignacio el farmacéutico, un anciano quintaesencia del despiste, al que las malas lenguas cifraban en dieciséis las vueltas a la rebotica, antes de encontrar el medicamento, era mi único referente profesional. Permanecía callada oteando por la entreabierta cortina el interior de la rebotica, donde D. Ignacio se movía de un lado a otro intentando orientarse. En alguna ocasión le pedí permiso para entrar en aquel santuario, pero percibí que no le hizo mucha gracia y ya nunca volví a insistir. Permanecía paciente, esperando la dispensación del medicamento prescrito, entretenida, a ratos, intentando adivinar las letras que faltaban en las etiquetas de los botes de la vitrina.

Los recuerdos de ese tiempo huelen a campos de amapolas y alquitrán de asfaltar las calles. Los montones de alquitrán, como montañas negras, se erguían bordeados por gigantes surcos abiertos para colocar los enormes rulos de hormigón del alcantarillado del pueblo. A pleno sol del mediodía, brillaban como el azabache y espesaban el aire con efluvios acres, dueños y señores de un pueblo fantasma de calles ardientes y desiertas hasta la llegada del aire fresco de la tarde. Al atardecer, con los amigos y la merienda, volvía el juego en el interior de la leñera, el calor denso y aplastante cristalizaba en partículas de luz que se desplazaban con el movimiento de nuestros flacos brazos. Dos niñas sentadas en el suelo ennegrecido, coronadas las cabezas por alguna telaraña, rebuscan entre las maderas los folletos de los medicamentos que D. Julián, padre de mi amiga y médico de cabecera de mi familia, almacenaba para usarlos, durante el invierno, como mecha para encender la estufa de leña.

Por suerte, he vivido cosas fascinantes a lo largo de mi vida y espero vivir alguna más, pero aquella fascinación primigenia por los dibujos de cápsulas, ampollas, y supositorios fotografiados y descritos en toda su composición son inolvidables. El asombro que producía en mí la profusión de palabras casi impronunciables que aludían a la naturaleza química de las moléculas y sus excipientes, y la angustia por decidir cuál de aquellos documentos debería ser indultado, sobrevivir al fuego del invierno y pasar a formar parte de mi biblioteca personal por gentileza de mi amiga, eran inmensos. Pensaba que cada uno de aquellos papeles quemados era una pérdida irreemplazable para el conocimiento, y en mi interior deseaba que me los regalara todos.

- —¿Por qué los quema tu padre?
- —Porque dice que ya los ha leído —decía mi amiga. Sufría por aquello, incapaz de controlar la avaricia y llegaba a casa cargada con un montón de folletos que guardaba, abría, cerraba, colocaba entre mis libros del colegio y escondía como un tesoro. Niñas jugando entre rojas amapolas salpicadas por campos y cunetas; tardes rosas con sabor a chicle y paloduz, y ratos de lectura de los folletos de los medicamentos, su composición, sus acciones terapéuticas y también, claro que sí, sus efectos adversos. Nada de eso nos preparó para aquella tarde que, de repente, vuelve a ser presente con nitidez casi táctil, atravesando la neblina espesa de un recuerdo antiguo, que de nuevo respira como un ser vivo y con él de nuevo el vacío denso de la noticia.
 - —Francisquita se ha muerto —dijeron.
- —Sí, ha muerto de la noche a la mañana, muerta, para siempre dormida —dijeron.

Un catarrillo, un antibiótico, una alergia ignorada y fulminante se conjugaron aquella tarde para congelar a un pueblo entero en el dolor seco y sólido de la pérdida. Tarde de llantos y sollozos enmarcados sin remisión en el irritante batir de alas de las chicharras de agosto. Aquel medicamento había matado a mi vecinita, un juguete, una campanilla, risas, risas y risas diarias continuas sorteado el vacío de la siesta a la hora de tomar el fresco. No lo entendí, y durante mucho tiempo no supe cómo interpretarlo. En terapia colectiva, aquel tórrido verano, el dolor compartido fue desgranado y la negra brecha cosida con las gracias y las risas de aquella niña querida que, decían las vecinas, nos miraba desde el cielo, divertida y feliz de estar con los angelitos. Nunca la he olvidado y la precaución y el respeto por el daño que también pueden hacer los medicamentos a las personas ha estado siempre presente en mí y he llevado, como una luciérnaga palpitante, su nombre en mi recuerdo.

La sonrisa de Carla

Pablo Pérez Huerta Hospital Universitari i Politècnic La Fe Valencia

La residencia puede ser una época maravillosa de tu vida. Lo que aprendes y lo que experimentas en solo cuatro años no se puede comparar con nada. Tienes que vivir el momento y aprovechar todo lo que se te ponga por delante. Porque lo peor de la residencia es que un día se acaba y será ahí cuando te des cuenta de lo que lo que tenías a tu alcance y de que nunca volverá a ser igual.

—¡Vaya! Qué poético te pones por las noches, Óscar. Pues a mí me parece que la residencia es trabajo, trabajo y más trabajo, muy poco agradecido y mal pagado. Parece que cada vez me cuesta más motivar a los residentes que entran al hospital.

Estábamos los dos de guardia, sentados uno enfrente del otro con nuestros ordenadores validando prescripciones médicas. Serían las doce y media de la noche, por lo que no había mucho trabajo: algunos ingresos y pequeñas modificaciones de tratamiento que revisar. Hoy me tocaba guardia con un residente de tercer año, Daniel. Había rotado conmigo hacía poco en la unidad de pacientes externos y ya nos conocíamos bastante. Era un residente muy trabajador e inteligente, muy cercano en el trato con el paciente. Sin embargo, estaba muy desmotivado con su trabajo. Había perdido toda la pasión por lo que hacía. Recuerdo el primer día de residencia de Daniel, hablé un poco con él y lo vi ilusionado y motivado, quería hacerlo todo y hacerlo ya. Con

el tiempo, cuando me cruzaba con él y le preguntaba, cada vez sus respuestas eran más cortas y desganadas. Lo peor de todo era que me recordaba mucho a mí durante la residencia. Yo también empecé con más ganas que cabeza y me fui desgastando poco a poco hasta que me pasó algo que me cambió.

- —La noche se espera dura. ¿Te parece si vamos a por un café a la máquina y nos despejamos un poco? —pregunté al residente.
 - —Sí, claro. Lo vamos a necesitar.

Salimos del servicio de farmacia, que estaba en el sótano, camino de la máquina de café, en la planta baja, cerca de las urgencias.

- —Daniel, yo hace unos cuantos años también fui residente y sentí el mismo desgaste que tú. La presión de las rotaciones, tener que publicar, los másteres y cursos, el estar más tiempo en el hospital que en casa... Sé que es muy duro, pero creo que deberías intentar ver el lado positivo de estos años.
- —En los tres años que llevó siendo residente de farmacia hospitalaria he trabajado día y noche y he recibido más reprimendas que agradecimientos. ¿Qué sentido tiene esperar algo bueno?
- —Porque todo tu mundo puede cambiar durante la residencia. Tu manera de ver la vida y de sentirla. Yo era como tú, hasta que conocí a Carla.
 - —¿Quién es Carla? ¿Alguna adjunta de tu hospital?

Esta historia no se la había contado a mis adjuntos cuando ocurrió, ni a ningún residente. Sin embargo, Carla seguía viva en mi mente todos los días, motivándome en mi trabajo y haciéndome mejor persona.

—Te voy a contar por qué creo que la residencia puede ser maravillosa. Ya te adelanto que no es por haber publicado en la mejor revista, ni haber hecho ponencias en congresos, ni siquiera recibir los mejores elogios de tu adjunto al terminar una rotación. La residencia la hacen maravillosa las personas con las que te cruzas y te regalan una parte de su ser.

»Yo comencé la residencia en el año 2005 y, como te he dicho, era un mar de sueños y esperanzas que pronto se fueron diluyendo. En mi tercer año de residencia hice un rotatorio externo en el servicio de oncología médica. Cada día subía a la última planta de las consultas externas y junto al oncólogo veíamos a los pacientes. Antes de que entrara cada paciente, el oncólogo y yo leíamos la historia clínica, su analítica y las pruebas de imagen y comentábamos el caso. El día que conocí a Carla me tocaba con la doctora Cristina Hernández, que llevaba la consulta de tumores digestivos.

»—La siguiente paciente es un caso muy complicado. Es una mujer con cáncer de páncreas localmente avanzado que no es candidata a cirugía. Le prescribí el esquema de combinación FOLFIRINOX por ser joven y tener un buen estado general. Se le administró el primer ciclo y hoy le toca el segundo. Vamos a llamarla y te la presento.

»Llamó a la paciente por el interfono y entró en la consulta. Tendría solo un par de años más que yo, ojos marrones y pelo castaño, liso y largo. Aunque lo que más me llamó la atención fue su sonrisa. Llevaba ya unas semanas en oncología y era la primera vez que un paciente entraba a la consulta iluminando la sala con una sonrisa sincera, libre y abierta.

- »—Buenos días, Carla. Te presento a mi compañero de farmacia, Óscar —dijo la oncóloga.
- »—Hola, Cristina. Vaya, no sabía que había farmacéuticos en el hospital. Óscar, ¿puedo preguntarte que hacéis?

Esa pregunta me pilló totalmente descolocado.

»—Pues nosotros hacemos bastantes cosas, pero en cuanto a la oncología, nos encargamos junto con los oncólogos de diseñar los protocolos de quimioterapia, los validamos una vez que se han prescrito y nos aseguramos de que el proceso de elaboración y administración en el hospital de día se realice con la mayor calidad posible —intenté explicarme lo mejor que pude.

»—¡Ah! No tenía ni idea. Entonces te doy las gracias, Óscar.

Era la primera vez que un paciente me daba las gracias por algo. Y para mi sorpresa, me dio más vergüenza que satisfacción. La consulta transcurrió con normalidad. La analítica estaba correcta, por lo que la doctora confirmó el siguiente ciclo de quimioterapia y la paciente se dirigió al hospital de día. Cuando acabó el día habíamos visto a treinta pacientes y ya prácticamente no me acordaba de esa mujer joven y sincera que me había dado las gracias.

»Acabé mi rotación por oncología médica sin volver a ver a Carla. Unos meses más tarde, estaba por la unidad de farmacia de pacientes externos, donde acuden los pacientes de las consultas a recoger algunos medicamentos. Teníamos una pequeña consulta en la que recibíamos a los que comenzaban algún tratamiento. Cuando Carla abrió la puerta no la reconocí, hasta que su sonrisa volvió a iluminar la consulta.

»—¡Buenos días, Óscar! ¿Te acuerdas de mí?

»—Buenos días, ¿cómo me iba a olvidar de la única paciente que me ha dado las gracias por hacer mi trabajo en los tres años que llevo trabajando en un hospital? ¿Cómo estás, Carla? —Se la veía más mayor que la primera vez pero aún conservaba su energía.

»—Bien, bien. Llevo ya cuatro ciclos de quimio, pero el último me dejó bastante baja de defensas y la doctora me ha dicho que tengo que venir aquí a recoger unos pinchazos. »Me entregó una prescripción de Filgrastim para cinco días. Le entregué el medicamento y le expliqué cómo conservarlo y cómo administrárselo en casa durante esos días. Además, le di una hoja con toda la información para que pudiera consultarla en casa y el correo electrónico y teléfono de mi despacho por si tenía cualquier problema. Una vez terminada la consulta le pregunté si tenía alguna duda más.

»—No, no, parece que ya lo tengo todo más o menos claro. Muchas gracias por la información. Espero hacerlo bien. ¡Nos vemos! —Se levantó.

»—Seguro que lo haces genial, no dudes en llamarnos si tienes cualquier problema. ¡Adiós Carla! —me despedí y se fue.

»Salí de la consulta y le pregunté a la enfermera que llevaba la citación si me quedaba algún paciente. Me dijo que de momento no, por lo que aproveché el momento de calma para ir a tomar algo a la cafetería. Me pedí un café y unas tostadas. Cuando fui a sentarme me di cuenta de que estaban todas las mesas llenas. Mientras me decidía por qué sitio sería el más adecuado vi a Carla. Estaba en una pequeña mesa, sola. Creo que si en ese momento lo hubiese pensado durante dos segundos nunca me habría sentado con una paciente, pero no lo pensé. Menos mal que no lo pensé.

»—Hola, Carla. ¿Puedo sentarme? —pregunté con la esperanza de que no lo viera ella tan raro como me estaba pareciendo a mí.

»—Claro que sí, Óscar, siéntate. —Me ofreció el asiento de enfrente—. No sé si en la consulta te has dado cuenta, pero no paraba de sonarme la tripa. Como tenía analítica no he podido desayunar y he ido directa a la consulta y luego a farmacia.

»—Y yo que pensaba que ese ruido era mi estómago devorándose a sí mismo. »Se rio tanto que el que estaba en la mesa de al lado nos miró extrañado. Mientras desayunábamos hablamos de todo: del tiempo, del tráfico, de la política, de las series que estábamos viendo, de todo menos de su enfermedad. Hablar con ella te hacía sentir especial, feliz y humilde a la vez. Cada frase que decía siempre la acompañaba con una sonrisa, era como su sello de identidad. Una vez terminamos, volvimos a la realidad y nos despedimos alegremente. Cuando volví a la farmacia, mi adjunto me preguntó por qué sonreía tanto y solo pude contestarle la verdad, que no tenía ni idea.

»Los meses se fueron sucediendo lentamente hasta dejar los encuentros con Carla como recuerdos lejanos. Mi última rotación clínica de la residencia era en la planta de oncología. En ella iba a las sesiones del servicio de oncología médica, pasaba visita y ayudaba en todo lo posible a los médicos y las enfermeras de planta. Un día, el tutor de oncología me dijo que había habido un ingreso de una paciente por la noche y me propuso que le hiciera yo la conciliación del tratamiento ambulatorio con el que tenía prescrito en el hospital. Cuando entré en la habitación vi una mujer que parecía rondar los cincuenta, no tenía pelo y se le notaban los huesos por todo el cuerpo. Nada más entrar me miró, sonrió y entonces la reconocí, era Carla. En ese momento me sentí caer por un precipicio, quería salir corriendo de la habitación, ir al pasado, a la cafetería donde me senté con ella y pegarme dos buenos tortazos por haberlo hecho. Pero no podía, tenía que avanzar y hacer mi trabajo.

»—Hola, Óscar. Sabía que nos volveríamos a encontrar. Perdona que no me levante para darte dos besos.

»Parecía que a cada palabra que expresaba se le escapaba un trocito de vida.

»—Buenos días, Carla. Tranquila, que si tú no te puedes levantar ya me agacho yo y te doy dos besos. —Tenía las mejillas muy frías—. ¿Cómo estas Carla?

»—Muy bien, ayer me desmayé en casa y tuvo que venir la ambulancia a por mí, pero estoy bastante mejor. ¿Vas a ser tú mi farmacéutico? —me preguntó.

»—No le dejaría ese honor a ningún otro compañero.

»Estuvimos un rato hablando de cómo le había ido la quimio. La segunda y tercera línea de tratamiento no habían conseguido frenar el cáncer. Le hice la conciliación de los tratamientos e incluso ayudé a una enfermera a ponerle un gotero. Cuando ya me iba a seguir con el resto de pacientes me preguntó si tenía que visitarla todos los días. Entonces me di cuenta de que nunca la había visto acompañada, en la consulta, en farmacia, desayunando y ahora ingresada, siempre estaba sola. Le respondí que todos los días que estuviera ingresada me pasaría a ver cómo estaba. Y así fue. Cada día encontraba un rato para pasarme por la habitación dieciséis, saludarla, preguntarle cómo estaba y hablar de todo un poco. Con los días cada vez se encontraba mejor y se la veía con más energía. Creo que fue al quinto día cuando se me escapó decirle que lo que más me gustaba de ella era su sonrisa. Me dijo que había tenido una infancia muy dura y que desde pequeña aprendió que todo lo malo es menos malo si le sonríes a la vida.

»Los días seguían transcurriendo cuando comencé la última semana de mi residencia. Me debatía entre el miedo de no encontrar trabajo y la ilusión de ser especialista. Ese lunes me dirigí como siempre a oncología, donde asistí a la sesión clínica. No fue hasta media mañana cuando encontré un rato para ver a Carla. Ese día iba a decirle que solo me quedaban unos días de residencia y que nos tendríamos que despedir. Cuando llegué a la habitación

número dieciséis abrí la puerta y me encontré con la habitación vacía. No podía ser. Una auxiliar entró con las sábanas de la cama, le pregunté si habían trasladado a la paciente a otra habitación, y me respondió que había fallecido durante el fin de semana.

»Al final no nos pudimos despedir, ella se fue antes que yo. Aún recuerdo esa mezcla de sentimientos en el pasillo de la planta de oncología y cómo de repente me sentí tan pequeño e insignificante. Miré la lista de pacientes a los que tenía que visitar. El siguiente era el ingreso de la cama diecisiete. Me arrastré como pude hasta la puerta de al lado. Cuando iba a entrar a la habitación algo cambió en mi mente, algo que hasta ahora he intentado mantener en todo momento. Me di cuenta de todo lo que me había enseñado Carla y decidí que su legado no se extinguiría. Levanté la cabeza, puse la mejor de mis sonrisas y entré en la habitación:

»—Buenos días, me llamo Óscar y seré su farmacéutico durante su estancia. ¿Cómo se encuentra?»

El café ya hacía rato que se nos había acabado a los dos farmacéuticos que estábamos de guardia. Daniel no me había interrumpido en ningún momento y, por fortuna, el busca tampoco. Yo lo había contado todo sin pensar, sintiendo la historia como en aquel momento.

—Daniel, no sé si esta historia te puede ayudar o no, pero a mí me cambió la vida. Cuando te digo que la residencia puede ser maravillosa no te digo que lo vaya a ser, sino que tú tienes que trabajar para hacerla maravillosa todos los días. Y que cuando le sonríes a la vida, lo malo siempre es menos malo.

Cantares

Amaya de Basagoiti

Hospital Universitario de Cruces

Barakaldo (Vizcaya)

Como el resto de la semana, ese martes también llovía. «No importa —me dije a mi misma—, total, voy a estar todo el día metida en el hospital». Era una de mis últimas guardias como residente. Me encontraba en el ordenador validando ordenes médicas mientras pensaba como echaría de menos aquel lugar y aquella gente. Al fin y al cabo, y a fuerza de horas entre esas paredes, allí me sentía parte de una pequeña familia y reconocía mi servicio como un segundo hogar. Inmersa en mis pensamientos comencé a escuchar la canción que sonaba en la radio, todo un clásico. Joan Manuel Serrat prestaba su voz a Antonio Machado, y «golpe a golpe, verso a verso», y Olmesartan a Losartan, fueron corriendo los minutos. Una paciente tocó entonces el timbre. Venía fuera de horario y refería tener algo pendiente, por lo que decidí salir a su encuentro con una mezcla entre curiosidad y miedo. Quizá fuera la última persona a la que atendiera durante la residencia... Me estaba esperando en el pasillo y parecía nerviosa, se frotaba las manos del mismo modo que hacía Juan el primer día que entró en la consulta para comenzar el tratamiento con Abiraterona. Alternaba este gesto con otro que también me resultó familiar, el de repasar con el dedo los caracolillos que le caían sobre la frente. ¡Me recordaba tanto a uno de mis adjuntos! En cuanto me vio, exclamó:

—Hola, soy yo. ¿No me reconoces?

Su nariz, sus ojos... los había visto antes, pero no conseguía saber de quién se trataba. —Lo siento, pero no caigo ¿Hace mucho que nos conocemos?— me mostré sincera.

—Hará unos cuatros años. ¡Qué nerviosas estábamos aquel día! El principio de la aventura...

Yo hacía esfuerzos por situarla en mi memoria, pero no podía estar más descolocada.—Y, ¿dónde nos conocimos?

- —En este mismo sitio —contestó.
- —Ya... ¿Tal vez llevabas el pelo más corto? ¿O de otro color?.

Intentaba sacar la mayor información posible: una buena entrevista clínica.

- —Yo entonces era una semilla —respondió tajante.
- —¿Una semilla? ¿De verdad?

Me debatía entre la risa y el llanto, no sabía con exactitud cuál sería el mejor momento para empezar a darme cabezazos contra la pared. Recordaba las numerosas veces que me había quejado de la falta de formación en cuanto a herramientas de comunicación con el paciente, y las tardes de entrevista con la tutora, en las que le destacaba mi falta de seguridad en este aspecto. Sin duda, delante de mí tenía la prueba de fuego. Analicé la situación: me encontraba frente a una mujer que aseguraba haber sido una semilla, me conoció entonces y ahora, habían pasado cuatro años, acudía a la farmacia, no sé si convertida ya en geranio, a recoger medicación. Decidí orientar la conversación hacía su supuesto objetivo pero se me adelantó diciendo:

- —Vengo a completar lo que necesito para acabar el mes.
- —¿Completar? ¿No te pudimos dispensar lo suficiente? —contesté interesada.

—Pensé que me duraría más —respondió.

Ante lo extraño del momento, opté por pedirle la documentación necesaria para la dispensación, seguramente me serviría de ayuda. Todos sus datos coincidían de alguna manera con los del resto de residentes: su nombre, sus apellidos, su localidad y su fecha de nacimiento. Seguí con la dispensación y empecé a abrir el programa. Mientras, ella hablaba y hablaba. Resultó que un tío suyo había estado ingresado en la planta de cirugía vascular. Allí recibió la visita de una farmacéutica que le hizo muchas preguntas sobre su tratamiento habitual, de acuerdo al proyecto en el que estábamos trabajando entonces. Dicho provecto hablaba de la conciliación de la medicación al ingreso y, aunque algo desconocido al principio, acabó sacándole mucho valor. En reingresos posteriores, él solía esperar la visita de aquella farmacéutica. También reclamaba nuestra atención al alta, pero eso llegaría más tarde... Mientras la paciente lo relataba, se me escapó una mueca de alegría recordando aquellas entrevistas matutinas y todo lo que me aportaron. El programa de dispensación, continuaba pensando... Hace unos dos años, ella, mi visita misteriosa, había estado en tratamiento con triple terapia para el virus de la hepatitis C. Triple terapia con Interferón, Ribavirina y Telaprevir.

—¡Cómo sufrí con la piel, vaya picores...!

«Sufrimos», pensé. Y es que durante mi rotación por pacientes externos me tocó acompañar, entre otros, a los pacientes con triple terapia, con Telaprevir o Boceprevir. Los picores, diarrea, descamación de la piel y astenia intensa, reflejada normalmente en el valor de hemoglobina, eran rutina en la consulta. Aprendí a buscar recomendaciones específicas para prevenir y manejar las diferentes toxicidades. Recuerdo en su caso el baño templado con maicena, que también sirvió a mi hermana como consejo para calmar los picores durante la varicela. Estas medidas van ligadas

al seguimiento del paciente que te plantea nuevas dudas, que se siente seguro al conocer lo qué debe hacer, y que te lo agradece. Fui introduciendo los datos de mi... vamos a llamarla semilla, en el programa de dispensación. Su presencia empezaba a crearme una sensación extraña... Sin saber el motivo, me resultaba de lo más cercana. Tal vez, no mentía al decir que nos conocíamos. De momento, continuaba hablando:

- —Poco después de aquello, mi sobrino fue diagnosticado de linfoma de Hodking. Le solía acompañar al Hospital de Día siempre que me era posible. Lo mío, desde luego, ha sido este hospital...
 - -¿Y qué tal está ahora? -pregunté.
- —Muy bien. Todavía se acuerda del olor fétido de las ampollas que tomaba en casa y de no poder comerse un buen trozo de queso roquefort después para quitar el sabor.

Las dos comenzamos a reírnos. Contaba que coincidiendo con la Navidad le resultó toda una hazaña retirar de las cenas los alimentos prohibidos por la Procarbacina: el salmón ahumado, los quesos curados, el paté... Mandó un email profiláctico a sus familiares con el objetivo de evitar quejas sobre el menú. Les explicó la situación y remitió, como documento adjunto, la tabla de alimentos con alto contenido en tiramina, a evitar durante el tratamiento con Procarbacina y hasta dos semanas después, por su leve efecto IMAO. Su intervención me resultó genial. La implicación posterior de toda la familia, en plan equipo multidisciplinar, de órdago. Seguíamos conversando cuando se me abrió la pantalla de su prescripción. Empecé a leerla y no podía creerlo. Las líneas de medicación pendientes de dispensar eran las siguientes: retomar el artículo del Tacrolimus, presentar un proyecto de investigación, realizar la tesis doctoral, ocho mil horas aproximadas de estudio en infecciosas... En aquel momento

me di cuenta de todo. Caí en quién era la persona que estaba delante de mí. Esa amable aparición representaba el conjunto de experiencias, aprendizajes, momentos vividos... que me llevo de los cuatro años de residencia. No me equivocaba al pensar que sus rasgos físicos me eran conocidos. Entonces me daba cuenta de que tenía los ojos de mi co-erre, los rizos de mi compañera de guardias Paula, y también su nariz, sus orejas, sus gestos... pertenecían a gente importante que me había encontrado en aquel camino. Comprendí su época de semilla, aquel día que asustada llegué al servicio. La percepción de la gente e incluso del lugar había cambiado mucho. Durante los cuatro años, la docencia recibida, las horas de estudio, las tardes de biblioteca, de charla o de póster, los pacientes conocidos, las divertidas cenas... habían ido regando la pequeña pepita que aquella tarde lluviosa había llamado a mi puerta. ¡Qué contenta estaba de verla tan alta! En la pantalla del ordenador lo que constaban eran algunas de las tareas pendientes que me quedaban al acabar la residencia. Me acuerdo de la primera vez que oí hablar de la teoría de las diez mil horas necesarias para convertirte en un especialista, y de las ganas que me entraron de comenzar a consumirlas. Mientras yo procesaba toda esta información, ella sonreía mirándome. Y entendiendo entonces que siempre estaríamos juntas, la abracé. Olía a mar... Aquel fantástico ser me transmitía multitud de sensaciones. Imágenes de recuerdos se sucedían continuamente en mi cabeza: riéndome en el CIM, riéndome mucho, validando en la unidosis, reunidos los jueves, disfrutando de una charla, nutriéndome de las explicaciones de mis adjuntos... Entonces su figura se desvaneció entre mis brazos y se transformó en aire, aire pegado a mí. Tras un breve respiro, abrí los ojos. Frente a mí, la pantalla del ordenador me mostraba la última orden médica en la que me había quedado validando cuando llamaron al timbre. Las gotas de lluvia continuaban golpeando el techo. Parecía que todo seguía igual. Y es que seguramente no me había movido de aquella silla. Pero algo en mí había cambiado. Una mezcla de magia, satisfacción personal y agradecimiento me invadía. Y, ante el reto de acabar la residencia, fui consciente de todo lo que me llevaba, y de lo que me quedaba por luchar. *Cantares* sonaba de nuevo; entonces lo escuché, si cabe, más lleno de sentido: «Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar».

La Farmacia contada por la Generación Bibliocafé

El sótano

Susi Bonilla

«A menudo los héroes son desconocidos»

Benjamin Disraeli

Siempre tuve miedo a los sótanos. Desconozco si fue por las veces que me castigaron de niño, encerrándome en la húmeda bodega de la casona de mi abuela; por la angustia que pasé a los diez años cuando me escapé de casa con mi hermana pequeña y la perdí en una cueva, o por mi despertar en la UCI de aquel hospital. El día en que todo se hizo negro.

Tenía trece años. Recuerdo la portería contraria y los gritos de mis compañeros jaleándome. Mi camiseta con el número 9 se zafó del defensa del equipo contrario. Corrí hacia la pelota. Tenía olfato para los goles. Eso decían. Incrementé la velocidad. No había aire a mi alrededor. La portería se nubló y también la pelota. Lo siguiente que recuerdo es un terrible cansancio. No escuchaba gritos ni aplausos. Abrí los ojos y vi el silencio. Frente a mí, una cristalera. Mi corazón se aceleró. Escuché un pitido y unos pasos que se acercaban a mi cama.

Estaba en la UCI, por culpa del primer nombre femenino que me aceleró el corazón y estuvo a punto de robármelo. Se llamaba Miocardiopatía Hipertrófica. Una arritmia casi mortal la delató. Su virulencia fue tal, que todos los tratamientos resultaron infructuosos. Precisaba de un nuevo corazón. Nadie se explica todavía como el mío soportó aquel desbocado ritmo. Yo sí me lo explico. Siempre fui un superviviente. Y María también lo pensaba así. Ella es quien me hizo perder el miedo a los sótanos.

Pasé bastante tiempo en aquel habitáculo subterráneo. Imaginaba que estaba en un submarino. Ante mi cristalera desfilaban tritones y nereidas. Cuando desaparecían yo cerraba los ojos y, en sueños, mis piernas inmóviles se fusionaban para formar una enorme cola de escamas nacaradas. Igual que Glauco, el de mi libro de mitología. A mi alrededor desaparecían máquinas y cables, solo había arrecifes y algas. Ya no necesitaba aire para respirar. Así conseguí sobrevivir. Bueno... así, y con la ayuda de María.

María bajaba a las profundidades de vez en cuando, siempre con su traje blanco y sus gafas de buceo. Toqueteaba aquellas enormes burbujas que se enlazaban a mi brazo mediante un alga plateada y hablaba con otros buceadores en un idioma ininteligible para mí. Propanolol, disopiramida, verapamilo, amiodarona, digoxina y otros nombres que se diluían cuando todo volvía a ponerse turbio y gris... casi negro.

En alguna ocasión gesticulaba exageradamente ante los demás buceadores con gesto enfadado, volvía a la superficie y en pocos minutos regresaba con un movimiento rápido de sus aletas lo que provocaba nuevas burbujas y revuelta de algas a mi alrededor. Aunque su lenguaje me resultaba incomprensible en aquel momento, conseguía transmitirme una insólita calma en medio del mar embravecido y revuelto.

María compartió conmigo muchas taquicardias, síncopes, infecciones varias y fibrilaciones por doquier. El día que las turbulencias comenzaron a ser menos frecuentes decidieron que ya podía respirar y me trasladaron desde el sótano hasta la segunda planta. Ella me acompañó a la habitación y allí les dio a mis padres una guía para defenderse en ese complicado idioma en el que ella era experta y que yo acabé también dominando.

Una noche comencé a sentirme muy mal, mareado, débil, me faltaba el aire y todo amenazaba con volverse casi negro. Entonces vino ella, me tomó la tensión y el pulso. Miró el gotero. Llamó por teléfono. Comenzó a hablar en su enrevesado idioma. Suspended esto, necesito aquello. ¡Rápido! Avisad al cardiólogo de guardia...Volví al sótano. Cuando desperté le pedí que no me llevara más allí, que tenía miedo a los sótanos. Eran oscuros y en ellos se escondían los monstruos de mis peores pesadillas.

Ella me prometió que no tendría miedo nunca más.

Algunas semanas después volví a la segunda planta. Poco a poco fui recobrando fuerza y pude levantarme de la cama. Mis padres me estaban paseando por los pasillos, sentado en la silla de ruedas, cuando apareció María dispuesta a cumplir su promesa.

—Vamos de excursión.

Empujó la silla hasta el ascensor y nos metimos en él. Apretó el botón que llevaba grabado la letra S y el número 2, y mi rostro empalideció.

-No temas. Confia en mí.

Se abrió la puerta del ascensor. Estábamos en el sótano del sótano. Debajo de mi pecera. Aquello debía ser lo peor... Comenzó a enseñarme las salas, abría las puertas. No estaba oscuro y había mucha gente. Se llamaban farmacéuticos.

No vendían medicinas como los de la farmacia de la esquina de mi casa, estos eran farmacéuticos de hospital. Iban vestidos con distintos uniformes, según la misión que tenían que cumplir. Unos preparaban medicamentos vestidos como astronautas, los otros vestían como ella, con batas blancas. Unos estaban atentos a las pantallas, máquinas y monitores, vigilando cualquier posible amenaza. Otros repartían cajitas y sonrisas a personas pálidas y cansadas como yo, que entraban allí con rostro muy triste pero

salían muy animados con sus folletos de instrucciones y armas para cumplir su valioso cometido.

Vi como preparaban las burbujas de líquido lechoso que tenía en la pecera. Recuerdo que María me dijo que eso se llamaba nutrición parenteral, lo que me había alimentado durante una temporada, cuando mis intestinos decidieron tomarse unas vacaciones y dejar de contraerse. En otra habitación preparaban minúsculos biberones, en una esquina otro de ellos trataba de convencer a una chica extremadamente delgada y ojerosa de la importancia de seguir el tratamiento a rajatabla y no abandonarlo.

Sus voces y pasos se mezclaban con el ruido de los medicamentos rodando por espirales, empaquetándose en pequeños envases, amontonándose esperando ser metidos en cajoneras que luego viajan a la superficie. También me enseñó la caja fuerte donde guardaban sus armas más poderosas, y la cámara acorazada con sus tesoros y fórmulas secretas. Y, por fin, sus androides aliados. Una estancia llena de ellos al mando del veloz Triturus. Allí se encargan de detectar cualquier rastro enemigo; en otra estancia, el gran Rowa coloca por orden los medicamentos. Estuve mirándolo un buen rato a través del cristal. Sus ojos de luz blanca iban y venían veloces mientras sus brazos de acero colocaban las cajitas en cada hueco. Un sorprendente universo se mostró ante mí.

Ni en los mejores libros de ciencia ficción o de mitología que tanto me gustaban había encontrado un mundo de héroes enterrado en el subsuelo. Los valientes protagonistas de mis libros siempre volaban o nadaban. No estaban escondidos. Pero, sin duda, estos conseguían salvar muchas más vidas que los que llevaban capa y antifaz. Por último, María me enseñó su mesa, con su ordenador, donde están las historias de todos los que estamos en la pecera, en las habitaciones o en casa. Cogió una mariposa

de las que tenía en su pizarra blanca y la pegó en mi pijama, a la altura del corazón.

—Ya puedes volar. Mañana te irás a casa, aunque tendrás que volver de vez en cuando por aquí para recoger tu medicación. Espero que no temas regresar al sótano.

Han pasado quince años. Sigo visitando a María. Aprendiendo nuevas palabras de ese idioma suyo que es la farmacología v cumpliendo sus instrucciones rigurosamente, ella en su jerga dice que soy un maestro de la adherencia. Hoy me acompaña a verla alguien muy especial, mi hijo de cuatro años. Tiene miedo a los sótanos y a la oscuridad. Le muestro cada rincón, como ella hizo conmigo. Ordenadores, armarios automatizados, cajas fuertes que guardan psicótropos y barbitúricos, la cámara acorazada que custodia los estupefacientes, centrifugadoras de sangre y analizadoras de fluidos, veloces encapsuladoras, el robot que ordena medicamentos y las salas blancas en las que los farmacéuticos uniformados como astronautas manejan con cautela sustancias tan mortíferas como curativas. Mi hijo pega su naricilla a la cristalera de esas asépticas salas. Uno de los farmacéuticos se acerca mientras me hace un guiño de complicidad. Se sitúa frente a mi hijo y se cuadra ante él llevando los dedos de su mano derecha a la sien.

- —Papá... ¿Es el comandante?
- -Si hijo, salúdale.

El niño le imita y el «comandante» vuelve a guiñarme el ojo antes de volver a su tarea. Me vio muchas veces pegar la nariz a esa cristalera. Para mí también fue el jefe de una arriesgada misión. Mi hijo continúa la visita fascinado entre soldados, caballeros metálicos, androides y brebajes mágicos.

Estamos a punto de irnos. Un grupo de batas blancas está reunido al final del pasillo. Distingo a María junto a compañeros

de la unidad de pacientes externos. Se adentra en su despacho. La vemos frente a la pantalla de su ordenador. Quieta. Muy quieta. Con la mirada fija en una de las muchas historias que atesora. Un número. Un nombre. Una vida de alguien que no volverá al sótano jamás. María tiene los ojos llenos de lágrimas.

- --Papá, ¿Lloran?
- —Si hijo, estos héroes son humanos.

La vida es química

María Tordera

A Sergio

Glucosa setenta gramos. Agua para inyección cantidad suficiente para cien mililitros. La composición de la solución contenida en el frasco de vidrio que sostengo en mi mano, de medio litro, con un «G-70» sobreimpreso en rojo casi tan grande como la etiqueta. Trescientos cincuenta gramos de glucosa. Una cantidad enorme de azúcar, todo es decirlo. Difícil de diluir en agua, más que la sacarosa. Si aumentamos la temperatura, resulta más sencillo. Como cuando preparamos un almíbar para hacer dulces.

El líquido que tengo delante es claro, transparente, resultado de los procesos industriales modernos, que evitan el ligero color amarillento, antes frecuente, consecuencia del calor que se aplicaba para conseguir una solución tan concentrada y para esterilizarla en autoclave. Un fenómeno —el oscurecimiento hasta adquirir un tono dorado— al que se llama caramelización y que no es muy distinto del que se produce al calentar azúcar en una flanera. Curioso cómo se expresan las leyes de la química: no les importa si estás en una cocina o en un laboratorio farmacéutico. Son las mismas en todas partes.

«Caramelo». Supongo que he pensado en esa palabra por Hugo. Al fin y al cabo, es a causa de mi joven paciente que estoy aquí, mirando como una tonta un frasco de glucosa desde hace... varios minutos.

A Hugo le gustaría saborear caramelos, pero no puede. Con once años, ha sufrido ya tres intervenciones quirúrgicas. En la

última, perdió lo poco que le quedaba de intestino delgado. «Nada de caramelos. Ni de helados. Ni de tartas de chocolate». ¿Chucherías? Nunca ha podido probarlas, desde que le diagnosticaron la enfermedad de Crohn con tres años. Es posible que dependa de una nutrición parenteral de por vida; una mezcla intravenosa, preparada en la farmacia, que contiene los elementos imprescindibles para sobrevivir: proteínas, hidratos de carbono, lípidos, electrolitos, vitaminas, oligoelementos. Todos los nutrientes han de estar en su forma más simple ya que se administran directamente en el torrente sanguíneo. Y ahí es donde entra mi frasco de glucosa. Leo el lote impreso en la etiqueta y en la cápsula metálica que sella el vial: «P013». Estoy sentada sobre varias cajas apiladas, de diez frascos cada una. Mi maldito, enervante y misterioso palé del lote P013. De una vez por todas, he de saber si es él quién tiene la culpa de mi insomnio.

Me sobresalto al sentir una mano sobre mi hombro. Es Tono, el celador encargado del almacén.

- —En el laboratorio les quedan cinco palés enteros —me dice. Su mirada indaga en mis ojos por qué diablos le he hecho preguntar eso. —Están preocupados —añade—, quieren saber si ha habido algún problema con el lote...
 - -No, Tono, no es nada. Era solo por preguntar.

Se me queda mirando. Preferiría que me dejara a solas con mis reflexiones, pero sigue ahí, quieto como una estatua, mientras lo observo por encima de mi hombro. Su mole de chico grande y fortachón obstruye mi visión de la puerta del almacén.

No comprendo lo que quiere, y él tampoco parece comprenderme a mí, hasta que sus ojos se iluminan y se aparta para dejarme ver la figura pequeña, vestida de verde, que apoya su espalda en el quicio de la puerta del almacén. De «mi almacén».

—Quiere hablar contigo —dice Tono, y se aleja como si quisiera evitar un cruce de disparos.

Me incorporo lentamente. «Piti», «Peter Pan», es la última persona a las que deseo ver hoy. Sin embargo, el Dr. Pedro Cruz no sería él si no me persiguiera por todo el hospital cuando está preocupado por la nutrición de uno de sus pacientes.

El mote se lo pusimos el primer año de residencia, ese en el que coincidimos en el mismo hospital hace ya más de veinte años. «Peter Pan» es bajito y conserva el rostro, la voz, la sonrisa, y hasta el carácter de un niño que se niega a crecer —si no, pregúntenselo a sus tres exmujeres—, y posee unas manos mágicas en el quirófano. Como si un hada llamada Campanilla guiara su bisturí.

«Piti» viene hacia mí y lo primero que advierto apenas se detiene a medio metro y nuestras miradas se cruzan —tiene que mirar hacia arriba y eso que yo tengo una estatura más bien mediana— es que lleva unas ojeras tan grandes como las mías. Levanta su mano derecha y señala hacia atrás con el pulgar por encima de su hombro.

—¿Me acompañas a ver a Hugo?

Diablos, sí, ¿qué otra cosa le puedo decir? Hoy es lunes. Los dos venimos de un largo fin de semana. El silencio se puede cortar mientras subimos en el ascensor. Cuando se abren las puertas en la planta, me pregunta:

- —¿Has averiguado algo?
- —Primero veamos a Hugo —respondo.

Cuando entramos en la habitación, el chaval está despierto, medio incorporado en la cama, charlando con su madre. Nos ve enseguida.

—¡Doctora Sanjuán! —Abre los brazos para recibirme. Luego señala con el dedo el tubo de infusión por el que discurre len-

tamente una solución blanquecina—. ¡Por fin lo ha conseguido, doctora! La nutrición sabe otra vez a helado de fresa.

Me acerco al chico. Hago como que estudio su bolsa de nutrición, el tubo y el catéter, situado bajo su hombro, por el que entra el líquido en la vena subclavia. Casi directo al corazón. Es imposible que la nutrición «tenga sabor» a nada. Me lo dice toda mi ciencia. También se lo dice a Piti, pero él está más dispuesto a creer en milagros. Así que evito su mirada y me concentro en medir el pliegue braquial del brazo del niño, que me indica la cantidad de grasa subcutánea; y en estudiar la analítica que le han pinchado a las ocho; y el peso que he pedido que anoten esta mañana y...

—¿Cuándo tendré una nutrición con sabor a chocolate, doctora? —pregunta Hugo.

Por suerte, Piti interrumpe al chaval.

—Hugo, en la farmacia aún no tienen bien conseguido el sabor a chocolate.

Piti se acerca a mí y yo le muestro los datos. Yo casi no puedo creerlos, pero están ahí. Hugo ha mejorado desde el viernes.

—Por supuesto, aún es pronto para decirlo —susurro.

Le hago una seña para que salgamos al pasillo. Una vez allí, nos miramos como dos cómplices de asesinato.

-Esto no puede estar pasando -digo.

Piti se encoge de hombros.

—Me da igual, lo importante es que mejore. Haz lo que sea necesario —responde.

Muevo la cabeza con incredulidad. Hace tres meses que Pedro Cruz operó a Hugo y comenzamos a preparar sus bolsas de alimentación y a seguir su evolución nutricional visitándolo casi

día a día. Apenas despertó de la anestesia, el chico nos habló del sabor de su nutrición. Le seguimos la corriente. Pensamos que era bueno para que se recuperara. Hugo nos conocía desde muy pequeño. Estaba acostumbrado a bromear con Piti y conmigo, tanto como nosotros con él. Al principio, pensamos que se lo estaba inventando todo. Hasta que comenzó a decirnos, dos meses después de la cirugía, que su nutrición «ya no sabía a nada», y que «no era lo mismo. ¡Qué va!».

Igual que había mejorado de forma espectacular mientras nos hablaba de los sabores de su mezcla intravenosa, comenzó a empeorar visiblemente apenas dijo que ya no los experimentaba. Piti vino a verme desesperado.

- —Algo habéis cambiado en la nutrición, Ana.
- —Que no.
- —Oye, estoy perdiendo mi paciente.
- —También es el mío. Y la nutrición no tiene sabores. Quizás nunca debimos dejar que se creyera su propia mentira. Ahora le está afectando. Piti, ese niño no ha llevado jamás una vida normal. Por eso pensé... pensamos... que era buena idea seguirle la broma.
 - —Y resultó no ser una broma.
- —Claro que lo era —dije—. El problema es que se la ha creído.

Me miró fijamente y tragó saliva.

—Recuerdo perfectamente el día que nos conocimos —dijo. Llevabas todos esos rizos tuyos salvajes y rojos encerrados en un gorro y preparabas un jarabe... Ese, ¿cómo se llama? Ese que hacíais para que vomitaran los niños malos que se tragan las pastillas del abuelo... —Piti me guiñó el ojo.

- -¿Ipecacuana? -Reprimí la sonrisa.
- —Eso. Recuerdo que pensé que parecías una bruja, frente a aquel mortero. Con un poco de imaginación, el gorro verde podía ser un sombrero de pico con alas y la bata blanca una túnica negra hasta los pies.

Vaya par estábamos hechos: yo asociaba la farmacia con la cocina y Piti se desplazaba al siglo xvI y nos atribuía la elaboración de pociones alquímicas como si fuéramos druidas o meigas. Que Dios nos pillara confesados a ambos.

- —Residente bruja, ¿eh? Has visto demasiadas veces «El aprendiz de mago» con tus hijos, Piti.
- —Entonces aún no tenía hijos. Y de momento, no te he visto mover escobas.
- —Voy a tener que buscar una para sacarte de la farmacia a palos.

Se rio pero se puso serio casi enseguida.

- —Mira qué ha cambiado en tu nutrición porque no quiero perder a mi paciente.
 - Es un efecto placebo como la copa de un pino, Piti.
 - —Me da igual con tal de que mejore.

Revisé mis nutriciones de aquellos meses, más por darle en las narices a Piti que por otra cosa. Apuntábamos todos los lotes de los productos utilizados cada día. Así que, cuando les pedí a mis técnicos que revisaran si había habido algún cambio durante el último mes, el lote P013 realizó su aparición estelar. Era la única constante durante los primeros dos meses y la única ausencia durante el último... hasta que el viernes anterior habíamos encontrado un palé en un rincón del almacén y habíamos vuelto a utilizarlo para las nutriciones del último fin de semana.

Regreso de mis memorias al presente de hoy, lunes, y sigo frente a la habitación de Hugo, sin poderme creer que el peso y la analítica del chaval puedan haber mejorado desde el viernes por un simple cambio en el lote de glucosa, mientras el insistente Dr. Cruz estudia junto a mí los datos clínicos.

—Lo que sea que haya cambiado en las últimas setenta y dos horas —susurra—, más vale que lo mantengas.

«Rayos y centellas», pienso, mientras regreso al sótano escoltada por mi tenaz cirujano pesadilla. Me libro de él a la puerta de la farmacia y me adentro en los pasillos. Tono se cruza conmigo. Le agarro el brazo.

—Llama al laboratorio. Diles que les compramos todo lo que tengan del lote P013.

El celador me mira y asiente sorprendido, sin pedir explicaciones.

Me invento la excusa de estar realizando un estudio farmacéutico comparativo y envío al instituto de investigación más de treinta muestras distintas de glucosa de diferentes marcas, lotes y concentraciones. Sus técnicos utilizan la mejor tecnología disponible en HPLC masas y encuentran trazas de oligoelementos y otras impurezas que acompañan a la glucosa y al agua. Pero no hay nada fuera de lo normal —ninguna sustancia es químicamente pura— y el que ya he dado en llamar el lote de Hugo no es distinto del resto de muestras. Ni produce un efecto similar en ningún otro paciente.

La vida es química, y tal vez, algo de física. ¿Qué son nuestras percepciones? Las explicamos como bailes de iones y moléculas en la sopa intracelular de nuestras neuronas, diferencias de potencial en las membranas y neurotransmisores irrumpiendo en las sinapsis... ¿Alguna sustancia del lote de Hugo produce una

reacción en su cerebro que este interpreta como un sabor? ¿O es la sugestión de la mente de un niño que necesita sentirse normal? Pero, entonces, ¿por qué el efecto desapareció cuando cambiamos el lote y, más importante aún, por qué volvió al introducirlo? Me temo que jamás encontraré la respuesta a esa pregunta y, lo peor de todo, tampoco sé si quiero encontrarla. Me limito a observar a Hugo mejorando lentamente, y a esbozar una sonrisa silenciosa cuando me da las gracias, feliz, porque al fin hemos logrado, en la farmacia, que la nutrición tenga sabor a chocolate.

In. Aq. («En agua»)

Gonzalo Muro

Conocimos a Sofía al final de la primavera en la que subieron las aguas.

Primero fueron las algas y otras plantas marinas. Aparecieron aferradas a las ruedas de los coches, enroscadas en la base de las farolas y trepando por los semáforos, compitiendo con sus brillos verdes y amarillos. Pero lo que nos alertó al abrir las ventanas fue un intenso olor que entremezclaba el aroma a puerto y pescadería con cierta podredumbre que solo identificamos al bajar a la calle.

Después fueron los peces. Como en un acuario de pega, se veían sus escamas fosforescentes por entre los corales que habían comenzado a crecer al amparo de las marquesinas en cuyos cristales recreaban sus colores mágicos. Algunos eran pequeños y se confundían con hojas de pino caídas tras una tormenta, tan alargados y finos parecían. Otros eran grandes y aleteaban entre estertores pacíficos, semejando una macabra danza funeral. Aunque muchos seguían preguntándose de dónde vendrían y qué podría significar todo aquello, la mayoría lo aceptó como algo tan inexplicable como inevitable. Se veía venir, decían los más ancianos, deseosos de hacer coincidir su final con un tiempo apocalíptico a la altura de su despedida.

Y, ya sí, llegaron las aguas. Contraviniendo su curso natural, buscando el reclamo de la vida, que parecía haberse refugiado en nuestra ciudad huyendo del rugir de las tormentas y del batir constante de las olas. Y llegaron como los peces y las algas, de madrugada, sin otro aviso que su olor y un sordo rumor que nos meció toda la noche y nos hizo despertar más tarde que de costumbre. Fuimos los primeros en bajar, ansiosos de ver y tocar, incluso lamer lo que solo algunos habían visto de vacaciones, en pueblos lejanos. Y así, de oídas, apenas podíamos identificar lo que veíamos con lo que nos habían contado pues nada es más impresionante que contemplar por vez primera una llanura cubierta de agua hasta donde se pierde la vista, allí donde la Avenida de los Tilos se convierte en el Paseo del Ferrocarril, tras la cuesta en la que antes se encontraba el paso a nivel.

Pocos parecimos reparar en que el agua nos llegaba exactamente hasta las rodillas. Quiero decir *exactamente* hasta las rodillas. Si saltábamos, el agua nos seguía; si nos agachábamos, el agua parecía abrirse como en los tiempos antiguos. Si eras alto o bajo, tus rodillas y todo lo que bajo ellas se encontrara quedaba cubierto por el agua. Lo que por encima de ellas habitaba, seco permanecía.

Fue entonces cuando comenzamos a encontrarnos más solos que de costumbre. Desde las ventanas se nos reclamaba para continuar con los horarios, una rutina que trataba de imponerse con mayor terquedad que el lento discurrir de las aguas por nuestras rondas y paseos, para que todo pareciera igual, que las aguas no habían subido, que los peces no habían vuelto a nadar después de parecer muertos por varios días y que las caracolas no se enredaban entre las frondosas islas de vegetación que se estaban formando en el centro de las plazas y aparcamientos.

Comidas, meriendas y cenas pronto se vieron acompañadas por recados para comprar tabaco, dar avisos o visitar a parientes y amigos próximos para saber de ellos y dar fe de vida a través de nuestra presencia, siempre algo confusa, impaciente de volver a chapotear entre el fango en el que se escondían los peces de colores más vistosos. En nuestras idas y venidas nadie se nos cruzaba y, en la entrada de las tiendas, la sonrisa de un amigo o de un antiguo compañero de juegos daba normalidad y sentido a la actividad diaria que parecía no haberse detenido sino, simplemente, saltado de generación antes de tiempo.

Por eso nos sorprendió tanto la primera vez que vimos a Sofía. Sobre las aguas era la persona más alta que paseaba por nuestras calles. Nadie antes la había visto, pero su presencia no nos inspiraba temor. La dejábamos hacer y guardábamos la distancia por respeto y educación. Bueno, también porque siempre iba acompañada de una serpiente que, tan pronto se alzaba para atisbar en la lejanía como se lanzaba brusca bajo el agua, tratando tal vez de atrapar a algún pez aturdido por el brillo blanquecino de los pasos de cebra, ahora solo visibles a sus ojos.

Sofía solía pasar horas agachada, removiendo el agua, tomándola entre sus manos a modo de cuenco y volviéndola a verter, observando cómo se rompía en infinitos círculos. Tampoco a ella le cubría más allá de sus rodillas, lo que creaba un vínculo que nos ataba en aquellas llanuras espejadas por las que antes circulaban coches y que ahora solo eran visitadas por nuestros pasos inciertos, luego ya más seguros, hechos al fluir entre nuestros dedos. ¡Ya viene, no miréis!, nos decíamos con señas cuando la sentíamos acercarse por el murmullo de las pequeñas olas que sus pasos levantaban.

Otro de sus pasatiempos preferidos parecía ser recorrer el Paseo del Ferrocarril arrastrando los pies y levantando sedimentos y conchas o dando largos saltos que despertaban en las aguas espumas centelleantes, como si sus bailes concitaran la ira de las aguas, sintiéndola como amenaza a su curso cansino y antipático, a su dominio soberano recién ganado.

Sofía era para nosotros un secreto tan propio como los nuevos juegos a los que nos entregábamos en la parte alta de la ciudad, la zona que conocíamos como La Nave y que, según decían los ancianos, así se llamaba por haber formado parte de una gran laguna que quedó seca y árida antes del tiempo del metal y los artefactos, alejándonos del agua por siempre. Solo ahora parecía cobrar sentido su nombre y era nuestro refugio preferido, donde construir barcos con los restos del naufragio que las aguas habían traído a la ciudad.

Fue Sofía quien vino a La Nave aquella tarde soleada de finales de agosto. Nos habíamos acostumbrado a su presencia silenciosa en torno al antiguo paso a nivel. Bastaba un movimiento de cabeza, o un guiño los más descarados, y nos dábamos por saludados y así nos parecía que debía ser para siempre. Pero nadie contó con lo que la propia Sofía tendría que decir sobre su papel en esta historia. Así que aquél fue el día en el que los signos y sobreentendidos dejaron de ser nuestro lenguaje. Nos sorprendió que supiera hablar nuestra lengua, como si la hubiéramos creído privada del habla o, al menos, venida de lejanos países, tal vez por sus ropas o por la cinta en el pelo que parecía más propia de una estampa antigua que de nuestras vidas sin magia.

Pero lo que nos maravilló aún más fue que conociera nuestros nombres. Todos. Nos sentimos traicionados, no creíamos digno de ella espiarnos en nuestros juegos aunque, en todo caso, nos halagaba. Pero Sofía nos hizo saber que también nosotros conocíamos su nombre aunque nunca se lo hubiéramos preguntado y nunca por él la hubiéramos llamado. Así que todos teníamos secretos que guardar.

Mientras hablábamos, su mano derecha amasaba lo que parecían huevas de algún pez que iba sacando de la copa que siempre llevaba colgada de una cinta. Con ella formó una masa compacta

y la aplicó sobre mi rodilla. Inconsciente, alcé la pierna para acercarla a Sofía y que pudiera frotar mejor, pero el agua la siguió y Sofía sonrió calmosa al tiempo que me invitaba a bajar la pierna. Cuando lo hice, dejé de sentir la humedad que siempre parecía acompañarla y creí que la masa era una especie de aislante. Pero la mirada triunfante de Sofía y el espanto en los ojos de mis amigos me hizo bajar la vista. Y allí estaba, mi rodilla derecha al aire, el agua levemente por debajo suyo. Hiciera lo que hiciera.

Sofía se alejó con un contoneo que nunca antes le habíamos conocido y, a cada poco, se giraba para mirarme, más sonriente y feliz, mas apenado y lloroso yo, como si tratara de suplir el agua que ahora parecía rehuirme con misteriosa inquina.

Fui acompañado entre silencios y algún moqueo. A mi espalda se aferraban manos de amigos en un gesto de comprensión y apoyo pero que yo sentía mas bien de despedida, con una rodilla bajo el agua y la otra respirando por vez primera en varias semanas, humillada y desnuda ante los ojos del mundo.

Los siguientes días Sofía no apareció por ninguna parte y sentimos alivio. Dejé de visitar La Nave y pasaba horas encerrado en el cuarto de baño, frotando la rodilla derecha con cremas, aceite, detergente y lejía hasta desollarla y dejarla en carne viva. Pero nada parecía resultar, el agua la evitaba como si por ella sintiera asco y repugnancia.

Sin saber muy bien por qué, ocultamos las novedades. Para nosotros, lo que ocurría más allá de los portales era solo asunto nuestro. Ni la nueva vida que había cobrado La Nave, ni Sofía, ni las huevas de pez, ni mis rodillas importaban a nadie.

Pero los secretos terminan siendo reclamados por la luz, no importa cuán ocultos y reservados los creamos. Los nuestros cayeron el día en que Sofia apareció en la conversación tras la cena. Aunque ya nos habíamos retirado, no pudimos dejar de oír pronunciar su nombre y paramos nuestros juegos o dejamos de hacer ruido con las sábanas para tratar de no perder palabra. Algunos salimos de la cama para preguntar de qué se hablaba. De nada sirvió negar y mentir, simular enfermedad o dolores imaginarios, todo nuestro repertorio habitual de maniobras de distracción.

Por eso, a la mañana siguiente, cuando la vimos sobre el antiguo paso a nivel, no la saludamos por su nombre ni con un meneo de cabeza. Ya no era nuestra, sino de todos. No hay que explicar que pronto, entre los recados para los que éramos reclamados, se encontraba la visita obligada al paso a nivel. Sofía nos entregaba unos pequeños paquetes envueltos en papeles tan finos, casi transparentes, que parecían hechos de agua. Para la abuela, para el tío y para la vecina del tercero que no tiene hijos, decía con su acento cadencioso y suave, como el bisbiseo de su culebra.

Esta mañana nadie nos ha despertado. Ni el grito de las gaviotas que nunca se supo cuándo llegaron, ni el parloteo de los delfines bailando para despedir a la luna reflejada en el agua fría del alba. El silencio puede ser el más atronador agujero por el que se cuelan nuestros miedos y sueños, y así, todos hemos despertado como llamados a las armas, de golpe, sobre nuestras camas, escuchando más allá del sentido del oído.

Solo entonces han llegado claros los ruidos olvidados de una mañana cualquiera, mujeres que lavan platos en la cocina mientras muelen café y hombres que se afeitan en el cuarto de baño escuchado la radio.

Y hemos bajado a la calle en tropel, ignorando las amenazas y alguna que otra zapatilla voladora. Y allí nos hemos encontrado, desolados y tan secos como nuestro espíritu antes de que subieran las aguas. Hemos echado a correr, ahogando certezas, tan acostumbrados estábamos al líquido que pisaban nuestros pies.

Allí, sobre el montículo en el que se encontraba hace tantos años el paso a nivel del ferrocarril, allí donde Sofia aparecía son-riente cada mañana, hemos visto el túmulo y la copa. Y enroscada en ella, la serpiente, para que sepamos que no fue un sueño.

Igual que un día por esta calle pasó un tren, el último al que no habría de seguir otro por la planicie infinita del Paseo del Ferrocarril, por allí escapó el agua, huyendo de su destino y de Sofía, que habrá de seguirla allá donde se encuentre.

Farmacopea

María Isabel Peral del Valle

Tita Chinita era la menor de seis hermanos. Su padre, mi abuelo, era el boticario del pueblo. Esos que hacían la mayor parte de los remedios que prescribía el médico. La farmacia la tenía en la plaza mayor. Constaba de dos estancias. En la más amplia —el despacho— tenía un mostrador de madera de nogal, así como los anaqueles que sostenían preciosos botes de cerámica de Fajalauza con arabescos o grafía gótica referida a las hierbas que guardaban. En la segunda estaba la rebotica, algo así como un laboratorio, todo blanco y con paredes cubiertas de baldosas. Allín mueble lleno de pequeños cajones con tiradores dorados y tarjeteros donde con letra temblorosa figuraban nombres en latín, para mí indescifrables. Yo, a hurtadillas, los abría para curiosear y encontraba polvos del blanco al ocre, generalmente de sabor amargo. También había una mesa de mármol adosada a la pared, llena de morteros en alabastro y cobre de distintos tamaños, un alambique y una vitrina que encerraba un pequeño autoclave, un quemador de alcohol y hasta —;oh, milagros de la ciencia!—, un pequeño microscopio. Mi abuelo hacía también sencillas analíticas.

Cuando tita Chini fue quedando mocita vieja, aprendió los rudimentos del análisis y la química, y ayudaba al abuelo. Hasta que se casó con tito el de las cuadras, un viudo con fama de mujeriego, del que decían que había matado a su mujer a base de cuernos. A tita Chini no le importó, decía que la primera mujer

era una pavisosa, y que a ella, más joven y espabilada, no se los pondría. Los primeros años fueron medio bien, pero enseguida tito Cuadras fue tirando de nuevo al monte. Los rumores crecían por el pueblo y hasta decían que lo habían visto en la capital, del bracete con otra.

Mis papás, cuando salían, me dejaban con tita Chini, cosa que a ella le encantaba porque su vientre ya perezoso no le había dado hijos. En una de aquellas ausencias, cuando los rumores del pueblo corrían calle abajo, ella me dijo que quería cocinar algo especial para su marido. Mientras ella guisaba, yo acercaba una silla bajita al poyete y la observaba en su trajinar por entre sartenes y ollas. Perdices, cocinó perdices, y allí con esmeró las desplumó, las decapitó, les abrió el buche, les puso su poquito de laurel, su poquita de pimienta, su poquito de clavo, todo rehogadito en cebolla caramelizada, mientras consultaba un libro que yo pensé que era de recetas. Entonces abrió un bote que a mí me era familiar, aunque en ese momento no asociaba su procedencia. Llevaba una pegatina en letra gótica que ponía Sales de Heparina. Espolvoreó con ella todo el asado, mientras me decía: verás qué sabroso y bueno le va a saber a tu tito. Yo, relamiéndome de gusto, le pregunté: ¿para mí no hay perdices, tita? No cariño, nosotras vamos a tomar chocolate con picatostes. Esto es para tito, cuando regrese de madrugada, tan cansado... Pobrecito.

Aquella noche a tito le dio un *jamacuco*, se quedó privado, lo pasó malito y a los dos días se fue al campo de las malvas.

PU

Franz Kelle

La mampara, su forma capsular. Acciono el grifo y la alcachofa rompe sobre mi cabeza un rocío de píldoras azuladas.

El abuelo Paco me llevaba al río las tardes de verano, a buscar cangrejos. Me enseñó los mejores trucos para encontrarlos. Trucos secretos. Él sabía cómo conectar con su nieto: una confidencia aquí, un guiño allá y ya me tenía en el bolsillo. Donde no le quedaba espacio libre era en el pastillero. Cada noche, una vez habíamos finiquitado la ensalada, la tortilla de mi abuela y el melón, comenzaba el despliegue sobre la mesa.

- —¿Para qué te tomas esta? —Yo estaba en la edad de preguntarlo todo.
 - -Esta es la de la circulación.
 - —Ah, ¿y esa?
 - -Me protege el estómago de los ácidos de esta otra.
 - —¿Y la otra?
- —La amarilla me baja la tensión porque aquella de ahí me la puede subir.
 - —¿Esta?
 - -Esta me aporta las vitaminas que esa de allá me destruye.
 - —Y si no te tomas ninguna, ¿no acabas antes?

—Eres muy listo, Javi, muy listo —me dijo entonces mi abuelo. Luego estuvo un buen rato sin hablar, la mirada perdida en algún punto lejano.

Abro una lata de maíz y vierto un torrente de comprimidos dorados sobre el bol.

Mi abuelo vivió hasta que cumplí los diecisiete. Imagino que llegó a viejo gracias a su cóctel sanador de drogas. Pero la estampa del pastillero arriba, pastillero abajo, dejó una huella indeleble en aquel niño, quien ya entonces decidió que se dedicaría a las pildoritas de colores. Contribuiría a mejorar el panorama.

Así es como terminé en la Facultad de Farmacia. Muchos de mis nuevos compañeros estaban allí porque algo había que estudiar, porque la carrera tenía buenas salidas o porque sus padres eran boticarios. Yo me zambullí en la copa de Higía con actitud de esponja. Aprender, aprender, aprender. El camino podía ser más o menos largo, pero la meta estaba clara: acabar con los pastilleros, desarrollar la píldora única, aquella sin los efectos secundarios que inician la cadena de eslabones impronunciables. Pronto, muy pronto comprendí que debía ocultar mi anhelo si no quería que me tachasen de loco. O, peor aún, que me considerasen peligroso.

Sobre el banco de la cocina pico una cebolla y me rebano la yema del índice. Grageas color rojo salpican la madera. Corto la hemorragia con la eficiencia del profesional y la mano ilesa se afana en absorber la sangre.

Compaginar la ruta señalizada con la escalada libre. Estudié con ahínco y comencé a investigar a mi aire. Jugar al Quiminova para adultos con cada vez más conocimientos. Concluí los estudios y peleé por un puesto, heroísmos de españolito recién licenciado.

Años despachando medicamentos tras el mostrador, medicamentos que llenan pastilleros de los Pacos del presente en su constante peregrinaje del ambulatorio a la farmacia, receta en ristre, de la mecedora al cajón en busca de extensiones existenciales en formato comprimido. Un día más y luego Dios dirá. Virgencitasque-me-quede-como-estoy encapsuladas, claustrofobia mariana en cantidad suficiente. Dosis de resuello, miligramo a miligramo. Luces ambiguas al final de un túnel y rayos de esperanza calcinante. Unidades de vida *blisterizada*. Qué sé yo qué pensamientos generaban mis sinapsis de *rompeturnos* 24h., guardián de la salud ajena, expendedor de lubrificantes de madrugada, rompehielos del iceberg enfermo, equilibrista de la prórroga y los penaltis. Hasta que una entrevista me llevó de cabeza al hospital.

Enciendo el televisor y me adentro en los Juegos Olímpicos de Invierno. A través de un túnel de hielo se desliza una cápsula gigante portadora de aspirantes a medalla, los carrillos agitados por la velocidad.

Mi carrera se aceleró en aquel laboratorio. Mi carrera y mi plan. «Bibliotecario» de farmacia hospitalaria, fórmula magistral por aquí, polvitos por allá. Como maquinista de la sala de brebajes y pastillas curadoras llegué a sentirme satisfecho contribuyendo a que los ingresados se recuperasen, o al menos a paliar sus males. Las altas se convirtieron en mi recompensa, pequeñas fiestas para el corazón. La cabeza, no obstante, seguía su inagotable carburación en pos de La Píldora Única. La PU.

Cuatro años en esa sala atiborrada de principios activos, cuatro años de aprovechar los tiempos muertos —inapropiada expresión, lo sé— para experimentar a hurtadillas. ¡Ay, ay, ay!, casi un lustro testando en mis carnes los efectos de los diversos prototipos PU. He adquirido incluso muestras de empresas alimentarias,

colorantes procedentes de la zanahoria, la col lombarda, la uva; edulcorantes de fruta, granulados mágicos sabor limón. O fresa. ¡Tengo el color! Sí, después de darle muchas vueltas, he dado con la tonalidad idónea para la PU. ¡Mi PU! Es de un rojo brillante, muy ochentera. Un toque pop y vintage que alegre las almas. Como su aroma a fresas silvestres, en su punto justo de acidez. De rechupete. Aún dudo entre un diseño esférico con la flexibilidad adecuada o la típica cápsula opaca, que permitiría abaratar costes dejando una mitad en blanco, combinación que sería el culmen de la estética. Porque la PU tiene que entrar por los ojos, eso está claro. No todos los días te prometen un remedio único que ataje todos tus males, así que su aspecto debe estar a la altura de las expectativas.

Dejo rodar sobre la ensaladera un puñado de huevas de salmón. Irresistibles desde un punto de vista formal.

Decidido, esfera flexible rellena de un líquido denso que estalle en el paladar con notas ácidas. Deliciosa PU. ¿El principio activo? Claro, claro, el quid de la cuestión.

Un concentrado del sereno flotar en líquido amniótico aderezado con polvo de las mariposas estomacales durante aquel segundo en que se cruzaron vuestras miradas, a seis pupitres de distancia. Unas gotitas del primer beso en la verbena, a espaldas del escenario y de los mayores. Los primeros acordes de *Just Like Heaven* bajo la lluvia de Brighton, esencia del agua fría que regalaba el grifo del albergue en los Pirineos, briznas del gol que valió un Mundial y nos abrazó a todos. La yema solar poniéndose en Cádiz. El reencuentro callejero con el amor de tu vida y el descubrimiento de tu vocación. Ambos tardíos, ambos a tiempo. Una frase completa de mamá, con todo el sentido. Amor y letras;

notas, plenitud. Optimismo, esperanza, fe. El cóctel que, ligado con la ciencia adecuada, os curará.

Me dejo caer sobre la cama. Abro la cajita con dos perlas rosadas que taponan mis conductos auditivos. Duermo, aliviado al fin.

La niebla espesa en torno a ramas invernales. Los faros trabajan a destajo para iluminar la carretera, que se retuerce otro poco más, intestino delgado de asfalto que me absorbe, ocho a ocho. Una cornamenta en primer plano. Cuando freno ya es tarde, he golpeado sus cuartos traseros. Bajo del coche y corro hacia atrás. El alce se consume entre espasmos. El botiquín. Por su peso le corresponderán unas siete PU. Me cuesta Dios y ayuda que las trague, lo último que hace antes de adentrarse a brincos en la fronda, como si nada hubiese sucedido. Busco el restaurante más próximo. Sopa de remolacha recalentada acompañada de unos blinis, crema agria a discreción. La camarera, aburrida de soledad, se defiende en inglés. Degluto una PU y le ofrezco. Nada que perder. De inmediato nos sentimos fértiles y dispuestos. Al alba me dirijo a la clínica de montaña que ha adquirido un inversor. Catarí, por supuesto. Voy a postularme como su farmacéutico jefe y director de terapias. Y voy a ser el elegido porque la PU le convencerá. Bien explicada, persuade a cualquiera. Puedo colaborar también con la puesta en escena, tengo ideas: el hall lo presidirá una ROWA de última generación. La parte simbólica consistirá en una gran esfera rojiza flotando en un líquido cristalino. De allí emanará una madeja de tubos, de los que desembocará uno por habitación para suministrar el pilar de la terapia. Una PU al día, como la Micebrina. El resto, lujos que los acaudalados clientes disfrutarán desde que, en cuestión de horas, hayan sanado. Ventanales con vistas a los Balcanes, piscinas panorámicas de agua termal, restaurantes del mundo, masajes tailandeses y perros pekineses. Mi propuesta incluye un ala destinada a ingresos ambulatorios de niños sin recursos afectados por enfermedades graves, pequeñuelos a los que curaremos en un abrir y cerrar de ojos para mayor gloria de nuestro centro lucrativo y solidario.

He pasado media vida asediado, viendo píldoras por doquier. Así que comprendo que la mayoría, tan despreocupada, no crea nada de esto. El tiempo me dará la razón.

Acabaréis ingiriendo la PU.

Y os sentiréis de PU...

Fórmula Magistral

Elena Casero

Noviembre. Doce de la mañana.

La campanilla de la puerta de la farmacia vibró con ímpetu. Marcial, sentado en la rebotica, al abrigo del brasero de picón de la mesa camilla, suspiró con desgana. Se abotonó la bata mientras se dirigía hacia la tienda. Nada más correr la cortina que separaba las estancias, sintió el pánico encajado en la boca del estómago.

Al otro lado del mostrador había un hombre. Llevaba una gabardina de color marrón y un sombrero en las manos. Con la cabeza alzada observaba los botes de cerámica de las estanterías. Abría y cerraba las aletas de la nariz con rapidez y entrecerraba los ojos como si la multiplicidad de olores absorbiera sus pensamientos. Tardó unos segundos en percatarse de la presencia de Marcial, que permanecía en silencio, con la mano derecha crispada sobre la tela de la cortina.

-Buenas tardes -dijo el hombre de pronto.

Marcial no acertó a responder.

—Buenas tardes, he dicho. ¿Es usted sordo o mudo, o ambas cosas a la vez?

A doña María, la farmacéutica, no le pasó inadvertido el tono autoritario de la voz. Soltó el lápiz sobre la libreta de cuentas. Se levantó y se acercó hasta la cortina de la rebotica. Abrió un pequeño resquicio y observó la escena. No había ninguna duda:

era él. El dueño de la voz le recordaba algunos de los momentos más duros y, a la vez, más reconfortantes de su vida como farmacéutica.

Marcial seguía en silencio, como ausente. Volvió a la realidad al sentir la mano de doña María sobre su hombro. Ese cálido contacto hizo que el miedo diera paso a una tristeza sombría que inundó su cerebro como una lluvia benéfica. Minutos antes, mientras se aferraba a la cortina como si fuera una tabla salvadora, una vorágine de voces, imágenes y sensaciones habían resurgido con rabia y dolor. Volvió a escuchar sus gritos, sus órdenes lanzadas como escupitajos a enfermos, soldados y voluntarios civiles. El hombre que tenía ante él gustaba de pasearse con las manos a la espalda, o golpeándose con la fusta en la mano, altanero y displicente, por delante de las camas. El uniforme limpio entre tanta miseria y llantos de sufrimiento. El desdén de su mirada reflejado en el lustre de las botas. Un día tras otro.

Y ella, doña María, mientras tanto, permanecía noches enteras encerrada en su farmacia, peleando contra las enfermedades con su sabiduría y paciencia, intentando achicar la agonía, la rabia y la impotencia. Sin perder la sonrisa, siquiera, cuando este hombre irrumpía en su labor sin ninguna contemplación.

—No vale la pena que busque más fórmulas. Se van a morir igual —repetía cada día, a voz en cuello, con su sonrisa de hiena.

Marcial lo escuchaba cabizbajo. La ira contenida, los ojos acuosos. Las manos contraídas sobre la mesa. Doña María, sin perder la compostura, lo ignoraba y continuaba trabajando en la fabricación de emplastos, jarabes, anticatarrales, pomadas o combinando la gran variedad de hierbas que utilizaba para sus fórmulas magistrales, de las cuales, este hombre, solía burlarse. —¡Magistral, magistral! —decía, mientras sus carcajadas resonaban a su alrededor—. Lo único magistral en esta vida es el poder.

—Buenas tardes —respondió doña María ante el silencio de Marcial.

El hombre dirigió la vista hacia ella. Se quedó unos segundos pensativo, como si quisiera recordar algo. Dio varias vueltas al sombrero hasta que lo dejó sobre el mostrador.

- —¿Es usted el farmacéutico? —dijo, dirigiéndose hacia Marcial.
 - -No. Es ella.

El hombre pareció dudar. Carraspeó.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo doña María con serenidad.

Marcial suspiró quedamente. Estaba seguro de que no la había reconocido. Había pasado el tiempo, aunque no tanto. Quizás su memoria. O la vista.

Mientras el hombre seguía indeciso, Marcial lo observó con detenimiento. Tenía el cabello blanco, ralo en la parte superior y cortado casi al cero en los laterales. La carne del mentón se le descolgaba hacia el cuello formando unas arrugas superpuestas. Se fijó en que la pupila del ojo izquierdo estaba cubierta por una capa blanquecina. Las manos que sujetaban el sombrero temblaban ligeramente. La artrosis comenzaba a deformar los dedos que, con tanto odio, golpeaban a los soldados enemigos. Qué poco quedaba de aquel militar sañudo y arrogante. Ahora daba lástima.

- —Hubiera preferido que fuera usted un hombre —respondió con frialdad.
- —Tengo los mismos conocimientos. En la Facultad de Farmacia no hacen distinciones. Pero si usted lo prefiere, al final de esta misma calle, encontrará una farmacia regentada por un farmacéutico.

Todavía quedaba una sombra de dureza en la mirada del hombre, aunque ahora a doña María ya no le producía ningún temor.

—No hace falta. Supongo que usted también sabrá cómo curar mi dolencia.

Doña María sonrió y aguardó.

—Tengo... Tengo aquí... —dijo señalándose la entrepierna—. Ya sabe, he sido contagiado.

Marcial amagó una sonrisa maliciosa ante el rubor del antiguo militar

- —¡Vaya! Aunque —titubeó doña María— quizás debería darme algún detalle más. Estoy segura de que usted sabe que existe una variedad de dolencias que...
 - -Bichitos -le espetó el hombre.
 - —¡Ah! Entiendo. Quiere usted decir que tiene ladillas.
- -Eso mismo respondió él sin ocultar un rictus de irritación.
- —Bien. Todo tiene solución. Vuelva usted esta tarde, sobre las siete. Veré lo que puedo hacer.

El hombre tomó el sombrero, hizo una leve inclinación de cabeza y salió sin despedirse.

Durante unos segundos, Marcial y doña María se quedaron en silencio, mirando la puerta, aliviados, hasta que estallaron en una risa nerviosa.

Siete de la tarde.

La campanilla de la puerta vibró de nuevo con rabia. En la tienda había tres personas que se giraron al escuchar el sonido. El hombre entró puntual y cumplidor, como siempre había sido. Se quitó el sombrero y esperó su turno.

Marcial estaba despachando a una señora. Lo primero que vio doña María al salir a atender fueron los ojos del hombre fijos en Marcial. Durante una fracción de segundo, un leve temblor recorrió su cuerpo, un cosquilleo intranquilo y un ruego, como una estrella fugaz «Por Dios, que no lo reconozca», pasó por su cerebro. Entonces, el hombre la miró. Un hilo invisible se extendió entre su mirada y la de ella, un hilo que la condujo hacia una nube oscura que apartó enseguida de sus pensamientos. Sin demostrar la intranquilidad que sentía, despachó a una vecina que sufría de sarpullido con una amplia sonrisa.

Solo quedaba el hombre por atender. Antes de que pudiera decir nada, doña María le dijo que ya tenía preparada una pomada para su dolencia. El hombre seguía con la vista fija en Marcial, como si estuviera a punto de preguntarle algo. Ambos, sin desviar su mirada, se encontraban en ese instante donde el tiempo se detiene y lo superfluo, lo momentáneo, se desvanece para hacernos regresar al pasado, a ese pasado que queremos olvidar de una vez por todas. Marcial no ve a un hombre con gabardina. Ve a un militar despectivo e ignorante que se pavonea ante la desgracia ajena. Un ser detestable cuyas medallas, de las que presume sobre su pecho arrogante, ha conseguido por la fuerza que da una guerra innoble.

Doña María coge la mano de Marcial por detrás del mostrador. Querría decirle que no tema, que ese hombre no puede hacerles daño. Ahora no es nadie, excepto un viejo canoso y decrépito. Eso querría decirle, aunque ella recuerde con claridad aquel día en que él entró en su improvisada farmacia y de un manotazo tiró por el suelo probetas, tarros, balanzas y morteros. De milagro pudo salvar el microscopio. Eso querría decirle, pero se limita a apretar la mano amiga.

- —¿Esa pomada me curará?
- —Por supuesto, siempre que usted siga las indicaciones que le he escrito en un papel.

Y le entrega un tubo de pomada enrollado en un papel blanco. El hombre lo coge y, sin mirar más, lo mete en el bolsillo de su gabardina. Pregunta qué se debe mientras saca una cartera de piel. Doña María, sin vacilar, le dice que nada. Aunque no puede ver la mueca de sorpresa de Marcial, sí observa la del hombre, que mira indistintamente, con desconcierto, a una y a otro.

—Permítame añadir que siga mis consejos y, cuando pueda, vaya a visitar al médico.

El hombre sonríe por primera vez, irónico. Una mueca que se descuelga de su boca con desgana. Se cubre con el sombrero. Va hacia la puerta. Allí, con la mano en el pomo, se gira y da las gracias.

—No las merece —responde doña María—. Espero que mejore con esta fórmula «magistral».

Ese otro tipo de sexo

Vicente Marco

Después de que aquel hombre me interrogara acerca de todos los medicamentos que yo tomaba, empezaron a llegar enfermeras.

- —¿Se encuentra bien?
- —Cómo no me voy a encontrar bien rodeado de tanta enfermera —dije.

Habría al menos mil, cada cual ocupada en una tarea diferente. Una me colocaba una cinta en el brazo y me pedía que me relajara porque me iba a tomar la tensión. Se acercaba más y seguía pidiéndome que estuviera tranquilo. Pero cómo iba a estar tranquilo con ella tan cerca. Otra me tomaba la fiebre. Otra me estaba llenando de cables. Otra...

Estaba imaginando que se quitaban las batas, cuando apareció un tipo alto que sacó una linternita y comenzó a mirarme los agujeros de la nariz.

- -¿Recuerda qué le pasó? -dijo.
- —Empezó a caerme mucha sangre. Y después... después ya aparecí en esta sala.
 - —¿Ha sufrido alguna vez un lapsus de memoria?

Odio a los tipos que se creen superiores porque conocen cuatro o cinco palabrejas. «Lapus». Supuse que más o menos lo que estaría pensando era algo así como «Estoy vivo, rodeado de enfermeras con sujetadores de colores, y usted, está ahí, en la cama, lleno de tubos en los brazos a un paso de la muerte y, además, solo yo puedo salvarlo».

—Quizá sí haya tenido un «eso» de memoria pero no me acuerdo —lo dije para que las enfermeras se troncharan de risa y el médico apartara de mi lado la mueca de «está todo perdido»; pero, o carecían de humor, o había llegado a ese tramo de la vida en el que uno provoca tanta lástima que las gracias están de más. Estuve a punto de suplicar un último deseo, en voz alta pero, como si me hubiera leído el pensamiento, el médico dijo que me iba cambiar la medicación y después miró a una de las enfermeras, la más alta, seguro que pasaba el metro ochenta, rubia, con carita de actriz y dijo:

-Esperanza, lo bajáis y le sacas los dos senos.

Aunque me quedaran unos meses, unos días quizá, aquellas palabras sonaron a música celestial, porque yo nunca he tenido demasiada suerte y como tampoco he manejado mucho dinero... bueno, el justo, he debido mendigar amor en las peores casas de caridad. Mujer como aquella no se me aparecía ni en sueños. Me giré hacia el doctor, porque ahora ya pensaba en él como doctor.

—Muchas gracias —dije. Intenté parecer amable. Extendí el brazo para que nuestras manos chocaran. En el fondo de aquel corazón rocoso había brotado una chispa de misericordia para cumplir mi última voluntad.

«Me marcho por la puerta grande». Eso pensé.

Prepararon la camilla y la propia Esperanza fue la encargada de llevarme al sótano. Por el camino estuve tentado de pedirle si me podía anticipar algo. Una mirada fugaz, pero había demasiada gente y supuse que el tejemaneje del sexo se llevaba muy en secreto.

Entramos a una habitación y dijo:

—Deme el reloj, el anillo y las gafas.

Casi nada. Me sentí un poco imbécil por no haber supuesto que aquel negocio de «últimas voluntades para enfermos al borde de la muerte» tenía un precio.

- —Solo el reloj —dije, en un intento de regatear, aunque la verdad es que pensaba dárselo todo.
 - —Y el anillo y las gafas.
 - —Las gafas las necesito. Ya que pago, quiero verlo bien.
 - —Lo verá después.
 - —Después, cuándo.
 - —Cuando acabemos.

Parecía claro que no se limitaría a sacar los senos y ya está. Había más. Quizá el precio de los senos solo era el reloj.

—¿Cuando acabemos? ¿Cómo que lo veré cuando acabemos? ¿Van a hacer fotos o qué?

Esperanza sonrió.

—Uf, claro. Fotos. Vamos a hacer una foto así de grande. —Separó las manos medio metro—. Y toda negra.

No pude imaginar muy bien a qué se refería pero me gustaba. «Grande y negra», me dije.

—¿Y para qué quiere las gafas? —pregunté—. ¿Eso tiene mercado?

Frunció el ceño y se mostró intransigente.

—Venga, haga caso. Hay gente esperando.

Gente esperando. Me había fijado en ellos antes de entrar. Un tipo en una silla de ruedas al que solo le birlarían el reloj, porque no estaba en condiciones de pedir un completo. Otro con un brazo en cabestrillo. No pude imaginar de qué iban a morir. También había mujeres. Una que ponía muy mala cara y se cogía las sienes de vez en cuando.

- —¿Y con las mujeres cómo lo manejan? Quiero decir..., ¿qué les piden, o hay enfermeros que recaudan y...?
 - —¿Quiere hacer el favor de entregarme el anillo y las gafas? Muy sutil, le pregunté:
- —¿Y qué habría pasado si en vez de un anillo hubiera llevado tres, por ejemplo?
 - —Pues que me habría tenido que dejar los tres.

Seguían el principio de «el que más puso más perdió». Después dijo:

- —Pase allí. —Y señaló una máquina enorme, con varios brazos mecánicos.
 - -¿Esto para qué es? ¿Para desintoxicar?
- —Sí, para desintoxicar. —Y se rió porque yo empezaba a hacerle mucha gracia. Lo que comprobé enseguida, cuando dijo—: Si tiene monedas, me las da también.

Dijo «monedas», no billetes. Eso me conmovió. Saqué todo lo que llevaba y lo dejé sobre la mesa. Ni siquiera se giró para averiguar cuánto había. En ese acto desinteresado me di cuenta de que algo en ella estaba cambiando. Que no le importaba tanto el precio, sus «ingresos extraordinarios», sino más mi felicidad.

- —¿Y para qué sirve una máquina tan rara si no es para desintoxicar o algo por el estilo?
- —¿Desintoxicar? ¿Que está usted muy intoxicado? —Volvió a reírse.

Pensé que si respondía que sí, corría el riesgo de que no deseara cumplir con su parte del trato.

- -No. Pero como aquí lo miran todo tanto...
- —Esta máquina es para hacer la foto. Ahora no se mueva. Y cuando yo le diga, respire hondo y no suelte el aire.

En aquel momento recordé que Goyo Carreras me había hablado de ese tipo de sexo que no es como el de siempre, *mete-saca*, *mete-saca* y ya está. Había como toda una serie de estupideces antes. Eso de respirar. Aguantar el aire. Cerrar los ojos... Y claro, en un sitio así, no iba a ser algo rudimentario.

La mujer me dejó al lado de la máquina y se metió en un cuarto.

Pensé que allí guardaba la ropa. Esa ropa. La ropa interior para las grandes escenas. La imaginé poniéndose el sujetador. Y entonces pensé en el capricho. Mi capricho de siempre. ¿Por qué no en aquel instante también?

—¡A mí, la ropa interior que más me gusta es la de color rojo! —grité.

Desde el cuarto, la enfermera habló por un altavoz. Pensé que igual grabábamos una de esas películas guarras y que la máquina era para hacer cine, para sacar las pichulas más largas de lo que en verdad son.

—Espere. No hable. Respire hondo.

Comenzaba el espectáculo.

»Pegue la barbilla y la nariz a la pantalla que baja.

Muy raro.

»Siga sin soltar.

Pero me gustaba. Estaba claro que cuando Goyo Carreras y yo nos reíamos de aquel tipo de sexo que no era el *mete-saca*, *mete-saca* y ya está, no sabíamos muy bien de qué nos reíamos. Tenía ganas de regresar para contárselo.

»No se mueva. No se mueva.

Fantástico. No tengo palabras para definirlo. Era estar quieto, aguantando la respiración. Con las placas allí en la cara y Esperanza desvistiéndose en el cuarto, con la ropa interior roja y aquellos senos fantásticos...

»Vamos a repetir.

—A repetir, ¿cómo, cómo que repetir? Si yo aún no...

Tenía una erección de palmo y medio. Pensar que nos estaban fotografiando, quizá grabando... Pero no se podía terminar así. De repente. Por suerte, Esperanza prosiguió.

—No se mueva.

Lo de quedarme quieto me fascinaba.

- —¿Saldrá esto a altas horas de la noche por la tele?
- —No hable.

La orden sonó implacable por el altavoz.

»Tome aire de nuevo.

—Оууу.

»Pegue de nuevo la barbilla y la nariz a la pantalla. Que yo lo vea bien.

«Que lo vea bien, que lo vea bien, que lo vea bien...». La frase rondó por mi cabeza una y otra vez. ¡Estaba mirando! Me estaba mirando mientras se tocaba en el cuarto aquel, la braguita roja retirada a un lado, el sujetador del que emergía el seno y...

»Aguante el aire.

- —Qué.
- -Aguante el aire.
- —El aire.
- -Sí. No respire.

- —No respire —repetí, cada vez más flojo—. No respire. No respire. No respire... ¡Ya voy! Voy con todo. Esto es. .. esto es lo mejor que me ha pasado nunca. ¡Por favor!
 - —No chupe la pantalla.
 - -Es que no puedo más. ¡No puedo!

Llegó el gemido. El grito. Me cogí con fuerza a una barra vertical que seguro estaba allí para eso. ¡Menudo invento la máquina! «Alemana», pensé.

»Suelte el aire.

Di mil gracias por estar enfermo de muerte. Creo, incluso, que lloré. La enfermera salió del cuarto poco después. Ya se había vestido.

- »Perfecto —dijo.
- —Perfecto —respondí—. Es impresionante.

De nuevo sonrió de aquella manera cómplice.

- —¿Qué es impresionante?
- -Esto. Cómo, cómo se llama?
- —El qué.
- —El que hemos hecho.
- -Radiografía.

Intenté memorizar. Lo dije en voz baja.

—No pensaba que lo iban a pasar por radio, pensaba que iban a hacer una película.

Ella se rió e hizo algo que me puso la piel de gallina. Fue a la mesa, cogió las monedas, las gafas, el anillo y el reloj.

—Tenga —dijo mirándome a los ojos, desde aquella altura de mujer escultórica de más de un metro ochenta. Se trataba de una declaración de amor. Nada de lo que había sucedido formaba

parte del negocio que llevaban en el hospital. Era solo algo entre ella y yo.

—No tiene... no tiene por qué devolvérmelo. De verdad.

Volvió a sonreír. Me cogió las manos.

- —Tenga —dijo arrastrando la «e», como queriendo decir que ya había tomado la decisión, que lo había hecho por gusto, por placer, nada más.
 - —¿Lo repetiremos alguna vez?

Me puso la mano en el hombro.

—Qué gracioso es usted.

Después me subieron a la habitación. A las dos horas entró el señor de los medicamentos y me habló de unas nuevas pastillas que fortalecían el recuerdo.

—¿El recuerdo?

No supe cómo agradecérselo porque eso era justo lo que yo necesitaba. Acordarme una y otra vez de la máquina aquella. Pero no se detuvo ahí. Me contó con mucha amabilidad el modo en que debía tomarlas y durante cuánto tiempo. Y después... después, como si las pastillas del recuerdo no fueran suficiente regalo añadió:

- —Le van a dar el alta.
- -¿De verdad? pregunté sorprendido.
- —De verdad
- —¿La alta toda para mí?
- -Sí.
- —¿Y me la dan ya?
- —Ahora las envían a casa.
- —¡A casa!

Y aquí estoy. Va para dos meses. Ya no sangro por la nariz. Es cierto. Y me acuerdo de todo. ¡Todos los días! A todas horas y con todos los detalles. ¡Fantásticas pastillas! Cierto. Pero la promesa de la alta... Eso ya es otro cantar. Paso los días en la cima del Cerro Enano, esperando ansioso el coche que la traiga. No me queda mucho tiempo. Recibí los papeles del hospital que no hablaban de ella, sino de mi problema de memoria, de que poco a poco se me irán borrando las imágenes, las vivencias, las alegrías... la Esperanza. Madre mía, la Esperanza.

La boticaria del mar

Felicidad Batista

La pardela contempla el oleaje azulado que se deshilacha y enreda entre las limadas rocas volcánicas. Tensa su cuerpo, eleva las alas, se lanza en picado al interior de un bucle de mar y desaparece. Allí, donde el sol de la tarde reverbera y forma una bandeja dorada, despuntan de nuevo sus alas. Y remonta el vuelo mientras en su pico se agita un *pejeverde*. El aroma salobre invade el *hall* del hotel y el salitre cubre los ventanales. Después de una hora de espera, un joven, con auriculares al cuello de donde se escapa una música metálica, me saluda. No sonríe. Extrae de su mochila el libro y me horroriza que lo muestre sin protección, a la intemperie de las miradas y de la sal.

—Mi abuelo dice que nada de preguntas. Lo tomas o lo dejas.

Mis manos tiemblan cuando mi piel acaricia la cubierta del *Liber simplicis medicinae* o *Physica*, de Hildegarda von Bingen. Hojeo la valiosa primera edición de 1533, impresa en Estrasburgo y copiada del manuscrito medieval de la religiosa alemana. Conocí su existencia, veinte años atrás, en el primer curso de universidad. Un facsímil que consulté durante mis estudios farmacéuticos y de tesis doctoral. Pero fue hace dos semanas cuando recibí una llamada de teléfono que me devolvió al texto medicinal y sus remedios. Solo debía asistir a una cita y no indagar sobre lo concerniente a la procedencia.

—Dile a tu abuelo que iré.

El muchacho guarda el libro y se retira. Hace una llamada desde su móvil.

—Te espera esta noche.

Llego pronto. Después de zigzaguear por una carretera estrecha, donde cada curva parece precipitarse al mar, el taxista me deja delante de una vieja casona. De estilo neogótico prusiano, se aferra al terreno escarpado. La luna despunta sanguínea en el borde del horizonte. La puerta está entreabierta. Solo tengo que empujar. Las luces, escasas y amarillentas, provienen de lámparas de pie o sobre cómodas. Las arañas de cristal que penden del techo permanecen apagadas. Una sala amplia, una mesa rectangular en el centro, sillas *biedermeier* alrededor, y dos sillones de cuero marrón frente a un cuadro. Un gran lienzo que se abre como un ventanal al océano, y por el que singla el velamen desplegado de una fragata del siglo xviii.

-Elena Ascanio, le agradezco su presencia en esta casa.

Me giro y un anciano, alto, traje gris y corbata burdeos, se encuentra bajo el dintel de la puerta. Sus ojos, hundidos y acuosos, me observan. Arrastra los pasos. Ligeramente inclinado, apoya una mano en un bastón y en la otra sostiene el libro. La piel colgante del cuello y las venas que se entrecruzan en el rostro macilento acentúan su aspecto octogenario. Me invita a sentarme frente a él y coloca el *Libro de la Medicina Sencilla* sobre su regazo.

—Sé que no debo hacer preguntas pero me gustaría conocer por qué me ha elegido para donar esta edición tan antigua. Soy una farmacéutica hospitalaria, que trabaja con medicamentos en fase de investigación clínica, y no una librera o una bibliotecaria.

Arquea las cejas, abre ligeramente los labios azulados y mantiene el entrecejo rígido como dos vías de tren abandonadas.

—Debo entregarle este libro. Es la encomienda de un amigo. Él sabe que trabaja en la farmacia del Hospital Universitario. También ha leído sus investigaciones sobre la prevención de los efectos secundarios dermatológicos de ciertos fármacos en pacientes jóvenes.

Abre la cubierta, escucho el sonido melodioso del papel renacentista, percibo su aroma a tinta vieja y a trapos. Atisbo el sarpullido de manchas de humedad que se extienden como mil lagos ocres, ambarinos y naranjas. Las muescas que se recortan en bordes y esquinas como mordiscos del tiempo, o imprudencias de dedos ansiosos por pasar páginas. Aparecen las ilustraciones de plantas, animales y minerales en verdes y obsidianas, en corales y en lavanda. Miniados luminosos que muestran propiedades y remedios.

—Nueve libros en uno. —Y me traduce cada sección del latín—. De las plantas, Los elementos, Los árboles, Las piedras, Los peces, Los pájaros, Los animales, Los reptiles y Los metales.

Se detiene en un párrafo y señala una palabra con el artrítico dedo índice que golpea involuntario sobre el papel.

- —Aconseja Hildegarda de Bingen que si los ojos se nublan —continúa la lectura—, se extraiga el jugo del poleo y unte alrededor de los ojos y párpados sin tocarlos y, entonces, la nubosidad desaparecerá...
- —No puedo aceptarlo. Entréguelo a una biblioteca, a un museo de la farmacia o devuélvalo a su amigo.

El anciano no parece sorprendido. Me asegura que no procede de un expolio. Se levanta con dificultad y va hacia la ventana por donde escala el rugido del mar. Lo sigo con la mirada. Frente a la brisa, de espaldas a mí, y como si se dirigiera a la multitud de las olas, comienza el relato de una historia que, al principio, no alcanzo a comprender:

-Colocó el maletín de los medicamentos bajo la lona, extendió las sogas, las ató con un par de nudos de lasca y los fármacos quedaron protegidos. La tarde se agotaba bajo un cielo naranja, entreverado de nubes rojizas. Empujó la barca y, de un salto rápido, subió sin poder evitar que sus sandalias de esparto y su falda a cuadros se empaparan de mar. Un remo en cada mano, encallecidas por el reparto diario de los medicamentos que el padre elaboraba en su botica del puerto viejo, al norte de la isla, casi deshabitado después de que la mayoría de los pescadores y estibadores fueran reclutados y enviados a luchar a la guerra civil. Tres de sus hermanos murieron en el frente. Un cuarto en Cuba, devorado por las fauces de un tiburón. Samuel creyó que allá, el mar era como el de Canarias, donde solo acechaban corrientes y remolinos. Y un quinto, José, que se escapó a Buenos Aires por el puerto de Valencia. El padre se vio obligado a encargar a Lucía el reparto de las pócimas, fármacos y remedios entre la gente que vivía detrás del acantilado y al que solo se podía acceder por mar.

»Escuchar el crujir de los remos, el piar de las pardelas y avistar la sombra de los peces que rodeaban la barca le daba fuerza para soñar que un día heredaría la botica familiar. El padre ya había decidido traspasarla a un joven vecino con el que pretendía casarla, pero ella no aceptó el matrimonio. Ayudaba incansable a elaborar cremas, jarabes y ungüentos, convencida de que un día el padre cambiaría de idea. Y navegaba hasta el acantilado para aliviar dolores con los medicamentos prescritos, escuchar los lamentos y paliar la soledad de aquellos pobladores aislados.

»Una tarde de viento ligero, avisó a su padre y al vecino joven que lo acompañaba en la puerta de la botica que se demoraría en regresar. Había encontrado un alga blanquecina en una de las cavernas que perforaban el acantilado. Estaba segura de que, con la ayuda del médico —del que el vecino rechazado sospechaba que estaba enamorada—, elaboraría una crema que aliviaría la piel incendiada del rostro de una joven pescadora. El padre sonrió por la ocurrencia y el amigo levantó los hombros.

»Y Lucía remó hacia la botica de sus sueños, repartió remedios y consuelos y se adentró en la cueva más profunda. Nunca regresó».

Me levanto y me coloco al lado del anciano y, como él, apoyo los brazos en el alféizar. La luna se yergue en el cielo y ondea sus reflejos sobre el mar.

- —Meses después, llegó de Buenos Aires un paquete para Lucía, lo remitía su hermano. La madre lo abrió y encontró este libro. La botica cerró el día que el padre murió. La legó a su vecino y amigo, que veía un negocio rentable, aunque poco supiera de farmacia y medicamentos. Él era el notario del pueblo. Pero nunca obtuvo la licencia con la que pensaba convertir aquel anticuado almacén de estanterías *art nouveau* en una moderna farmacia.
- —No me ha respondido por qué su amigo quiere que yo tenga este libro.
- —Ella dejó la barca a la entrada de la caverna y se encaramó a las rocas donde se enredaban las algas blanquecinas. El amigo del padre, joven fornido y campeón de la isla en cinco millas náuticas, llegó a nado. Fue fácil hundir la barca. Algo más le costó ahogar a Lucía, que luchó hasta la última burbuja de oxígeno. Pero ese libro se convirtió en su espíritu. Un fantasma que aparecía allá donde lo guardaba. Detrás de *Fortunata y Jacinta*, en las gavetas de las cartas secretas, en el fondo de una caja de discos de Wagner, en cualquier parte. Un espectro del pasado que se manifestaba en las tardes de viento otoñal, en noches de invierno lluviosas, junto a las buganvillas en primavera y, este año, a la luz de la luna del ve-

rano. Lo ocultó en un arcón y tiró la llave al mar. Pero hace unos días alguien encontró el baúl en el sótano de la casa. Palanqueó y sacó a flote de nuevo el *Liber simplicis medicinae o Physica*. Ese notario, que ahogó a Lucía antes de que pudiera patentar la crema milagrosa, sabe que los días lo acercan a la boticaria. Y antes de presentarse ante ella quiere soltar lastre. La mató por ambición y por celos, pero cree, en su ingenuidad de viejo, que devolver el libro rescatará su conciencia y enfriará el infierno.

- -¿No ha pensado en denunciar el crimen de su amigo?
- —Ya no hay caso, la muerte lo ha sitiado.

Su mirada se pierde en la oscuridad y continúa el relato.

—José, el hermano de Lucía, dejó un hijo bastardo. El notario nunca le perdió la pista, no fuera que en algún momento vinieran a reclamar la botica y todo lo demás.

Permanece en silencio. El oleaje arrastra las piedras bajo el precipicio.

—Elena, usted sabe que no es la nieta de Norberto Ascanio, y que su padre fue adoptado por este comerciante capitalino y su mujer. Pero desconoce que su abuelo biológico era José. Y por esa razón, el notario desea que la botica en ruinas y el libro retornen a usted como familiar más cercano.

Frente al mar, bajo una luna oronda y cercana, me estremece un pasado que, como una inesperada tempestad, eleva las olas, las retuerce y vomita en la orilla barcos fantasmas y restos de náufragos y naufragios.

—El libro lo entregaré a la Biblioteca de Farmacia de la Universidad. No sé qué haré con la botica, tal vez la restaure. Dígale a su amigo, el notario, que su crimen quedó impune, pero que los sueños de Lucía aún navegan.

Recojo el libro. Antes de abrir la puerta, escucho los pasos que se arrastran detrás de mí y la voz, casi inaudible y segura, del anciano.

---Pronto, muy pronto, compareceré ante ella.

Ramas cruzadas

Benjamín Blanch

En el centenario de la muerte del Dr. Moliner

1899. El médico, catedrático de fisiología de la Universidad de Valencia y presidente provincial de Cruz Roja, Francisco Moliner Nicolás, inauguró el primer sanatorio para tuberculosos pobres de España en la Cartuja de Portaceli, exclaustrada desde la Desamortización de Mendizábal. Este proyecto suyo tuvo que cerrar algunos años después por falta de donaciones para poder mantenerlo. En sus últimos años de vida animó a los estudiantes a exigir a las autoridades mayor dotación para estos cometidos y menos para sufragar la Marina de Guerra. Llegó a encabezar una manifestación que provocó su encarcelamiento durante un mes y su destitución como catedrático. Cuatro años después de su muerte, en 1915, y fruto de su popularidad, se le erigió un monumento en la Alameda de Valencia.

En la Valencia del XIX, la tuberculosis era la infección crónica que mayor número de muertes provocaba. No en vano se daban las condiciones idóneas para el desarrollo de la enfermedad: elevada humedad, viviendas mal ventiladas y deficiente alimentación.

En el sanatorio trabajó de farmacéutico Rafael Arnal, vecino de Serra, población en cuyo término municipal se ubica el monasterio, que tenía por costumbre recoger hierbas por los alrededores del mismo para elaborar remedios naturales, como habían hecho durante siglos los monjes en la botica del cenobio.

En 2015, María, biznieta de Rafael y continuadora de la saga familiar de boticarios, trabaja en la farmacia del Hospital Doctor Moliner, situado a pocos kilómetros de la Cartuja de Portaceli y levantado a finales de los años 30 en un claro entre los pinares del mismo nombre. En 1939 albergó un campo de concentración con 4.400 presos republicanos.

María queda todas las mañanas con Emilio, amigo y enfermero del mismo hospital, para acudir juntos a trabajar. Ambos viven en Valencia. Así el camino se hace más ameno; cada semana pone uno el coche y también reducen gastos. El punto de encuentro es la esquina de la gran Vía Fernando el Católico con la calle de Ángel Guimerá. A los dos les pilla cerca de sus domicilios y ya están encarados a la salida de la ciudad por la pista de Ademuz. El trayecto es rápido, solo se ve interrumpido por los semáforos que jalonan la carretera al cruzar la población de Bétera y, al salir de ella en dirección a Olocau, aparece en breve el desvío hacia el hospital.

Hoy, lunes de junio, le toca hacer de chófer a Emilio. María sube al coche, se saludan y se preguntan por el fin de semana. Ella le cuenta que ayer estuvo caminando por los alrededores de la Cartuja, mochila en ristre, durante más de cuatro horas; que llegó a las nueve de la mañana y emprendió la vuelta a casa pasada la una del mediodía y que volvió con la mochila repleta de hierbas que anduvo recolectando por la montaña: romero, tomillo, espliego y manzanilla. Emilio, sorprendido, le contesta que tiene una moral tremenda, que cómo se le ocurre volver a ir el fin de semana al mismo sitio al que van todos los días a trabajar.

—No seas simple, Emilio —le replica María—. No tiene nada que ver. Una cosa es la obligación y otra la devoción. Me lo pasé en grande observando las matas, recogiendo manojos y empapándome con su olor. Y también recordando historias que me han contado de mi bisabuelo, que fue farmacéutico en el sanatorio de la Cartuja. Él hacía acopio de hierbas, era un experto conocedor de sus propiedades y elaboraba sus propios fármacos.

- Vale, vale. Si es así, me alegro. Eso no me lo habías contado
 le responde Emilio con un gesto de escepticismo.
- —Así es. Y llevo una bolsa repleta para tenerla en la rebotica. No descarto seguir sus pasos. Solo necesito tiempo y ponerme a revisar todas las fórmulas y recetas que dejó escritas y que mi padre guarda como un tesoro en varias carpetas en su biblioteca.
- —Me parece estupendo. Te veo con ganas. Avísame cuando empieces y si puedo te echaré una mano —le responde Emilio recuperando la cordialidad—. Has de contarme más cosas de él, seguro que tuvo una vida intensa.
- —Sí. Con luces y sombras, claro. En el 39 le fusilaron a un hijo, mi abuelo paterno. Precisamente aquí, en el campo de Portaceli, entre los más de 2.000 presos que asesinaron. No sabemos si fue inhumado en las fosas comunes que hay en los cementerios de Serra y Náquera, o en alguna otra todavía por descubrir en los alrededores del hospital. Pero otro día te seguiré contando, que ya llegamos.

Cuando entran al recinto, Emilio aparca y se dirigen hacia la entrada de personal. Se despiden para ir cada uno hacia su puesto de trabajo.

- —Hasta luego, María.
- —Nos vemos en un rato, Emilio.

A media mañana, Emilio entra en la farmacia y le pide a María la medicación para Mariano, uno de los enfermos terminales del hospital. Ella le pregunta cómo lo ha encontrado hoy, y Emilio le responde que mal, que está apurando sus últimas horas y que solo les resta ayudarle a pasarlas sin sufrimiento. Le cuenta que es plenamente consciente de su estado y que hace unos minutos le ha dejado perplejo al comentarle que lo único que lamenta, llegado su momento de partir, es no volver a pasear por la montaña que

rodea el hospital y recoger las hierbas que en los últimos meses han llenado de aromas sus manos y el armario de su habitación.

María y Emilio se quedan callados y mirándose durante unos segundos hasta que ella reacciona y se dirige a la rebotica a por la medicación. Al volver lleva en sus manos una pequeña bandeja plateada con la dosis correspondiente de varios fármacos, cubiertos por dos ramitas cruzadas de espliego y tomillo. Emilio, sorprendido, se queda mirando la bandeja, la coge con suavidad, se gira y sale de la farmacia sonriente.

María lo ve salir y también sonríe, pensativa, con el convencimiento de que acaba de dispensarle a Mariano el remedio más paliativo.

Una botiga particular

José Luis Rodríguez-Núñez Ramón

«Bang! Bang!
Maxwell's silver hammer came
down upon his head.
Clang! Clang!
Maxwell's silver hammer made sure
that he was dead»
Maxwell's silver hammer
(Lennon-McCartney)

Valencia, 1473

—¡El mismísimo Justicia Criminal en su carne y hueso! —exclamó el *apothecari* Matías Martí.

La sola mención del Justicia, *mossén* Narcís Vinyoles, llenó el amplio obrador de murmullos y carraspeos. *Mossén* Vinyoles, en los dos años a cargo de la resolución de los crímenes de la villa, había aclarado más engaños y encerrado a más delincuentes que sus diez predecesores.

Después de la reunión de urgencia del Colegio de Boticarios, Matías Martí había regresado ya de noche a su *botiga*, situada junto a la vieja iglesia de los Santos Juanes, y no pudo reprimir cierto temblor en su voz::

—El *mossén* ha dicho que nuestro colega, el *apothecari* Ferrando, fue asesinado ayer en la madrugada. ¡Envenenado!

Todos los presentes se santiguaron al unísono en un coro de amenes y lamentos. En el local todavía permanecían un par de mozos, el aprendiz Miquel Pellicer y la familia de Matías Martí, que aún no se había retirado a la planta superior para la cena.

- -Pero ¿cómo lo ha sabido? preguntó la esposa de Martí.
- —Ha comentado que debe ser obra de alguien muy ducho en las artes especieras y boticarias.

Un murmullo de asombro se elevó en la sala. Varios se persignaron de nuevo y el mozo de más edad farfulló que parecía obra del diablo. Instantes después, el *apothecari* Martí disolvió la reunión

—Bueno, que Dios lo acoja en su seno. Todos a descansar, que mañana nos espera un duro día: a primera hora tenemos que preparar el jarabe de ortigas y miel para maese Juan y tres tipos de ungüento para la señora Monforte, que ha cogido frío en el pecho desde hace días.

Miquel Pellicer se despidió de todos y se dirigió a su pequeño habitáculo situado al fondo del obrador, en el que residía desde hacía siete años. Nadie pudo apreciar la sonrisa que le iluminaba el rostro picado de viruela, que le hacía parecer, pese a sus veinticinco años, mucho más viejo.

Mientras preparaba su modesto lecho, Miquel recordó con detalle la mañana de junio del año anterior, cuando el maestro Ferrando, acompañado de su colega Arnaldo Torrella, le hacía la pregunta que daría comienzo a su calvario: «¿Cuál es la composición exacta del oro potable?». Miquel se bloqueó, los nervios le traicionaron y por dos veces dudó de la respuesta, para fallar al final en su fórmula. Los dos examinadores se miraron e intercambiaron también gestos significativos con los mayorales del Colegio de Especieros.

Acomodado en su cama, Miquel encendió una de las bujías de cera de azahar, fabricadas en aquel mismo obrador, y a su luz hojeaba distraído uno de los manuales de estudio para el nuevo examen del mes siguiente: una copia ya ajada del *Compendium*

aromatariorum, de Saladino de Ascoli. Intuía que no cometería de nuevo los mismos fallos, mas ahora respiraba más tranquilo, pues el maldito Ferrando no volvería a enredarlo con sus preguntas absurdas y su mirada de cuervo suspicaz.

Porque no había sido justo, desde luego que no. Varias de las cuestiones y formulaciones planteadas en la reválida del año pasado habían sido sesgadas para suspenderle, sin duda para favorecer al estúpido Joan Perelló, emparentado con uno de los mayorales pero mucho menos preparado que Miquel. El comentario del maestro Torrella sobre su composición de mitridato le sentó como una puñalada en el corazón: «¿Está seguro, Pellicer? Con esa fórmula habría usted conseguido envenenar a una docena de pacientes...». Pronto se encargaría de él.

Arrullado por sus recuerdos y por el familiar aroma de la cera, las especias y la lavanda que atestaba el obrador, Miquel Pellicer durmió mejor que de costumbre. Soñó que su nueva *botiga*, en la calle Fusters, iba viento en popa y que uno de sus clientes, idéntico al maestro Ferrando pero sin dientes, le pagaba con bolsas de oro y se reía como un loco a medida que se desintegraba en polvo. Miquel despertó con energías renovadas. Comenzó a trabajar en el jarabe y los ungüentos mucho antes de que llegara el primer mozo, y sonreía mientras contaba de nuevo los días hasta el próximo examen: veintiocho.

Aquella mañana transcurrió sin mayores novedades. De vez en cuando, alguno de los presentes lanzaba un ahogado suspiro y se santiguaba, a los que los demás respondían con velados rezos entre dientes. El maestro Martí bajó de su casa, se secó el sudor de la calva y se arregló el costoso cinturón que rodeaba su prominente barriga, antes de salir a comer con dos de sus congéneres para discutir acerca de los recientes sucesos. Delegó en Miquel la responsabilidad de la *botiga* y le advirtió de que mandara mensaje

si, por una de aquellas, se presentaba el Justicia Criminal: «Nos aconsejó a todos los boticarios que estuviéramos preparados, por si nos hacía una visita alguno de estos días». Miquel no se inmutó, despidió a su maestro con un cabeceo y se aprestó a organizar el obrador para las labores de la tarde.

A eso de las cinco se personó el Justicia, acompañado por el *mustasaf* y un mayoral del Colegio de Boticarios. Su presencia imponía respeto: mucho más alto que el promedio, *mossén* Vinyoles conservaba una gran mata de pelo negro pese a su edad, poseía una mirada inteligente y viva en sus ojos color miel, y atronaba los recintos con su voz de barítono.

Preguntó a grandes voces por el *apothecari* Martí. Miquel le informó de que este había salido y no se le esperaba hasta la noche. El Justicia lanzó un gruñido de contrariedad e intercambió unas breves palabras con el mayoral. Decidieron continuar con sus pesquisas y le pidieron a Miquel que les indicara dónde guardaban, como era preceptivo bajo llave, las existencias de arsénico y demás venenos.

Miquel protestó sin convicción e indicó que sería mejor que esperaran a su maestro para proceder al registro, pero una mirada del Justicia bastó para disuadirlo. Con simulada desgana, sacó la pesada llave que colgaba de su cuello y pidió a los investigadores que le siguieran. Se acercó al armario de nogal y abrió las puertas de los compuestos peligrosos. *Mossén* Vinyoles le solicitó que se retirara y dio paso al *mustasaf* y al mayoral, quienes, con suma cautela, procedieron a la comprobación y pesaje de los venenos. Justo en ese momento apareció el *apothecari* Martí.

—Pero ¿qué significa esto? —bramó.—¿Cómo se atreven a registrar mi *botiga* sin mi presencia? Y tú, malandrín, ¿por qué no me has avisado? —añadió en dirección a Miquel.

Tras una serie de excusas, advertencias, consejos y admoniciones, el registro quedó completado y, en ceremoniosa procesión y ante la mirada de decenas de curiosos que se agolpaban a la puerta, el Justicia Criminal y su séquito abandonaron la tienda. Antes de salir, mossén Vinyoles se giró hacia el maestro y le ordenó que le hiciese llegar, no más tarde de la mañana siguiente, la localización exacta de cada uno de los trabajadores de su botiga en la tarde y noche del día del asesinato del apothecari Ferrando. Acto seguido, se colocó el bonete y salió.

- —¡Unos azotes es lo que te mereces! —Fueron las primeras palabras de Martí después de la marcha de los investigadores.
- —Pero, maestro, no me dio tiempo... Entraron sin avisar y yo traté de evitarlo. Me ignoraron por completo.

El maestro Martí miró con fijeza a Miquel y a todos los mozos en búsqueda de confirmación, a lo que estos respondieron bajando la cabeza y mirando el suelo, lleno de restos de cera y algunas hierbas aromáticas. Solo uno se atrevió a decir en un hilo de voz que así había sido. «Todos a trabajar, holgazanes, que para eso os pago. ¡Quiero la tienda limpia como un salón de nobles!», zanjó.

Tres días después, el aprendiz del boticario Dolz, se presentó a media tarde en la *botiga* de Martí, preso de una incontrolable excitación. Tras varias inspiraciones y después de beber con fruición el vaso con agua que se le ofreció, anunció con voz grave:

—¡Un terrible accidente! ¡Es increíble! Esta mañana, el maestro Torrella ha muerto cuando llegaba a su *botiga* junto a la catedral. Parece que una cornisa en mal estado del edificio contiguo se ha desprendido justo encima de él y lo ha aplastado.

Se hizo un silencio largo, roto cuando llegaron los lamentos, las oraciones y las genuflexiones. El más afectado parecía el *apothecari* Martí, que en el plazo de una semana había perdido a dos de

sus más estimados colegas. Preso de una desazón absoluta, cogió su sombrero y se dirigió a toda prisa al Colegio de Boticarios, dejando a Miquel de nuevo a cargo. Pellicer, tras poner orden en los alborotados mozos y despedir al aprendiz de Dolz, se sentó junto al mostrador y se esforzó en evitar la tremenda sonrisa que le venía a la boca.

Ahora también Torrella debería tragarse sus palabras, pensó con alborozo. Había sido el culpable definitivo de su suspenso en el examen de reválida, pues al preguntarle a Miquel —con mala intención, claro está—, dónde podía un *apothecari* licenciado y cristiano comprar preparados para sus fórmulas, este había olvidado mencionar que a cualquier otro boticario salvo judíos, moros o infieles. Ese error fue definitivo, pues a la semana siguiente los resultados de su reválida fueron comunicados a su maestro, para gran decepción de ambos: Miquel no estaba preparado para ejercer como *apothecari* independiente.

Esa noche, Miquel durmió mejor que nunca, aunque esta vez no recordaba sus sueños. ¡Un accidente! ¡Ja! Todo había salido perfecto. Cuando el *apothecari* Martí recopiló los detalles acerca de los andares de sus trabajadores el día de la muerte de Ferrando, Miquel pudo convenientemente recordar a su maestro que esa tarde había estado repartiendo mandados por varias casas y que podía detallar en concreto cuáles. Que durante el trayecto Miquel se hubiera desviado una media hora para atender unos asuntillos personales quedó en el olvido. El Justicia Criminal habría recibido pues un informe muy conveniente.

La semana transcurrió sin novedades hasta el martes siguiente, cuando el *apothecari* Martí regresó de la asamblea extraordinaria del Colegio de Boticarios, con el resultado de las votaciones a nuevos examinadores de reválida, dada la suerte corrida por los anteriores. «La mala noticia es que el próximo examen se pos-

pone un mes, para dar tiempo a que se preparen», añadió para Miquel.

Miquel encajó el golpe sin mayor gesto que un leve chasquido de la lengua y siguió con sus quehaceres. Estaba seguro de que esta vez iba a aprobar e instalaría su propia *botiga* bien pronto. Una anónima misiva a los nuevos examinadores supondría la certeza de que, aunque cometiese errores graves, nadie iba a ser suspendido en las pruebas de este ejercicio.

Pero la semana siguiente, en plena mañana, volvió a presentarse en la *botiga* de Martí el *mossén*. Iba acompañado esta vez de dos alguaciles mal encarados, que mostraban sin tapujos sus recias espadas y los manojos de llaves de los calabozos de la ciudad. Vinyoles se situó en el centro del mostrador de la entrada y con un tono ceremonioso requirió:

—¡Maestro Martí, solicito su permiso para registrar en este instante los aposentos de su aprendiz Miquel Pellicer!

Miquel palideció e interrumpió la mezcla de hierbas que realizaba en el mortero menor, mientras su mentor le dirigía una mirada que mezclaba sorpresa con decepción.

—Por supuesto, *mossén* Vinyoles, siempre colaboramos de buen grado con la justicia de esta villa.

El Justicia Criminal se encaminó con paso firme a la habitación que sabía ocupaba Miquel en la trastienda y los alguaciles se colocaron a ambos lados del tembloroso aprendiz, que sudaba copiosamente. Del habitáculo surgieron entonces ruidos de muebles, metales, cerámicas que eran movidos o arrastrados. Pronto cesó el estrépito y Vinyoles salió de la estancia con ademán victorioso, mientras sostenía un hatillo de herramientas en la diestra.

—Aprendiz Pellicer, ¿me puede indicar qué es esto? Miquel tragó saliva. Con un hilo de voz alcanzó a decir: —No tengo la menor idea, *mossén*... Es la primera vez que...

Pero el Justicia no le dejó terminar. Expuso el contenido del hatillo sobre el mostrador: un pequeño pico, un martillo y un escoplo, todos ellos con restos de arcilla y argamasa. Se dirigió de nuevo al *apothecari*:

- —Maestro, ¿podría indicarme si estos son útiles propios del oficio que ejercen?
- —Evidentemente no, *mossén*. Está claro que son más bien herramientas de un maestro cantero o constructor.
- —¿Y puede alguno de ustedes explicarme su procedencia o el motivo por el que estaban en la estancia del aprendiz?

Se hizo un largo silencio. Martí negó con la cabeza, Miquel tartamudeó un ininteligible discurso y el Justicia Criminal sentenció:

—Miquel Pellicer, le prendo, en nombre del rey D. Juan de Aragón y por los poderes que me confiere la villa de Valencia, como autor de los asesinatos de los *apothecaris* Francisco Ferrando y Arnaldo Torrella.

En cuanto pronunció estas palabras, los alguaciles tomaron al aprendiz de los brazos y procedieron a colocarle grilletes en cuello y muñecas. La maniobra fue tan rápida que Miquel apenas tuvo tiempo de forcejear y el maestro Martí de protestar.

- —Pero, *mossén*, si usted mismo dijo que la muerte de Torrella había sido un accidente... —alcanzó a decir.
- —Eso parecía al principio, pero después de estudiar el lugar de los hechos y varias de las evidencias que allí habían quedado, llegué a la conclusión de que alguien había preparado el supuesto accidente: la cornisa había sido picada durante varios días y finalmente arrojada justo en el momento que pasaba Torrella.

—Mas no es posible que haya sido Miquel. Si no sería capaz de dañar ni a una mosca.

El aprendiz en aquel momento miraba al suelo. Apenas podía respirar por la presión del grillete y la fuerza de los alguaciles. Miquel sabía lo que le aguardaba, semanas de tormentos horribles hasta que confesase los crímenes. Prefirió el cadalso:

—No siga, maestro... Yo fui. —Su voz apenas fue un gemido. El Justicia Criminal sonrió triunfante.

Miquel sabía que para Martí era como un hijo, así que no pudo sostenerle la mirada. Al maestro parecía haberle atropellado un carro, no moví aun solo músculo y el brillo de sus ojos escondía ya alguna lágrima.

—Lo que no acabo de comprender es cómo supo que había sido él —La pregunta de Martí sonó más bien como una súplica.

Se notó cómo *mossén* Vinyoles hinchaba el pecho antes de proceder a su lucimiento ante los presentes, que con el paso de los minutos se había convertido en multitud y empezaban a hacer el ambiente irrespirable:

—El primer caso, el del maestro Ferrando, fue fácil, aunque no estaba del todo claro. Hasta tres *botigas* tenían variaciones en sus existencias de venenos. Pero después de contrastar las idas y venidas de unos y otros, supimos que su aprendiz había sido visto la tarde de autos cerca de la *botiga* de Ferrando, algo que lo alejaba mucho de la ruta que vuecencia tuvo a bien hacernos llegar. Se convirtió en el principal sospechoso.

Aquí hizo una pausa melodramática, miro alrededor y prosiguió:

—Hasta que supimos que lo del apothecari Torrella no había sido un infortunio, estuvimos al acecho. Era demasiada casualidad

que los dos examinadores del Colegio muriesen casi a la vez.Y descubrimos que solo un aprendiz de la última reválida no había superado las pruebas: Miquel Pellicer. El lazo se cerraba.

- -¿Y cómo supieron que...? —lloriqueó la señora Martí.
- —La cera —concedió el mossén.
- -¿La cera? preguntaron varias voces al unísono.

Al Justicia se le veía más alto, alzado por el orgullo. Lanzó una carcajada.

—Después de examinar el lugar donde el asesino había pasado días picando la cornisa, descubrimos restos de cera de vela junto a la pared. Pero no era una cera cualquiera, no. Era una cera que solo se produce en dos de las *botigas* de nuestra villa, en la del Maestro Galbis y aquí: ¡Cera de azahar! —exclamó con brillo en la mirada—. Lo demás ya lo han visto: coser y cantar.

Y con un ademán, indicó a los alguaciles que sacaran de la tienda a un Miquel Pellicer que ya parecía más muerto que vivo.

Batman y Robín

Alina Especies

Andrés es un niño de 8 años. Un niño especial, con una vida especial, ya que ha pasado gran parte de su vida en un hospital.

Cuando era muy pequeño le hicieron todo tipo de pruebas, análisis, etc.

Al cumplir los 5 años, le diagnosticaron una enfermedad con un nombre muy feo que él nunca aprendió. Una enfermedad rara. Muy rara. En el mundo, solo hay 62 personas con la misma enfermedad. Al menos que se sepa.

Por eso es especial. Por eso y porque tiene una imaginación desbordante.

Con tan pocos años de vida ha tenido que despedirse de demasiados amigos. Ha visto el miedo y la incertidumbre en los ojos de sus padres durante mucho tiempo. Pero pese a todo eso, nunca ha perdido la sonrisa.

Para Andrés, en el mundo hay tres tipos de personas. Los superhéroes, las personas especiales como él que han de luchar aunque no tengan poderes, y los malos.

Aunque los malos no siempre son personas. A veces son bichitos muy pequeños que se meten dentro de las personas y las ponen enfermas. Como le pasó a su abuela, que se puso muy malita y perdió el pelo como él. Ella también pasó mucho tiempo en hospitales, hasta que un día, un médico le dijo que ya estaba buena, que no tenía que volver a ir al hospital a que le dieran medicación, y tampoco tenía que hacerse más pruebas hasta dentro de mucho tiempo.

Su abuela le explicó que había médicos que eran superhéroes, y que tenían poderes para curar a la gente. Pero esos poderes solo funcionaban si uno quería curarse y hacia todo lo que le decían.

Por eso Andrés siempre hace lo que le dicen los médicos. Aunque la mayoría de las veces no le gusta.

Está cansado de que le hagan pruebas, de tener que estar quieto para hacerle fotos de su cuerpo por dentro, o de que lo metan dentro de un tubo para verle la cabeza. Tampoco le gusta que le saquen sangre, aunque las chicas que lo hacen son muy simpáticas. Hubo una vez que lo hizo un chico. Se sorprendió porque nunca había sido un chico. El enfermero, a su vez, se sorprendió de las veces que le habían pinchado y le dijo que le iban a dejar como un colador.

No entendió bien que quería decir, pero por si acaso, cuando llegó a casa se metió en la ducha para ver si le salía agua a través de los agujeros que le habían hecho.

A Andrés le gustan mucho los comics. A sus amigos les gustan muchos de los superhéroes, pero a él quienes más le gustan son Batman y Robin. Porque aunque tengan superpoderes, uno solo no puede con todo. Siempre es mejor tener a alguien que te ayude a luchar contra el mal, pensaba él.

Igual que sus padres, que se tienen el uno al otro, y también son superhéroes. Todo el mundo se admira de ver cómo trabajan, cuidan de Andrés, lo llevan a sus médicos, le ayudan con las clases y los deberes (porque Andrés no puede ir al colegio aun), cuidan su casa, de su perro y siempre están de buen humor. ¡Porque son superhéroes! Si no, ¿cómo iban a ser capaces de hacer todo eso?

Hace unos meses Andrés fue a ver a su médico preferido, el doctor Batman, como él le llama. Porque es el que ha conseguido curarle más que los demás, aunque no del todo. En aquella ocasión le dijeron que no se estaba curando tanto como les gustaría, y que tenían que probar otra cosa.

Odiaba que le dijeran eso. Lo habían hecho tantas veces que estaba cansado. Probaban algo y no funcionaba, entonces se ponía malo y no podía ni levantarse de la cama. Otras veces si funcionaba, los médicos estaban muy contentos pero él no paraba de vomitar, se mareaba y la piel se le ponía de color gris. En una ocasión, la piel se le pelaba, y se le puso tan gris que pensó que se estaba convirtiendo en un zombi. Probó a morder a otro niño para ver si él también se transformaba en otro zombi. Pero el otro niño se convirtió más en Hulk que en zombi y le dió tal puñetazo que le dejó el ojo morado y media cara hinchada. Las pastillas que se tomaba entonces, que estaban probando a ver si funcionaban, hacían que los moratones se hicieran muy grandes y que se le inflamaran los músculos con leves golpes.

Con otro medicamento que probaron se la caía el pelo, hasta las pestañas. Tomó también un jarabe que sabía muy mal y le hacía flotar. O eso creía él. Se acostaba en la cama y era como si fuera en barco. Le explicaron que no es que flotara, sino que tenía vértigos y le daba esa sensación. Menos mal que se lo dijeron porque ya estaba pensando que podía tener superpoderes, y quería probar a saltar del balcón con su disfraz de Batman. Pero claro, si no podía volar, no iba a hacerlo...

Andrés ya no quería probar ningún medicamento nuevo. Pero el doctor Batman le explicó que tenía una buena amiga que sabía hacer magia y que iba a prepararle un brebaje especial que podía curarle mucho más.

Nunca le gustaron las historias de magia, calderos, pócimas, ni nada parecido. Pero como su abuela le dijo que solo se podía curar si hacía caso a los médicos, Andrés se tomó lo que dieron.

Después de estos meses, las cosas cambiaron bastante. No había dolores, ni pérdida de memoria, ni de equilibrio. Andrés estaba mejor que nunca. Por fin era capaz de leer varias páginas de un cuento él solo. No había perdido más visión, ni oído. Era capaz de diferenciar olores. Y no le temblaban las manos al dibujar.

Sus padres le acompañaron a la última visita con el doctor Batman. No podían parar de sonreír al ver como había mejorado su hijo. Los resultados de todas las pruebas eran magníficos. La mejoría era notable. La enfermedad no solo no avanzaba sino que estaba remitiendo. Si continuaba como hasta ahora, en unos pocos años Andrés podría hacer una vida normal, sin médicos, ni pruebas. Podría ir a la escuela, dormir sin la máscara de oxígeno, y solo tomando una pastilla.

Estaban emocionados y no paraban de agradecer al doctor Batman y al resto de médicos todo lo que habían hecho. Quisieron agradecer personalmente, uno por uno, a todos los que habían tratado a su hijo, su esfuerzo y dedicación.

Andrés no recordaba a muchos de los médicos, pero aun así les daba las gracias como le habían pedido sus padres. Algunos de ellos no le gustaban, le habían hecho pruebas dolorosas o dado medicación que detestaba.

Cuando ya por fin estaban terminando y pensaban irse a casa a celebrarlo, Andrés dijo que no podían irse aún. Faltaba felicitar a alguien, que además era quién más le había ayudado, aunque jamás se habían visto.

Le preguntó al doctor Batman:

-¿Y Robín no va a venir para darle las gracias?

El médico no sabía a quién se refería, aunque para Andrés estaba muy claro.

—Su buena amiga que ha preparado esa pastilla que me está curando. No es que haga magia es que tiene superpoderes porque es una superheroína, ¡como Robin!

El elixir de la eterna juventud

Antonio Briones

¿Habéis leído El retrato de Dorian Gray, de Oscar Wilde, o El extraño caso del doctor Jekill y el señor Hyde, de Robert Louis Stevenson? No creáis en absoluto que su trasfondo, la esencia de su mensaje, trata sólo de una simple y pura imaginación literaria, pese a que aquello que cuentan jamás haya ocurrido en la realidad, tal cual quedó escrito en los célebres libros. Sin embargo, la dualidad terrible del bien y del mal existente en el ser humano es tan antigua como su misma existencia. Yo sé de una historia que tiene, en algún sentido, similitudes y parecidas connotaciones a las famosas novelas mencionadas... Mirad y escuchadme bien, como si en lugar de leerme os estuviera susurrando al oído cuanto debo contaros al respecto, y no sintáis temor alguno, porque yo estoy aquí, a vuestro lado, y a pesar de todo parece ser que la fantasía nunca es posible que sea algo más que eso, pura y simple fantasía:

Hallé un buen día, por azar, allá por el mes de febrero de 1972, un escrito antiguo que alguien debió olvidar sobre una mesa de la cantina de una vieja estación ferroviaria. Tanto fue mi desasosiego desde que lo leí, siendo aún muy joven, que a todos debo preveniros para que jamás os pueda suceder lo mismo que en él se narra, porque suele decirse, lo habréis oído referir alguna que otra vez, que la curiosidad mató al gato. Yo os prevengo en vuestro propio beneficio: no abráis nunca una puerta si no estáis seguros de que aquello que está al otro lado no os habrá de causar un daño irreparable, porque existen puertas, casi siempre bien ocultas, que nos comunican directamente con lo más aterrador y sobrenatural de una existencia paralela a la nuestra y absolutamente desconocida.

A cuantos deseéis prestarme atención os aseguro que no trato de inquietaros con mis palabras, solo deseo narraros, fundamentada en su propio escrito, la experiencia de alguien sobre un hecho inexplicable que cambió toda su vida para convertirla en una maldita pesadilla sin fin. A veces, quién sabe el porqué, Dios se oculta de nuestra presencia y en su lugar, ocupa plaza el diablo.

Comencemos pues, de una vez, a exponer cuanto aquellos arrugados y anónimos papeles, sin fecha ni firma, contenían:

«Me refirieron más de una vez, debo admitirlo, aunque nadie a esas alturas creía tan inquietante historia que, tras la alhacena del fondo, existía una pequeña puerta que daba acceso a un escondido laboratorio en el que el primer dueño de una botica de la bella capital malagueña, trabajaba aislado del mundo en sus famosas fórmulas magistrales. Y aunque ya parezca no quedar ni el menor rastro de aquel misterioso cuarto, y que quizás —muchos eran los que lo aseguraban— nunca existió, yo debo contar lo que en él vi y sentí, y aquello en lo que me convertí tras visitarlo, pues contrariamente a esta última creencia, en realidad, sigue allí mismo, tétrico y oculto a los ojos de la gente. Así pues, de su verdadera existencia, al menos yo ---me produce escalofríos sólo el pensarlo—, soy la prueba viva y fehaciente de su realidad ante el incrédulo y desentendido mundo que habitamos, que no repara, siquiera sea sólo un instante, en que hay otras presencias en desconocidas dimensiones espaciales que nos arrebatarían, de conocerlas, hasta el último aliento.

»Había escuchado comentar que aquel químico y farmacéutico malagueño llevaba años persiguiendo el feliz resultado del soñado elixir que tanto le obsesionaba desde el mismo momento en que concluyó sus estudios académicos en la Universidad de Sevilla. A la capital andaluza hubo de trasladarse para cursar ambas carreras,

que terminó en seguida y con buenas notas. Elixir que probaba y probaba cada día, después de cerrar el negocio, mezclando una y otra vez los ingredientes que pensaba necesarios, y con los cambios precisos respecto a ensayos anteriores, para concluir con éxito la pócima imaginada. Tanto era así que, después de su trabajo durante el horario habitual de su botica, cuando no tenía que cumplir guardia de veinticuatro horas o de fin de semana, se encerraba a cal y canto en la trastienda del negocio, donde disponía del mencionado laboratorio perfectamente equipado, buscando con desmedida obsesión el más maravilloso de los premios jamás soñados: ¡el elixir de la eterna juventud!

»Microscopio, pipetas, probetas, tarros, jarras, vasos de precipitado, embudos, tubos de ensayo, jeringuillas, bandejas de vidrio de diferente tamaño... En fin, todo ese material preciso para tan imposible misión, ubicado en el lugar adecuado sobre mesas rectangulares de metal, se llenaba de líquidos de colores de distintas densidades, de concentrados químicos mezclados y remezclados como en un baile desquiciado y frenético a la búsqueda de una utopía irrealizable, que, además, atentaba a ojos de cualquiera con dos dedos de frente contra los más elementales preceptos y dogmas religiosos de todo buen cristiano. Si Dios hubiera querido al hombre inmortal, inmortal lo hubiese hecho desde su origen, inmortal desde la misma creación del mundo. Cuando las leyes biológicas y divinas se quieren burlar a un tiempo, es de riguroso y elemental conocimiento que se camina hacia el abismo de un pecado que no puede permanecer sin castigo. Quizás ese castigo, en un principio, no era otra cosa que el continuo fracaso del farmacéutico, pues una tras otra todas las pruebas, todos los ensayos, estudiados con cuidado y esmero al microscopio y contrastados milimétricamente frente a intentos anteriores, no daban el resultado anhelado. Por más que, al final de cada día de aquel trabajo

tan inútil como agotador, el hombre que se desvivía en tal proceso tomara unas gotas de sus propios brebajes para comprobar en él mismo los efectos causados, el proceso biológico natural de su paulatino envejecimiento no se detenía.

»Pasaba así el tiempo. Su pelo se encanecía, y en su piel aparecían sin remedio las primeras arrugas pronunciadas, a pesar de no haber cumplido aún los treinta años. El día más desesperado de su hasta entonces existencia, y ante un nuevo fracaso que colmó su aguante y su paciencia, de su boca surgió una terrible sentencia: "¡Dios, mi Señor que todo lo puedes, ayúdame a encontrar solución a este propósito que ya tanto me desvela, o habré de encomendarme a tu eterno rival, a quien en compensación entregaré mi alma si así me lo exige!". Y como es lógico suponer, el Creador del Universo no complació su súplica y quien es su mayor enemigo, aquel que dicen que fue bellísimo ángel caído, expulsado del Paraíso, encontró la puerta, el resquicio preciso para hacerse presente y conseguir una nueva conquista, aceptando tal pacto y propiciando, a cambio y en ese justo instante, el remedio que se le reclamaba.

»El demonio otorgó encantado, como ya había ocurrido en anteriores ocasiones desde que el mundo es mundo, aquel concentrado químico, aquella fórmula magistral tan anhelada, que permitiría vivir eternamente a quien se había ofrecido sin coacciones a aquel intercambio diabólico, en contra de las leyes supremas de la naturaleza y la religión.

»En un primer instante, el farmacéutico pensó en registrar su descubrimiento y comercializarlo, pues la enorme rentabilidad de tal acción estaba sobradamente asegurada; pero pronto cambió de parecer y pensó que sólo él, en principio, debía tener acceso a los beneficios de aquel portentoso precipitado, pues la factura pagada por ello había sido la más elevada que quepa imaginarse: ¡su propia alma!

»Fueron pasando los años, y al igual que el tiempo no lograba ir marchitando la juventud de aquel loco insensato, los vicios y los pecados más abyectos se fueron adueñando de su existencia sin que él pudiera impedirlo, pues obedecían al maligno deseo del peor señor que pueda imaginarse: vejaciones, engaños, robos, crímenes, violaciones, raptos, extorsiones de todo tipo...

»En algunos momentos, al comienzo de tanta miseria moral, el farmacéutico quiso deshacer el demoníaco cambalache que lo abocaba a la más deleznable de las existencias. Pero no pudo ser. Ya era demasiado tarde para el arrepentimiento. Aquella lucha consigo mismo debió ser terrible, pero su corazón y su cerebro, ya en exceso pervertidos, impidieron su vuelta a la deseada normalidad anterior. El diablo gobernaría para toda la eternidad su alma enferma y ruin. Aquel había sido el acuerdo alcanzado, y ante el diablo no cabe faltar a la palabra dada, por las buenas... o por las malas.

»Espantado de todo aquello, y ya convencido con el tiempo de que cuantos le rodeaban comenzaban a darse cuenta de que algo en él no parecía ni normal ni razonable, selló para siempre —al menos así él lo creyó— la puerta de su laboratorio. Colocó una enorme y muy pesada alhacena delante que le impidiera entrar allí, a él o a cualquier otro, y optó, con posterioridad, por traspasar la farmacia y desparecer para siempre. Jamás se le volvería a ver.

»Con su rastro perdido, diluido en la inmensidad del mundo, nunca nadie ha vuelto a saber nada más de él, ni en Málaga ni en cualquier otro lugar próximo o lejano. Su vida y su paradero son una total y absoluta incógnita, pero acaso se halle tras los peores atropellos y maldades de las que continuamente tenemos conocimiento por los medios de comunicación.

»Cuando yo adquirí aquel traspaso, bastantes años después, a pesar de cuanto se rumoreaba sobre la farmacia, no fui consciente en absoluto de todo lo horrible y monstruoso que me aguardaba en aquel diabólico lugar.

»Los primeros meses transcurrieron en calma, es verdad, lo reconozco, pese a ciertos y esporádicos ruidos que se dejaban escuchar al otro lado de las paredes, y que yo achaqué, en un principio, a las antiguas cañerías por las que el agua accedía a los escusados del local. Pero, con el tiempo, fui notando con temor que se fueron haciendo más molestos y continuos, y llegaron a sorprender profundamente a los clientes que entraban para solicitar cuantos medicamentos les eran necesarios.

»Una larga noche de guardia e insomnio, aquellos ruidos de los que hablo llegaron a desquiciarme tanto que, desesperado, busqué una larga palanca de hierro que guardaba bajo el mostrador como simple objeto de defensa. Con un ímprobo esfuerzo y después de varios intentos infructuosos conseguí desplazar la alhacena de la pared tras la que parecían proceder tan terribles y desmedidas molestias, provocando con ello que los tarros con específicos medicinales de los múltiples anaqueles del enorme y pesado mueble se tambalearan varias veces ante el movimiento provocado por el forcejeo. Todo se apaciguó, la noche se sumergió en un profundo y condensado silencio. Frente a mí había una pequeña puerta entreabierta por la que no me sería muy difícil introducirme, a pesar del estrecho hueco angular que mediaba entre el muro y la alhacena.

»Antes de entrar por allí hacia las tinieblas de lo desconocido, cerré la farmacia para que nadie pudiera interrumpir la investigación de lo que ocurriese, pensando que sería durante escasos minutos. Luego volví tras el gran mueble que ocultaba toda la pared trasera, pertrechado de la palanca metálica y una pequeña linterna, y empujé suficientemente la puerta para que me permitiera el paso. Al hacerlo, sonó un chirriante y desagradable

quejido de oxidados goznes. Al fin penetré en aquella oscuridad sólo rota en una estrecha línea por el haz de luz de la linterna, que se ensanchaba con la distancia. Una humedad pegajosa y desagradable junto a un olor en verdad repugnante, me hicieron pensar en salir de allí de inmediato, pero la puerta, no entiendo cómo, se había cerrado y fui incapaz de volver a abrirla. Contemplé un solo instante, al amparo de la pequeña luz que portaba, aquellas mesas metálicas del laboratorio, llenas de los utensilios típicos de trabajo que aún permanecían en el lugar, intactos desde hacía tiempo, aunque bastante sucios. Una capa de polvo gris y múltiples y tupidas telarañas por aquí y por allá, cubrían todo aquello, denotando el abandono producido por una forzada clausura. Pero lo que más me estremeció y jamás podré olvidar mientras viva fue el rostro y el contorno encorvado de un ser repugnante que me sonreía, dejando al descubierto sus rojas y desdentadas encías. Su rostro, ¿cómo explicarlo?, no parecía de este mundo, pues estaba cubierto de múltiples deformidades, y sus manos grandes y horribles más parecían las pezuñas de un altivo y peligroso macho cabrío... Supe en aquel instante que el diablo se había encarnado en el cuerpo corrompido del farmacéutico, que acumulaba allí dentro el deterioro extraordinario causado por el tiempo y los pecados cometidos, mientras su otro ser, eternamente joven, vivía, quién sabe dónde, una existencia desenfrenada y delictiva. Una atroz carcajada que provenía de aquel ser horrible y maloliente penetró en mis oídos hasta hacerme perder el conocimiento, y no supe nada más hasta que ya de mañana me despertaron unos fuertes golpes en la puerta de la farmacia; eran varios clientes, vecinos casi todos ellos, que reclamaban que les permitiera el paso. Misteriosamente, la pesada alhacena que cubría el acceso a tanta despreciable atrocidad escondida había vuelto a su posición original, impidiendo el paso a aquel infecto agujero que conectaba directamente con el auténtico y espeluznante averno, como si allí nada extraño y terrorífico hubiese ocurrido.

»Aterrorizado como nunca hubiese podido imaginar, a los pocos días cerré el local a cal y canto, y sin siquiera ocuparme de su venta o su traspaso, me fui de Málaga, con todo el pesar del mundo, para nunca más regresar a la bella ciudad. En el puerto malacitano, tomé un carguero de no muy buena presencia, con bandera griega y sin destino conocido. Cuando se produjo mi huida, lo recuerdo como si fuese ahora, el aire traía el son de unos verdiales malagueños, como queriendo saludar que la ciudad entera volvía a la paz perdida por unas presencias diabólicas que jamás debieron existir. ¡Cuán engañada quedaba Málaga! Tras la puerta del infierno, aquella por la que en la botica se accedía al laboratorio, aún permanecía agazapado el mismo horrendo diablo, y sólo Dios sabe si alguna vez querrá marcharse. Que el Señor ayude a cuantos allí quedan, y les otorgue la fuerza de expulsar al maligno.

»Ahora vivo huyendo de mí mismo a cada paso, viviendo de ciudad en ciudad, de país en país, antes de que la policía, que continuamente me sigue la pista, me detenga acusado por las más viles y despiadadas acciones que cometo. Desde que me tropecé con aquel horrible ser en el laboratorio oculto de la farmacia, mi vida experimentó un giro de 180 grados, y me he convertido, tal vez, en uno de los hombres más malvados del mundo. Y lo que es peor, para toda la eternidad, pues sin pedirlo ni querer entregar voluntariamente el alma, estoy abocado, como mi predecesor en la botica y quién sabe cuántos más a los que la curiosidad confunda y entren en el lugar más horrible de la tierra, a una inacabable y espantosa juventud que no me dejará nunca, para mi desgracia, envejecer ni morir.

»Yo no ofrecí pacto alguno, no quise descubrir el diabólico elixir de la eterna juventud. A mí se me robó el alma sin acuerdo

previo... Cuando al diablo alguien le abre una puerta ofreciéndole lo más sagrado que tiene por algún mezquino e incontrolable deseo, el mundo puede darse por perdido, porque en él se instalará Lucifer, quién sabe hasta cuándo, contaminando con su maldad cuanto ante él se muestre».

Esta es la historia, que podréis creer o no, encontrada en la cantina de aquella vieja estación de ferrocarril. No sé vosotros, que ahora conocéis lo que os he contado, pero yo rezo cada noche por verme libre de una maldición semejante; y rezo para no tropezarme nunca en mi camino con el demonio que acecha desde la tiniebla; y rezo, también, para envejecer y morir rodeado de aquellos a quienes amo, si para entonces tengo la suerte de que siguen conmigo.

Nunca busquéis, lectores, ni por un solo instante de debilidad trasgresora, pócima alguna que os conceda la eterna juventud a toda costa, porque el diablo entonces tomará para sí vuestra alma. Creedme, es preferible emprender el viaje eterno del que jamás se regresa, cuando sea llegado el momento que a cada cual Dios le marque sobre el calendario de la vida.

En cuanto a Málaga os diré que yo he estado muchas veces en aquella sureña y maravillosa ciudad, y que no he hallado rastro alguno del diablo. O nunca estuvo allí, y cuanto narra esta historia es pura imaginación trasgresora, o Lucifer debió marchar a otro lugar distante en busca de más almas atormentadas y pecadoras con las que, una vez a su servicio, seguir infectando de maldad la tierra.

Jeremias

Raquel Blasco

eremías, ¿viste hoy a Laurita?

Laurita era la novia de mi hermano, y yo no entendía qué narices le veía Pedro que, cada vez que se cruzaba con ella, se ponía bizco de tan fijo que la miraba.

- -- ¡Jeremías!, ¿que si te has fijado hoy en Laurita?
- —No, Pedro. No me he fijado. ¡Y déjate ya de tonterías! No sé qué le ves. Babeas como mi hermano cada vez que tropiezas con ella. El día menos pensado te suelta un sopapo por mirarla de ese modo. ¡Y vayámonos ya! Antes de que mi madre me vea y le dé por mandarme a hacer algún recado.
- —Vaaale, pero... ¿Podemos pasar por delante del porche? Es que Laurita...
- —¡Venga, Pedro! ¿Tú eres tonto o qué te pasa? ¡No te he dicho que como me vea mi…!

Pero ya era demasiado tarde. La cabeza de mi progenitora asomaba por la ventana de la cocina. ¡A la porra la estupenda mañana que teníamos planeada! Nada de cazar pájaros con el tirachinas y mucho menos poner petardos dentro de las latas que habíamos conseguido. Todo por culpa de Laurita y del babotas de Pedro. ¡Me estaba hartando! El día menos pensado iba a contarles al resto de los muchachos esa tonta manía que le había cogido al

pobre con la novia de mi hermano. Y ojalá Laurita le soltara un guantazo un día de estos porque, si no lo hacía ella, iba a verme obligado a hacerlo yo, a ver si así se centraba de una vez por todas en las cosas interesantes de la vida. Porque, ¿hay algo mejor que hacer volar por los aires un montón de hojalata? Yo, desde luego, pensaba que no.

Entré en casa y salí refunfuñando. Esquivé la mirada de Pedro, dejándole con ello bien claro que se preparara para cuando volviera del recado, y que ni se le ocurriera seguirme. Arrastrando los pies y maldiciéndome por buscarme amigos tan tontos, me fui.

De todas las cosas que mi madre me mandaba, ir a la botica era una de las que más odiaba. Nunca me han gustado las boticas ni los boticarios. Huelen raro. Además, ¿por qué siempre tenía que ir yo? ¡Que fuera mi hermano, que para eso era el mayor! Pero no, él tenía cosas mejores que hacer. Empezaba a estar cansado de tanta Laurita.

Al morir el viejo boticario habían cerrado la botica, para gran alegría mía, pero, por lo visto, acababan de encontrar un sustituto. Sabía que el pensamiento que estaba surgiendo en mi cabeza no era demasiado digno de alguien como yo —bueno, eso lo habría dicho mi madre y después me habría dejado un mes sin salir—, pero... ¡Ojalá que el nuevo boticario corriera la misma suerte que el viejo!

La botica estaba a rebosar. En mi vida había visto tanta gente. Aunque, después de un mes sin servicio, era bastante probable que se les hubieran acumulado las «necesidades» a todos los del pueblo, y por eso había tal cantidad de seres humanos.

A los veinte minutos de estar haciendo cola me subía por las paredes. ¡Bonita forma de perder el tiempo! ¡Cuando pillara a

Pedro...! ¡Y aquello no avanzaba lo más mínimo! ¡Por lo menos tenía una hora más de espera!

Así que, ni corto ni perezoso, tomando una enorme bocanada de aire, me escurrí entre las piernas de los allí presentes y, en un periquete, me planté dentro de la botica. Pero ni aguantando la respiración. Me iba a dar algo. Aquel olor me estaba matando. Y mientras hacía grandes esfuerzos para no sucumbir ante ese repugnante aroma, alguien dijo: «A ver, pequeño. Y tú, ¿qué quieres?» Me volví hacia la entrada mosqueado, esperando encontrarme con algún crío del pueblo intentando colarse, pero lo único que vi fue un montón de señores que, sonrisa en boca, esperaban su turno para ser atendidos. ¿A qué venían aquellas sonrisas? ¡Para sonreír estaba yo!

Ante la ausencia de alguien a quien pudiera ir dirigida esa pregunta, giré hacia la voz y... ¡Allí estaba la razón de aquellas sonrisas! Detrás del mostrador, dejando verse de cintura para arriba, deliciosa, con las mejillas sonrosadas y unos labios rojos y carnosos como sandías. ¡Mi fruta preferida!

En un momento, los pájaros, los petardos y aquel nauseabundo olor dejaron de tener importancia. Jamás había visto yo algo como aquello. Por algo así, sí que valía la pena babear, incluso dejar de respirar. Y cuando salió de detrás del mostrador para atender mi temblorosa petición, me creí morir. ¡Caray, menudo caminar! Un contoneo lento, un rítmico bamboleo. Uno, dos, uno, dos, uno, dos... y allá marchaba, adquiriendo en la lejanía una perspectiva nunca antes vista por mí.

A mitad de camino se paró y se inclinó con delicadeza. La pequeña faldita que llevaba dejó al descubierto una pieza de tela infinitamente minúscula. A punto estuve de tirarme al suelo, panza arriba, simulando un desmayo para disfrutar mejor de la vista, pero ...

- —Pedro, no sé cómo decírtelo, pero me temo que vamos a tener que aplazar indefinidamente nuestras sesiones diarias de caza. Es mi madre, que se ha puesto pesada con eso de los recados y, a partir de hoy, tendré que ir todas las mañanas al pueblo a hacerle las compras.
- —Tranquilo, Jeremías. No hay problema, lo entiendo... ¿Te importa si mientras te espero sentado en el porche de tu casa? Es por si...
- —Claro, Pedro. Lo único es que ahora igual tardo un poco más de la cuenta.
 - -No importa, Jeremías. No importa...

Tacrolimus

Inmaculada López Arce

«El mar está gozoso, alegre, las olas van y vienen, su ímpetu crea respeto. Al adentrarme poco a poco puedo sentir el frescor y la lozanía de sus aguas. He podido ir saltando sus olas una a una, traspasarlas, he podido avanzar. Las aguas me cubren los hombros, ya no me impulsan, no me bambolean, ni me hacen perder el equilibrio. He podido rebasarlas y llegar a su pesar, desfallecerme, hacer el muerto... Permitirme dejarme llevar sintiendo libertad, descanso... No me tengo que esforzar, dejo de controlar y me abandono a su vaivén. Siento placer, bienestar... Aquí no tengo nada que pensar, siento necesidad de dejar ir, olvidarme de quién soy por estos instantes y dejar ausentes de mí a mis moléculas, mis átomos, a mis neutrones, protones y electrones... No soy nada.

He perdido la noción del tiempo. Una sensación de paz me conquista. El sol acaricia mi piel. Todo es relativo, nada importa. Ya me invadirán después mis circunstancias, o quizás no. Lo que vale es el presente, me reitero una y otra vez, el aquí y ahora, en él soy feliz, completamente feliz. Me dejo llevar, los sutiles movimientos de las aguas me permiten bailar a su son. Entono su música y me sumerjo armónicamente. Me siento agua, soy agua».

Sofía disfrutaba de las sensaciones que le producía la libertad de las limpias y transparentes aguas, lejos de las agujas, las batas blancas, la cama abatible, los goteros y la química. Hacía cinco días que había salido del hospital después de cuarenta días en una habitación en la que no pudo contemplar ni el cielo. Había vuelto a nacer. Se sentía agradecida por ello, aunque no era consciente de que nunca volvería a ser la misma persona. El precio a pagar por esta segunda oportunidad que la vida y la generosidad le había brindado sería alto. Tan alto como la ambición y la persistencia de querer demostrar que seguía siendo la misma, y que podía con todas las circunstancias que había dejado aparcadas en el transcurso de su operación, de su trasplante.

«Me siento dueña de mi destino, no deseo abrir mis ojos, la energía del gran astro me acaricia tan dulcemente que no quiero perder esta sensación de liberación, de independencia. En esta posición mi gran cicatriz, de parte a parte del abdomen se ha relajado. No siento su tirantez ni pinchazos. Mi espalda, mi columna vertebral está acomodada, ha dejado de quejarse. Todas mis aflicciones me han dejado en paz. Me gusta, lo estoy disfrutando... Quiero permanecer con esta sensación y me imagino que será para siempre. Me autohipnotizo y me la guardo en mi inconsciente para volver a ella cuando otras circunstancias me atrapen. Dejo volar mi imaginación y me siento una sirena, soy una sirena, bella, dulce, seductora... La fauna marina revolotea acariciando mi contorno, me siento querida, amada... Todo depende de mí, nada me es ajeno. Tengo capacidad para emprender, para decidir, todo es posible en este mar, en estos momentos, sorteo los veleros que navegan a su rumbo, me saludan: «¡Una sirena!», gritan emocionadas las personas que en ellos navegan».

Sofía se iba adentrando poco a poco a mar abierto, cada vez más lejos de la orilla. El sol calentaba fuerte. Su estado de concentración la estaba poniendo en peligro, aunque ella estaba viviendo otra realidad. Saboreaba las circunstancias que en ese momento ella se estaba imaginando. Sus hijos, comenzaron a echarla de menos. Terminados sus castillos de arena, acudieron a la tumbona de Sofía para que esta pudiera valorar las fortalezas que con las palas y los rastrillos habían erigido, pero al no encontrar a su madre se pusieron nerviosos. Comenzaron a buscarla, por la orilla de la playa, de espigón a espigón. Decidieron ir al apartamento a timbrar, a ver si su mamá contestaba, pero no hallaron respuesta.

La niña comenzó a llorar:

- —Mamá se ha vuelto a marchar... —decía sin parar—. El mayor, de seis años, la abrazó casi temblando porque sentía que había incumplido las órdenes de su padre:
- —Cuidad de mamá y mimadla mucho —les ordenó por la mañana antes de marcharse.

El tiempo transcurría y mamá no aparecía. El niño tuvo una idea:

—Llamamos a papá para que venga y la busque.

Fueron al capazo de Sofía cogieron el móvil, pero cuando solo restaba apretar para que su padre contestara, un pensamiento le hizo apartar el dedo del teclado: «Es mejor que papá no se entere».

La mente de Sofia dejó de controlar, era tan grande su sugestión, que quedó gustosamente atrapada en el juego de sensaciones que ella deseaba sentir huyendo del miedo, del sufrimiento y los avatares de los meses previos: falta de hierro, de plaquetas, de leucocitos; varices esofágicas, hemorragias, transfusiones, cirrosis... Su mente necesitaba una tregua, y aquellas aguas cristalinas la adoptaron gustosamente haciéndole sentir lo que ella tanto anhelaba, sentirse a sí misma, lejos de todo aquello. Era tal la necesidad de liberación de su consciente que ni siquiera este quiso empañarla con el recuerdo de que sus hijos la echaban de menos en la playa.

«Me siento dichosa, feliz, liberada, en paz. Soy agua en movimiento. Algo me abraza, me acaricia, me susurra al oído. El vaivén de las olas lo siento más sosegado, más calmado, produciéndome un nirvana que jamás pensaba que existía. Abro mis ojos. Otra sirena está junto a mí, a mi lado, me arrulla. Me pregunta si la reconozco. Me es familiar su mirada, el azul de su iris, la dulzura de su voz y la sensibilidad de sus manos.

- —Soy tu yaya, la que te mecía, la que te leía cuentos, tu ángel de la guarda en estos momentos, y la que ha velado por ti en estos últimos meses —me desvela amorosamente.
- —Te recuerdo, te siento. ¿Dónde me hallo, que soy capaz de verte, de apreciarte? —le pregunto.
- —Estate serena, Sofía. Estás en la playa, con tus hijos. Llena de vida. Te has dejado llevar por tu necesidad de libertad. Las aguas te han seducido conduciéndote a este punto pacífico, donde el mar reposa cautelosamente haciéndote sentir parte de él, una auténtica sirena.
- —No comprendo cómo puedo verte y hablarte. Te percibo joven, feliz, sin parecido alguno a lo que recuerdo de tus últimos días de vida. Estás radiante. Tu preciosa sonrisa nada tiene que ver con aquellos desgastados dientes; sin arrugas, sin gafas; tu cuidada melena y la envoltura de tu piel celeste, como el agua que nos mece.
- —Las cenizas de aquel cuerpo que recuerdas yacen en este mar, pero mi energía perdura y vela por vosotros. Esta es la imagen que tuve en la época de mi vida donde más feliz me sentí.

»Has de volver a la orilla. Te has alejado en exceso. El gran disfrute que has experimentado te ha enseñado que puedes llegar a ser todo lo que seas capaz de imaginar, hasta una sirena. No hay límites. Esto te ayudará en la nueva vida que

estás emprendiendo. Imagínate lo que quieres de ella y el universo te lo proporcionará. Has sufrido un gran cambio, un órgano ajeno a ti ha de acoplarse a tu cuerpo y se lo debes poner fácil.

»Tu nuevo destino es disfrutar de todo lo que tienes, y en estos momentos, de tus hijos. Te están buscando con lágrimas en los ojos. No quieren perderte. Te llevaré con ellos».

Los niños desesperados fueron advertidos por el socorrista de la playa. Entre sollozos, los pequeños le trasmitieron su angustia. El vigilante con los prismáticos percibió a una persona nadando a lo lejos. Observándola, comprobaba que se iba aproximando. El mar estaba de su parte y las olas contribuían a acercarla a la orilla.

—Vamos a esperar un poquito para comprobar que es vuestra mamá. Si no avanza iremos a por ella. No os preocupéis, pequeños —les apuntó—.

Los niños cogiditos de la mano se serenaron.

Sofía, agradecida por las sensaciones experimentadas. Sentía una fuerza que tiraba de ella y le ayudaba a ir regresando. A su llegada a la orilla halló una gran expectación. Sus hijos la abrazaron con fuerza, sin que ella pudiera imaginarse la angustia que los pequeños habían sentido en su ausencia.

Volvieron a casa, almorzaron, y se tumbaron los tres a descansar en la cama de matrimonio. Al poco papá regresó y percibió una imagen entrañable: su mujer lejos del estrés del hospital junto a sus niños. Le saltaron las lágrimas de emoción y se sintió afortunado por estar, de nuevo, todos juntos en casa.

Pasadas unas horas, Sofía continuaba durmiendo. Los niños querían jugar con su mamá y esta no reaccionaba. Su marido se empezó a preocupar, a poner nervioso. Decidió despertarla pero Sofía se resistía, se daba la vuelta y continuaba con los ojos ce-

rrados y contestando entrecortado. Su marido percibió un gran agotamiento y enrojecimiento de su piel. Al acariciarla la notó muy caliente. Pensó que podía tener fiebre. Pidió a sus hijos que le explicaran lo que habían hecho en la playa y ambos, al unísono, le trasmitieron lo ocurrido y le revelaron que no querían quedarse solos con mamá.

La preocupación y el pánico le inundó las neuronas. Asemejó el estado de Sofía al que tuvo meses atrás cuando estuvo con encefalopatía, en el que solo quería estar dormida. Sin pensarlo conectó con la hepatóloga de su mujer y le explicó lo que había pasado por la mañana y lo que le estaba ocurriendo en esos momentos. La médica, para descartar cualquier posible complicación de la operación, le pidió que la llevara al hospital. Una vez en el centro le realizaron una exhaustiva revisión. El servicio de farmacia hospitalaria le midió los niveles de tacrolimus en sangre y le elaboró una pomada específica para el grado de quemazón de su piel. Analizadas todas las pruebas y con los resultados abalando que todo estaba dentro de la normalidad les dieron el alta.

Llegaron a casa a media noche. Sus hijos estaban dormidos al amparo de su cuidadora, los besó y recordó los abrazos que le dieron por la mañana cuando llegó a la orilla del mar. Se prometió recompensarlos. No tenía sueño. Se despidió de su marido y se acomodó en el sillón de la terraza a observar el reflejo de la luna en el mar. Una gran luna llena, encima de su balcón, la estaba esperando. El mar se hallaba imponente. Una estampa idílica. Las aguas se mecían sosegadas, transparentes y llenas de luz. La belleza era sublime. Eran muchas las veces que había observado esta estampa, pero jamás la había disfrutado de esta manera. Miró al horizonte y percibió la cara de su yaya con una gran sonrisa. «No estamos solos», se dijo así misma. Se quedó dormida y despertó cuando el sol comenzó a emerger. El juego de colores, de luces

y tonos, le anunció un nuevo amanecer, el despertar a una nueva ilusión, a un nuevo día.

«Me viene a la cabeza una frase de Leonardo da Vinci: «Me desperté y vi que todos estaban durmiendo», qué gran verdad. Abriré bien mis ojos para no perderme nada en este nuevo día que emprendo, y en los sucesivos que la vida me regale».

El Regreso

Rafa Sastre

A Marisol y a mí nos sentaron de lujo aquellas dos semanas en medio de la nada. Un alojamiento rural en plena meseta, a no menos de quince kilómetros del lugar habitado más cercano. Soy consciente de que a la mayoría podrá parecerle una decisión excéntrica alquilar una pequeña casa alimentada de energía solar en la que no se admiten teléfonos móviles, ordenadores o cualquier otro tipo de artilugio informático. Incluso vehículos. Son los propios caseros quienes te trasladan allí en su todoterreno a través de vericuetos inhóspitos y vuelven dos veces por semana para abastecerte de provisiones, asegurarse de que todo va bien y, si se tercia, llevar algún mensaje recibido de la familia. Tampoco hay televisión ni radio. La ausencia de entretenimientos frívolos, y por ello prescindibles, alienta a rememorar y apreciar el valor de los placeres más sencillos mientras los saboreas con toda su intensidad. Antes incluso de que amaneciera, justo después de desayunar, salíamos a caminar aprovechando el frescor de las primeras horas. A la vuelta, el baño en un río cercano o en la pequeña balsa de la casa contribuía a relajar los músculos y mitigar el cansancio originado por el esfuerzo. Más tarde, una sesión de vinilos de buen jazz o música clásica en un viejo tocadiscos en tanto disfrutábamos de un vermut acompañado de productos del terreno. Luego algo de lectura, la comida, la sagrada siesta, mucha más lectura, algún paseo, más música, una cena frugal y observar tumbados las estrellas, evocando con tu pareja la vida en común, todas esas

ilusiones y planes diseñados día tras día. Aquellas y otras muchas conversaciones, así como ser capaces de hacer el amor a cualquier hora, en cualquier lugar, sin límite ni inhibiciones, fueron factores que sirvieron para reforzar nuestra relación. En definitiva, dos semanas extraordinarias que recomiendo a cualquiera.

Pero dicen que todo lo bueno se acaba, y ya sabemos que las vacaciones son el invento mejor y más breve que existe; pestañeas y se han esfumado. De vuelta a la rutina, de vuelta a la farmacia del hospital universitario. Aunque, debido a la desconexión completa del mundo real, resultó un regreso con sorpresas: Manuela —la más veterana del equipo— estaba de baja por obra y gracia de la operación de hernia discal que tanto necesitaba y Joan —el más joven y aventurero— se acababa de ir a Noruega de vacaciones con unos amigos. En resumen, que allí solo encontré a un tal Coronado, procedente, en calidad de «cedido», de otro hospital, y a dos becarios llamados Pablo y Ana, jóvenes preparados y voluntariosos pero más verdes que un brócoli. Coronado me recibió de la forma más efusiva concebible, no en vano había estado aguardando mi llegada para trasladarme el informe del estado del departamento en apenas diez minutos, desprenderse de la bata y poner pies en polvorosa rumbo a su centro de origen, donde le esperaban con los brazos abiertos. Un hola y adiós en toda regla.

Intenté hacerme cargo de la situación lo más rápidamente posible. Instruí a los becados sobre unas tareas que requerían cierta urgencia y me dispuse a verificar las existencias de los medicamentos más consumidos, cometido indispensable para el eficiente funcionamiento del hospital. Realicé los pedidos necesarios y bajé al bar, echando de menos aquella casita en la que tan maravillosos ratos acababa de pasar, sin obligaciones, presiones ni horarios.

Cuando terminé el café me acordé de Beatriz, una niña de diez años con cáncer que se había hecho célebre por su vigor

y simpatía. Pregunté por ella a un enfermero, que me informó que seguía internada y su estado era crítico. Después de un mes de tratamiento con distintos fármacos, su organismo no había respondido y todos temían el peor de los finales. Durante el resto de la mañana no pude quitármela de la cabeza, me parecía demasiado injusto que la enfermedad se ensañase con una criatura tan joven. Me puse en la piel de sus padres y me entró una terrible jaqueca.

Después del almuerzo y de nuevo en el despacho reparé en una pequeña caja que, reposando en una mesa auxiliar situada en uno de los rincones, iba dirigida al departamento. No indicaba remitente y estaba sin desprecintar. Pregunté a mis ayudantes, pero no supieron aclararme nada acerca de la procedencia de aquel paquete. Lo abrí y hallé una docena de ampollas inyectables rotuladas como One-Plus-Life. En su interior había además un documento, encabezado por un logotipo en forma de corazón conteniendo las siglas HOPE, escrito en inglés. En pocas palabras decía que ese medicamento estaba indicado para cualquier tipo de dolencia y que su fórmula era secreta. Nos lo enviaban para que lo probásemos y manifestaban que los resultados positivos estaban garantizados al cien por cien, careciendo de reacciones adversas conocidas. Que en breve nos enviarían más muestras, sin necesidad de que nos pusiéramos en contacto con el fabricante.

Lo primero que hice fue intentar localizar en nuestra base de datos a aquella misteriosa empresa, que nos remitía para su testado un producto del que no había oído hablar jamás y del que, encima, no ofrecían la información indispensable. Ni rastro de HOPE en nuestros registros ni en internet. Tampoco del fármaco con aquella denominación. A todo esto, mi dolor de cabeza iba en aumento, por lo que antes de recoger los trastos e irme a casa me administré un potente analgésico.

Tanto aquellas pastillas como el descanso nocturno deberían haberme hecho algún efecto, sin embargo, al levantarme los síntomas no solo persistían, sino que se habían agravado. Marisol insistió en que me quedara en casa, pero mi exagerado (y tal vez irracional) sentido de la responsabilidad me conminó a cumplir con mis obligaciones laborales.

Al entrar y sentarme, la enigmática caja de One-Plus-Life me recibió en el centro de la mesa, frente al monitor del ordenador. A esas horas la cefalea taladraba mi cerebro como un martillo pilón. Achaco a esa circunstancia el hecho de que, en lugar de deshacerme del paquete, llevase una de sus unidades al laboratorio para que analizasen la composición del contenido y emitiesen un informe.

Un par de horas después entró Víctor, uno de los analistas.

- -¿A qué viene esta broma, Jorge? ¿Estás de coña, verdad?
- -No sé a qué te refieres. Dispara.
- —Esa ampolla contiene esencialmente una solución fisiológica débil: el 98% es agua y cloruro sódico, emulsionado con un 2% de un ingrediente muy extraño que no hemos sido capaces de reconocer. Ha salido una muestra hacia el laboratorio central para que nos echen una mano. ¿De dónde la has sacado?
- —Si no te importa ya te lo explico mañana, Víctor. Hoy tengo la cabeza como un bombo. Gracias por vuestra proverbial eficacia. Ya me dices algo cuando tengas el informe final.

Reconozco que, tras releer la nota que acompañaba al supuesto medicamento, actué de la forma más imprudente y poco profesional imaginable. En mi descargo puedo asegurar que sentía que la cabeza me iba a estallar de un momento a otro. Tomé una ampolla y me la inyecté por vía intravenosa. Los efectos no se hicieron esperar. En cuestión de veinte minutos mi sufrimiento

había desaparecido completamente. Al mismo tiempo, recuperé el ánimo y las energías consumidas durante las veinticuatro horas precedentes.

Mientras comía, escuché cómo unas médicas de la UCI hablaban de que a la pobre Beatriz solo le quedaban unas horas de vida. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Y si One-Plus-Life, que según las primeras pruebas era un simple suero, pudiera de alguna forma aliviar el padecimiento de la niña como había hecho conmigo? Ni corto ni perezoso, subí a la Unidad y entretuve como pude a las enfermeras. Sin que ellas lo advirtieran, inyecté en su gotero una dosis doble de aquella solución.

- —Jorge, ¿estás despierto?
- —¡Marisol! ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?
- —Tranquilo, cariño. Estás en el hospital.
- -¿Por qué? ¿Qué me ha pasado?
- —El lunes por la mañana tuviste un grave accidente con el coche cuando venías a trabajar. Has permanecido inconsciente dos días debido a la conmoción que sufres. Pero todos dicen que pronto te pondrás bien.
- —Jorge, ¡qué susto nos has dado, jodío! ¿Qué pasa, que como no tenías bastante con las vacaciones reglamentarias querías más, no?
 - —¡Manuela! ¿Pero a ti no te habían operado de la hernia?
- —¿A mí? ¿A qué santo me van a operar, si estoy más fresca que una rosa? No he tenido una hernia en mi vida, majo. Aunque toco madera por si acaso...
 - —¿Y Joan sigue en los fiordos?
- —¿En los fiordos? Tú flipas, tío. Ese golpe te ha dejado muy tocado. Voy a decirles que te hagan un electroencefalograma ur-

gente. Hace unos días le admitieron en el «Proyecto Boticario», de Farmacéuticos sin Fronteras, y ya está en Camerún colaborando con ellos.

- —Oye, y la niña esa... Beatriz. ¿Cómo está? No os lo vais a creer, estaba soñando con ella.
- —Pero, ¿qué dices?! ¡Si justamente lo estábamos comentando cuando te has despabilado!
 - -¿Comentando? ¿Qué era lo que comentabais?
- —Pues que ayer no daban un duro por ella y hoy está de maravilla. De buena mañana le han hecho un TAC y un rastreo y parece ser que no queda ni una célula enferma en su cuerpecito. Aquí no se lo explica nadie. Está todo el mundo alucinado. Y por cierto, ¿qué era lo que soñabas tú sobre Beatriz?

Misterio Galénico

Rafael Borrás

En cuanto hubo cumplido el urgente requerimiento de la próstata, don Atilano Rocamora se aprestó a comenzar la jornada del lunes. Puntual, como cada mañana: a las nueve y quince minutos. Escogió una llave enganchada en la leontina que colgaba de unos tirantes combados por la barriga obispal. Con ella le dio cuatro vueltas al cerrojo de la puerta.

Cuando encendió la luz, el desconcierto le puso los ojos como huevos de paloma.

—Pero... pero... ¿Qué es esto...? ¡Por todos los demonios del infierno!

En la pared, su bisabuelo, el primer Atilano Rocamora, le miraba serenamente desde un óleo en el que, con bata blanca, monóculo y pajarita, apoyaba la mano en su reconocida obra *Influencia del botánico malagueño Ibn al-Baytar en el desarrollo de la Galénica moderna. Formulario y principios activos*. Sin embargo, el motivo del asombro de su biznieto no era que el cuadro estuviera algo escorado en la pared, sino el paisaje de desorden que se extendía por suelo y bancadas. Matraces, pipetas y embudos desparramados aquí y allá. En la pila, *erlenmeyers* con restos de líquidos coloreados. Las puertas de la nevera y la estufa entreabiertas; polvos, papel de filtro, legajos de recetarios dispersos hoja a hoja, liberados de balduques. Unos intrusos se habían atrevido a violar el laboratorio de formulación magistral de la farmacia con más solera de la ciudad.

Con el sobresalto, a don Atilano se le escurrió la botella de brandy que llevaba en una bolsa y el licor se extendió rápidamente por toda la rebotica, como una alfombra etílica que perfumó la atmósfera en segundos.

- —¿Líquidos de colores? ¿Qué clase de líquidos? —El comisario Eugenio Pernales le interrogaba de pie, las manos en los bolsillos.
- —En los recipientes, en la pila, Eugenio, pegajosos... Los olí: zumos de naranja, de plátano...Y apestaban a alcohol. Han arrasado la nevera, se han comido la fruta, bebido los licores...—don Atilano elevaba el tono de voz, al borde del gimoteo—. Han arrasado los estantes. Han... Han..., —titubeaba—. Vertido el agua destilada, los disolventes... ¡Sinvergüenzas! ¡Vándalos! ¡Cafres!—enfebrecido, prorrumpió en una letanía de maldiciones, alguna fuera de lugar en un farmacéutico de su reconocida compostura.
- —Tranquilízate, Ati. Y dices que tú... ¿Tomas licores allí? —relajado, el veterano policía contuvo un gesto de incredulidad socarrona por debajo del mostacho.
- —Con moderación, sí. Las guardias son muy largas. Un culín de coñac o de orujo con el café, alguna dosis de jerez como bajativo de la cena, el anís con agua para los gases... Los guardo en un armario.
- —Ya, ya. Entiendo —continuó—.Y otra cosa, ¿qué hay de tu personal? ¿Confías en ellos? Porque, según cuentas, ni rastro de violencia en los accesos, no te falta nada. —Ahora paseaba por el despacho dándole vueltas entre los dedos a un bolígrafo con propaganda de una empresa de pompas fúnebres—. Sorprendente, ¿no te parece?
- —Bueno, faltar, faltar... Me falta fruta de la nevera.Y licores. Han roto algún albarelo.

- —Me parece, Ati, que no estás al día, que pasas demasiado tiempo encerrado entre tus potingues. Escucha las noticias y entérate de las calamidades que suceden por el mundo.
 - -¿Entonces? ¿Qué hacemos, Eugenio?
- —Mira, tengo la comisaría hasta el techo con asuntos de fuste: asesinatos, drogas, tráficos ilegales, reyertas entre auténticos salvajes. Entenderás que, por muy amigos que seamos, no puedo mandar a mis muchachos para que investiguen un revoltijo en el interior de una farmacia, cuando no ha habido ni sangre, ni grandes daños, y ni siquiera se han llevado algo de cierto valor. Y, ¿sabes lo que pienso?
 - —Dímelo, por favor. Lo que sea.
- —Pues que alguien que conoce tus horarios se ha corrido una juerguecilla a tu costa. Se ha bebido tu coñac, y, de paso, ha aprovechado el alcohol del laboratorio para fabricarse combinados de fruta y agarrar una buena curda. La borrachera obnubila el entendimiento, como sabes. Lo de tirar cacharros y ensuciar el escenario forma parte del sarao. Hazme caso, empieza por revisar a tu gente y luego hablamos.

Don Atilano salió de la comisaría hondamente acongojado. Circunspecto en sus cavilaciones. Eugenio tenía razón; debía investigar primero dentro de casa. Nada más regresar a la farmacia sentó enfrente a Bernardo, su mancebo de confianza. Le miró a los ojos para intentar descubrir la insidia de una mentira.

- —Yo le juro a usted, don Atilano...
- —No hace falta que me jures —le interrumpió, severo—; cuéntame la verdad y seré comprensivo. Sólo tú sabes dónde está escondida la única copia de la llave del laboratorio.

No había ninguna mentira que descubrir. Bernardo aportó una coartada redonda. Que había pasado el fin de semana en el

pueblo con la familia, que esta mañana salió de su domicilio a las ocho cuarenta para abrir la botica a las nueve en punto, que don Atilano no tenía más que telefonear a casa de Bernardo y que su mujer se lo confirmaría todo.

Trabajaban también en la farmacia dos mancebos muy jóvenes, con mayor disposición, supuso el boticario, para convertirse en hipotéticos gamberros. Los interrogatorios tuvieron en esencia el mismo resultado. Nulo. «Ante todo prudencia, Ati —le había advertido el comisario—, no acuses a un empleado sin pruebas sólidas. Los sindicatos se te echarían encima. Denuncias, el juzgado, te verías metido en un buen follón…». Don Atilano tuvo que zamparse ración doble de ansiolíticos; no estaba habituado a semejantes contingencias.

La placidez de los objetos en el entorno de su laboratorio, ya reordenado con pulcritud, le devolvió en parte el sosiego; los quehaceres cotidianos interpusieron en su mente una sólida barrera al recuerdo de pasadas perturbaciones. No le dio más vueltas al asunto, incluso por encima de la idea, que llegó a rumiar durante sus horas de insomnio, de que aquel lance insólito acaso pudiera tener un origen inescrutable, ajeno a lo natural, como un prodigio. Pese a ello, era evidente que el suceso había inaugurado una nueva etapa en su flemático subconsciente, una en la que las píldoras trataban de compensar más mal que bien recelos y miedos.

A partir de entonces extremó sus cautelas. Puso un cerrojo nuevo y metió la copia de la llave dentro de una caja vacía de aspirinas, en el altillo furtivo y casi inaccesible de un archivador. No le dijo nada de esto a Bernardo. Vigilaba todo y a todos. Le dio por levantarse más temprano y adelantar su llegada a la farmacia, antes de que lo hicieran sus empleados y se abriera al público. Aprovechaba ese rato para estudiar nuevas fórmulas con sustancias de nombres enrevesados.

Como había marcado el nivel del líquido en las botellas, al poco pudo comprobar con sumo disgusto que seguía disminu-yendo debido a bocas extrañas. También echó a faltar alguna pieza de fruta, y volaba el alcohol de las garrafas. No había duda: continuaban montándose a sus espaldas discretas francachelas nocturnas. Así que un buen día hizo instalar una caja fuerte en un rincón de la rebotica y en ella guardó, bajo un sistema de apertura sofisticado, los licores y el alcohol a granel; se le había acabado el chollo a quienquiera que se atrevía a robarle delante de sus parices.

Para su sorpresa, al entrar la mañana siguiente en la farmacia aún desierta, se topó con los rateros metidos en faena.

Antes de llegar al mostrador descubrió el fulgor amarillento proyectándose desde el quicio de la puerta del laboratorio. Hizo acopio de arrojo y, dispuesto a acabar de una vez por todas con el problema, alargó la mano para armarse con la barra de hierro ganchuda con la que elevaban la persiana. Avanzó, despacio. Al aproximarse, pudo escuchar el sonido de unas leves pisadas en el interior. Un segundo antes de meter la llave en la cerradura, se hizo la oscuridad total por entre las rendijas. El temblequeo incontrolable que le recorría de los tirantes para abajo hacía ondear la pernera del pantalón. Le costó acertar con la llave, luego una suave presión a la hoja de la puerta, la suficiente para asomar la cabeza mientras mantenía prieto en el puño cerrado el gancho de la persiana. Cuando su cuello estirado llegó a la altura del umbral, alguien le sujetó firme por las solapas y, antes de permitirle reaccionar, le arreó una bofetada brutal que le hizo tambalearse, y que le hubiera hecho caer de espaldas de no haber conseguido apoyarse en una estantería.

Al penetrar en el laboratorio, aturdido pero rabioso, lo encontró todo en orden, como la había dejado la tarde anterior. Sus ojos quedaron paralizados en el cuadro del bisabuelo, el único objeto que llamaba la atención: torcido y columpiándose levemente. Observó algo raro. Hubiera jurado por todos los muertos de la familia que el pintor lo había retratado apoyando en su famosa obra científica la mano derecha. Ahora, en cambio, el conspicuo boticario le miraba con la mano izquierda sobre el lomo del libro, mientras que la derecha, abierta por completo, reposaba sobre el faldón de la bata, como descansando. También era palmario que la sempiterna bondad de su mirada había virado hacia una dureza gélida que se añadía al gesto reprobatorio, al ceño fruncido, al enfado en la curvatura de los labios.

A don Atilano le quedó por un largo tiempo, y pese a las pomadas, la huella carmesí de una mano con cinco dedos largos marcada en la mejilla; mejilla que desde entonces le escuece, sin una razón orgánica, cada vez que se fija en el retrato del bisabuelo Rocamora.

Agradecimientos

A la Sociedad Española de Farmacia Hospitalaria y a la organización del congreso por creer en este proyecto. En especial a Javier García Pellicer y a Eva García Cortés por estar ahí siempre que los hemos necesitado.

A los autores y autoras que presentaron los relatos al concurso por participar y crear arte con el trabajo de cada día.

A los integrantes del colectivo literario Generación Bibliocafé que han aportado sus relatos de manera desinteresada y, en especial, al maestro Vicente Marco, con varias novelas publicadas y premios literarios importantes en su haber.

A Susi Bonilla, por sus fotografías del Hospital La Fe, que ayudaron a nuestros compañeros escritores a visualizar una profesión que apenas conocían. Ahora la conocen un poco mejor.

A los compañeros Carmela Borrell, Emilio Monte, Nieves Vila y Jesús Ruiz por aceptar formar parte del grupo cerrado de Facebook que organizamos para facilitar la documentación y por participar con sus comentarios sobre la Farmacia Hospitalaria.

A Eduardo López, por cedernos las fotos de salas blancas de la Fe y a José Luis Poveda, jefe del servicio, por permitirnos toda esta movilización.

A nuestro editor, Mauro, por su entrega desinteresada a este proyecto y a todos los de Generación Bibliocafé.

Si quieres saber más, puedes acceder a la página de Facebook de la Generación Bibliocafé (www.facebook.com/GeneracionBibliocafe).

Cuentos encapsulados se finalizó de imprimir en los talleres de Addo Impresores de Valencia el día 15 octubre de 2015